

El plebiscito en Chile / Un partido socialista de masas / Malvinas y los monstruos familiares / Vamos a votar / Menem y el menemismo / Viaje por la pobreza argentina / La izquierda como contracultura de la modernidad /

Martin Heidegger a los ochenta años / Juliana y la tolerancia

Suplemento 6: El estado y la cuestión social

Driben, Godio, Grossi, Bufano, Franzé, Ortiz, Sarlo, Di Tella, Roselli, Golbert, Isuani, Tenti, Bauman, Azubel, Arendt

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 12, septiembre-octubre de 1988

A 25.



J. Guadalupe Posada

Un puente entre la plebe y la cultura oral

N i que hubiera llevado la marca de su destino en el nombre: Guadalupe —usado en México para designar a mujeres y hombres— es, como se sabe, el nombre de la virgen morena, patrona de un pueblo devoto y hereje como pocos, o ninguno. “Si Tabladas es el modernista, el innovador del arte literario y el cronista de una sociedad que amaba la belleza, Posada es el pintor de un pueblo ‘criminal nato’, imagen de la pereza y el desorden”, dice Fernando Benítez. “Su mundo es el mundo demócrata, el que trata de conjurar el portentoso (...) de los borbachos, de las pufaladas, de los fusilados, de las víctimas de los caíques (...), el mundo de los condonados de la tierra”.

De origen obrero —su padre era oficial panadero— José Guadalupe Posada nació el 2 de febrero de 1852 en Aguascalientes, cinco años después de la intervención norteamericana que despojó a México de buena parte de su territorio. Creció en medio de las luchas desastrosas por las Leyes de Reforma, la ocupación francesa, el gobierno de Juárez y, posteriormente, la dictadura de Porfirio Díaz. Sus primeras ilustraciones de corridos, viñetas para cajas de cigarrillos, programas de toros y gallos, romances populares y religiosos, salieron de la imprenta de Triñidad Pedroza para adornar las casas más

humildes, anunciar festejos o promulgar moralizas. Pedroza fue asimismo responsable de *El Jicote*, uno de los tantos periódicos en los que Posada dibujó sus sátiras mordaces y jocosas sobre los sucesos políticos de la época. Más tarde, cuando aproximadamente en 1887 se trasladó al Distrito Federal, se convierte en el grabador de las primeras manifestaciones antireeleccionistas de 1892 contra el régimen de Díaz, y en 1911, un célebre grabado de Posada documentaría la entrada de Madero a la ciudad de México. Otro día, entre los 20.000 producidos por él, casi todos sobre placas de plomo y zinc mediante una técnica similar a la del cinegrafia — registró la figura de Emiliano Zapata. Pero Posada no fue sólo el observador gráfico de una causa a la que adhería; en sus imágenes se juntan con el mismo, legionario valor, el caudillo revolucionario de Morelos y el bandido demócrata Benito Canales —quién de quien un corrión dice: “Mataron a un gallo fino que respaldaba al Gobierno”— así como el “horrorísimo crimen del horroresísimo hijo”. Conocedor de esa lucha tan en extremo como imaginativa de su pueblo, Posada transformó —escribe Carlos Monsiváis— los “crímenes más notorios” en “nuevos cuentos de hadas” que actuaban a modo de ejemplo de lo

que no debía hacerse. Dibujó la fiesta y el dolor y, al hacerlo, interpretó instintivamente esa naturaleza contradictoria en esencia —que mezcla en la misma olla a la Virgen y al Diablo— tan propia de los mexicanos. Al mismo tiempo que los sectores cultos influidos por las tendencias europeizantes del porfiriismo lo ignoraban, Posada ingresaba a los hogares proletarios y de baja clase media a través de sus ilustraciones en hojas sueltas y en periódicos de circulación masiva. Esas durante cuarenta años, hasta que la nueva estética visual del muralismo lo recoge como es más claro y fundamental antecedente.

“El nuestro ha sido siempre un pueblo muy novelero, última forma de un carácter religioso donde los dioses y sus diables, los principes guerreros, realizaban hazañas mitológicas y por lo tanto narrativas de su conducta” (Fernando Benítez). Noveleros y con una larga, aniquilante tradición visual —no olvidemos que su primera escritura, la de los códices prehispánicos, se concretaba con figuras—, los mexicanos encontraron un espejo de sí mismos en las composiciones siempre acompañadas por textos del artifice de Aguascalientes. “De sus grabados —apunta Monsiváis— se desprende una insistencia: lo social es, en nuestras condiciones, lo natural y a un pueblo sin el impulso o la malicia o la información suficiente para entender los anhelos de ‘respetabilidad’ le resultan enormemente naturales el crimen y el pecado (...), el miedo a la muerte y el amor a las calaveras, la dictadura y la crítica a la dictadura, la confusión de (...) milagros con hechos históricos (...). Posada se convierte en magnífico registro de esta naturaleza ampliada”, en un “puente entre la plebe y la cultura oral”. Y porque él es parte de esa naturaleza ampliada “hay en toda su obra una asombrosa y beneficiosa carencia de juicios morales”.

El elemento clave que unifica a la producción de Guadalupe Posada es que todas sus figuras humanas están representadas en forma de calaveras, *calaca* en lenguaje popular. Todos los años, justo el día de muertos, los cementerios de México abren sus puertas para que allí se encienda la gran fiesta: los deudos visitan a sus muertos, comen y beben sobre sus tumbas, les dedican canciones. Asimismo, en casas y calles chicas y grandes se disfrazan de calaveras, comen cráneos de azúcar, juegan con judas de cartón. Las fechas que el calendario azteca destinaba al sacrificio de numerosos seres humanos en ofrenda a los dioses para que éstos otorgaran la continuidad de la vida, significaban una suspensión del tiempo y el orden cotidianos para ingresar al tiempo del ritual, de la fiesta, del desorden, desorden análogo al producido por la cúpula amorosa y por la muerte. El carácter que los mexicanos de hoy imprimen al 2 de noviembre se enlaza con aquél sentido originario. Las calacas de Posada rien, bailan, pelean, mueren y resucitan; y al constituirse en constantes emblemáticas de su obra no sólo llevan a un grado paroxístico la representación universal de la muerte sino que, sobre todo, perpetúan en términos artísticos el sentido colectivo de emblemática de figuras y corrientes desplazadas por dicha renovación. El bloque caferista, heterogéneo en su composición política, era sin embargo homogéneo en su mensaje político: ensanchar la base social de la modernización y construir un sistema de partidos (especialmente a través de compromisos) con el radicalismo que diera estabilidad al régimen democrático. El idealismo al sustentar esta posición realista, no podía separarse “demasiado” de la UCR, porque ello implicaba el riesgo de abrir las compuertas a posiciones corporativas y populistas.

El caferismo —o, para ser precisos, el sector que controlaba el sector político central en el PJ— apostó a ser parte de la formación de una nueva “sociedad política”, es decir una élite política (peronista, radical, colectista, piasta y otros) que garantizase la democracia política. La renovación salvó entre 1985-1987 al peronismo de una inevitable desintegración de continuar en su dirección el antiguo núcleo ortodoxo. Si el peronismo logró en noviembre del año 1987 vencer en las elecciones nacionales, eso fue posible gracias a la renovación peronista que pudo presentar un peronismo crítico de la política económica, depositario de la justicia social, y al mismo tiempo instalado en las reglas del pluralismo político.

Sin embargo,

el sector renovador

hegemónico

no podía consolidarse si no resolvía favorablemente dos asuntos: uno de orden interno y otro de orden externo. Por “asunto interno” debe entenderse una política más dividida para incorporar segmentos del aparato sindical provenientes del ublidinismo y la ortodoxia. Para ello debía prestar más atención a la especificidad sindical. Por “asunto externo” debe ser destacado el siguiente: para atenuar el deterioro que el caferismo sufrió en las bases peronistas por su “posibilismo”, era necesaria la cooperación política de la UCR. Esta cooperación debió haberse iniciado desde el mismo momento de emergencia de la renovación impulsando un bipartidismo abierto. En el caso de que la renovación caferista no lograse esos apoyos interno y externo, como sucedió, era previsionable que en el interior del peronismo produjese un desmesurado agrupamiento populista-mesianico con posibilidades de derrotar al “posibilismo”. Esta emergencia mesianica era viable en un movimiento peronista que globalmente está vacío de proyectos políticos transformadores, pero cementado en mitos movilizadores. El peronismo es un “sentimiento” recordó Menem a Caferio. Además resaltó la mitología Tercera Posición adosada arbitrariamente al caferismo calificativos “semifascistas” (semifascistas)

“milenio” menemista que todavía no controla

el poder)

de “socialdemócrata”, “zurdos”, etcétera.

L a fórmula Menem-Duhualde es de

origen renovador. Pero el “menemismo” es analizado según la composición política de su núcleo dirigente, es un conglomerado de grupos peronistas ortodoxos desplazados luego de 1983.

Una buena parte de los 800.000 y pico

votos

logrados

para vence

re

representar

a

la

populista

de

la

política

similar

a 1983. “Desear Menem y, luego, poder saltar la cerca y representar al peronismo renovado que triunfó el 6 de setiembre de 1987” Se trata de una operación difícil. Por lo tanto lo decisivo es consolidar el sistema político como díque contenedor de comportamientos iracionales por parte del peronismo.

También es evidente que un peronismo embanderado en el estilo corporativo y patotero de la ortodoxia, difícilmente atraerá los aliados de centroizquierda vitales para vencer en 1989. El piso electoral del PJ son 4.000.000 de votos, pero necesita 9.000.000 para vencer en las elecciones nacionales y esta cifra difícilmente será alcanzada con un partido lleno de caciques internos y con un estilo político similar a 1983.

“Desear Menem y, luego, poder saltar la cerca y representar al peronismo renovado que triunfó el 6 de setiembre de 1987” Se trata de una operación difícil. Por lo tanto lo decisivo es consolidar el sistema político como díque contenedor de comportamientos iracionales por parte del peronismo.

L a derecha argentina no tiene un

triunfo

ya

en el

trío

que

es

el

menemismo

y

el

caferismo

que

es

Sumario

- 2 Lelia Driben: Un puente entre la plebe y la cultura oral
- 3 Julio Godio: Crónica de un emergente esperado
- 4 María Grossi: Una opción positiva
- 6 Sergio Bufano: Contradicciones de un cronista
- 7 Javier Franzé: Interna peronista: los afiliados y el aparato
- 8 Guillermo Ortiz: Malvinas y los monstruos familiares
- 9 Beatriz Sarlo: Algunas consideraciones profanas sobre “La izquierda en tres tiempos”
- 10 Debate sobre la izquierda

- 11 Torcuato Di Tella: Hacia un partido socialista de masas

- Suplemento / 6
El estado y la cuestión social.
Un conflicto de interpretaciones

- 13 Laura Golbert: El welfare state a la argentina

- 16 Emilio Tenti: Contra el estado pobre para los pobres

- 19 Ernesto Aldo Isuani: La crisis de acumulación

- 21 Carlo Roselli: ¿Qué está en juego?

- 22 Javier Franzé: Reformas democráticas y progresistas

La Ciudad Futura

B. Mitre 2094 - 1º (1039) T.E. 953-1581

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julio Godio, Antonio Marimón, Gustavo Merino, Guillermo Ortiz

Comité Asesor: Emilio de Ipolta, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán, Héctor Leis

Diagramación: Laura Rey

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo N° 177, Sucursal 112, (1412) Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albarázin 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos de la interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Punto Sur, Julio A. Roca 751, 4e C, Cap. Fed.

32 Oscar Terán: Foucault y David Conzen Hoy (comp.) Carlos Dámaso Martínez: El antiguo alimento de los héroe de Antonio Marimón

33 Hannah Arendt: Martin Heidegger a los ochenta años

No. de Registro de la Propiedad Intelectual: 107.629.

36 La Ciudad Futura: Julianita y la tolerancia Alicia Azubel: El retorno lo siniestro

Sobre Menem y el menemismo

Crónica de un emergente esperado

Julio Godio

Los límites de la renovación encabezada por Antonio Caferio

abrieron en el interior del peronismo la posibilidad de la reconstrucción de un agrupamiento que, como el “menemismo”, revitalizó los viejos mitos movilizadores. El peligro para la frágil democracia argentina es que vuelva a instalarse en la vida nacional una mayoría impotente para controlar las tensiones que genera todo intento de gobierno de la crisis.

la élite conservadora la UCR sea disfuncional en tanto se propone armonizar modernización con democracia política y libre acción de movimiento sindical.

La emergencia del menemismo exigirá una fuerte dosis de sangre fría a todos aquellos que no descansan un destino tan trágico para el país. Para esto es necesario, ante todo, eludir los cantos de sirena del antiperonismo, tratando de gravitar en el interior del peronismo para que el proceso renovador se atrincheré y se recupere. Al mismo tiempo es necesario explicar con claridad que el “neodesarrollismo” menemista carece de futuro, tratando de gravitar en aquellos sectores menemistas que intuyen que “la puebla” puede terminar en un “rodriogazo”. Por último es necesario insistir en la necesidad de un pacto político y en la reforma de la Constitución Nacional como medidas fundamentales para que las transformaciones socio-económicas necesarias sean ejecutadas como parte de la consolidación de la democracia política.

S e acercan horas decisivas para la Argentina: el caduco modelo de capitalismo dependiente con eje en el capital financiero se resiste a aceptar ser sustituido por una economía mixta agrícola-industrial integrada, con eje en el mercado interno (economías regionales) pero competitiva e integrada en el mercado mundial, base de una sociedad solidaria y plurista. Pero, tal pasaje sólo será posible como transformación de la democracia política en democracia económica, social y política. Tal tarea sólo puede ser realizada por un amplio consenso popular. El 30% sumergido sólo puede ser parte positiva de esa tarea histórica si una nueva hegemonía nacional-popular, asentada en el mundo trabajador, canaliza sus anhelos de justicia social en un proyecto nacional concertador. Esta tarea resumirá lo esencial de un proyecto socialista plural.

Es también importante subrayar que los ataques del menemismo a la socialdemocracia empujan a este importante fuerza política internacional (no sólo europea, sino también latinoamericana) a tomar distancia del peronismo. Tampoco a la URSR y China, que se han mostrado contrariegos a un movimiento político errático y con componentes anti-comunistas. Por último los demócratas norteamericanos fuertemente liberalistas no ven con buenos ojos a un partido que似乎 es la antítesis de crisis y descomposición del actual sistema político argentino. El asiduismo internacional que promete el menemismo es, sin embargo, interesante para círculos reaccionarios de los EEUU, el tachismo, etc., que saben que un gobierno aliado debería recurrir necesariamente al apoyo de los EEUU.

El “milenario” menemista puede concluir en otra experiencia trágica. Por eso es decisivo alertar desde ahora al peronismo que para 1989 no habrá tantos ingenuos idealistas como los hubo entre 1970-1974.

Vamos a votar (II)

Una opción positiva

María Grossi

C uando nos proponemos reflexionar sobre las opciones electorales que se presentan en la Argentina para 1989 hay por lo menos dos puntos de partida que sin ser incompatibles son distintos y quizás sea útil separarlos.

El primero es antes que nada *ideológico*. En estos planteos llama la atención el hecho de que desde distintas posiciones ideológicas parecería haber una actitud compartida que es la de quien se define de definitiva por el mal menor. El punto comunes es entonces la percepción de ausencia de opción política. Es, por ejemplo, la postura de Sergio Bufano (v. *La Ciudad Futura/11*) cuando afirma que de esta falta de opciones políticas no se puede culpar a nadie ya que las existentes son el reflejo de la sociedad (y lo agregaría también del sistema político y partidario). La pregunta obvia es entonces: ¿qué sociedad y qué sistema político?

El segundo punto de partida es entonces más bien *analítico*. Se que esta forma de presentar la cuestión se presta a equivocaciones. Sería absurdo pretender una opción electoral que fuera neutral en materia ideológica. Mi pretensión, y reconozco que no es nada fácil, es tratar de combinar las dos posturas. La dificultad, si dejamos de lado las personales, se encuentra en las propias limitaciones de la ciencia política y en consecuencia del análisis político. Comentando el golpe de 1973 en Chile, Sartori dice que "estamos viviendo —incluso los científicos políticos— muy encima de nuestra capacidad de comprender y controlar los imposibles y los inevitables de la política".

El sistema político

Teniendo entonces como telón de fondo estas salvedades tratemos de preguntarnos qué características del sistema político argentino y su sistema partidario las opciones electorales estarían "reflejando". Habría que empezar señalando cierta tendencia a la interpretación rápida y algo simplista de estos "imponentes" de la política que resultan difíciles de explicar. Así, por ejemplo, frente a la victoria alfonsinista en 1983 se empeñó a hablar del cambio de la cultura política. Parece difícil suponer cambios tan fundamentales que se consoliden en tan poco tiempo por un lado y por otro —atendiendo que pudiésemos ocurrir— es más fácil imaginarios como *consecuencia* que como *causa* de la consolidación democrática.

El hecho de que, terminado un período de autoritarismo tan salvaje como el que caracterizó la Argentina entre 1976 y 1983, haya una reacción defensiva ("nunca más este pasado") no puede ser tomado como indicador decisivo —aunque por supuesto contribuya— de cambios en la cultura política, con fuerza para gravitar sobre la dinámica de todo el sistema. Es cierto que la memoria histórica —en este caso tan negativa— desempeñó un papel decisivo en el comienzo de la transición argentina, pero el problema que se plantea hoy es el de saber si y



en cultura política.

Cuando ya se daba por consolidado este cambio de la cultura política, ocurre la victoria de Menem en la interna peronista. Ella es vista por algunos como la vuelta al peronismo de 1945 y 1973 y de ahí que vuelva a plantearse la pregunta de si ésta cambió en este país.

Ni la cultura política argentina se volvió dominante democrática y tolerante, ni estamos irremediablemente sumidos en la barbarie. El simple hecho que la designación de Menem como candidato del peronismo a las elecciones presidenciales fue el resultado de una elección interna es una prueba de que, algo por lo menos algo, cambió en el peronismo. Y este cambio quizás no sea el producto de las transformaciones de los dirigentes ni de las demandas de ayer en demandas de hoy. Las transformaciones vienen ocurriendo en el peronismo responden a la dinámica política posterior al Proceso, al tipo de demandas que aparecieron como mayoritarias, al rol jugado

por el radicalismo en la transición y además a la dificultad de mantener la ambigüedad entre el partido y el movimiento en la ausencia de Perón. La renovación fue justamente esta tentativa de fortalecer las características de partido (que siempre tuvo el peronismo) en detrimento del movimiento. Buscar una causa única para la victoria de Menem (voto castigo o resultado del voto de los marginales o el resurgimiento del federalismo etc.) sería también una simplificación. La explicación hay que buscarla en algunas combinaciones de factores internos y externos que tiene el porqué de esta victoria. No me voy a referir a ello sino más bien al significado que me parece tener desde el punto de vista del sistema político y de la dinámica partidaria.

Dos lógicas distintas

El sistema político argentino es un sistema dual en el cual conviven dos lógicas

distintas de toma de decisiones. Una se basa fundamentalmente en los mecanismos de representación política y la otra se basa más bien en los mecanismos de la representación de intereses sectoriales organizados.

Mientras la primera busca su legitimidad en las mayorías electorales, la segunda la busca en el apoyo de las corporaciones. Así, en un caso tenemos como actores privilegiados a los ciudadanos atomizados, mientras en otro las corporaciones se transforman en protagonistas.

Supuestos estos dos lógicas y estos dos mecanismos coexisten en cualquier sistema político. El problema consiste en saber si alguna de éstas dos lógicas subordina totalmente a la otra y, en el supuesto de que convivan, cómo se integran.

Una característica de la sociedad moderna es el peso que adquirieron las corporaciones, lo cual significó cambios en el sistema liberal clásico de representación. La vasta literatura sobre el neocorporativismo ha tratado de dar cuenta de estos cambios. Como dice Bobbio, aunque la teoría democrática siempre sostuvo la representación política en contra de la representación de interés, en la práctica este dominio no se da. Pero como también señala Bobbio, la relación entre ambos se produce a través de los partidos y del sistema partidario. Aquí es donde el problema se plantea ya que tal no es el caso argentino. En primer lugar, porque tradicionalmente el sistema político argentino estuvo dominado por el peso de las corporaciones, empezando por la corporación militar que ha suprimido durante largos períodos el funcionamiento de las instituciones de representación política. Siendo la más importante, no es sin embargo la única. Cuando Deich hablaba del pacto corporativo está justamente atendiendo a las alianzas corporativas que dominaron al sistema político, tanto al estado, permaneciendo desde dentro y transformándose en lo que es a la actualidad: un estado prebendario, inflado y poco eficiente. Un estado omnipresente y a la vez débil, incapaz de tomar distancias respecto de los intereses organizados y por lo mismo incapaz de imponer políticas.

Otro problema que tiene que ver más directamente con el tema de la opción electoral es cómo se insertan los dos partidos mayoritarios y el sistema partidario en este sistema político.

Una primera característica que define el sistema partidario argentino es su enorme heterogeneidad, a raíz de las grandes diferencias entre el peronismo y el radicalismo, que se fundaron y desarrollaron en base a matrices ideológicas muy distintas, constituyéndose alrededor de cada uno de ellos subculturas fuertes y relativamente cerradas. Pero, sobre todo, estos partidos tuvieron siempre dos estilos distintos de hacer política.

A la visión de la articulación ciudadana de la democracia liberal que el radicalismo hace suya, el peronismo contrapone una articulación orgánica con tintes corporativos. A la idea de un partido que

controla un gobierno, el peronismo contrapone la idea de un estado corporativo que controla al partido. A la idea yrigonista de un partido que debe organizarse para llegar a transformarse en un movimiento nacional (por la fuerza del partido). Perón, contrapone la del gran movimiento nacional del cual el partido no es más que una parte. La visión de democracia del radicalismo enfatiza las instituciones republicanas y la representación individualizada en el voto. La expresión "partido de ciudadanos" alude a todo esto y también a la dificultad que siempre mostró el radicalismo para tratar con intereses sectoriales definidos.

El peronismo, en cambio, construye su legitimidad prioritariamente alrededor del tema de la justicia social y de las transformaciones estructurales. Su legitimidad no se funda en la democracia política como valor central, sino más bien en la representación de los intereses sociales (en particular de los sectores populares) tutelada por Perón y por el estadista peronista corporativo. Se generaron entonces dos concepciones de democracia muy distintas que llevaron a estilos y valores políticos conflictivos, los cuales generaron también un conflicto entre tipos distintos de legitimidad.

El peronismo, en cambio, se justifica su legitimidad prioritariamente alrededor del tema de la justicia social y de las transformaciones estructurales. Su legitimidad no se funda en la democracia política como valor central, sino más bien en la representación de los intereses sociales (en particular de los sectores populares) tutelada por Perón y por el estadista peronista corporativo. Se generaron entonces dos concepciones de democracia muy distintas que llevaron a estilos y valores políticos conflictivos, los cuales generaron también un conflicto entre tipos distintos de legitimidad.

La dinámica de la competencia

Estas modalidades influyeron siempre en la dinámica de la competencia partidaria en la Argentina. De hecho los dos partidos no lograron definir un espacio ideológico común ni reglas de juego y valores fundacionales compartidos.

Al contrario, una parte no despreciable de la competencia se articuló siempre en torno al tema de la legitimidad. A nivel partidario esto se expresó como un intento de cada uno de los partidos de crear un sistema de partido predominante excluyendo el otro para imponer su estilo político al conjunto.

La Argentina presenta a partir de 1946 un formato partidario bipartidista con una dinámica (una mecánica) polarizada que no corresponde al bipartidismo.

Caminando en esta dirección, no cabe duda de que el peronismo renovador se iba diferenciando cada vez más del radicalismo y esta separación, tantas veces criticada dentro del movimiento, desde el punto de vista del sistema político, no podía sino ser saludada como una buena señal. La diferencia y la competencia dejarían de versar sobre estilos políticos y sobre la definición del régimen para situarse en el mismo campo donde se explotaría un régimen democrático: en las propuestas políticas. En el límite, en los modelos societales, pero no ya en el modelo de régimen.

Estilos políticos y modelo de régimen

Esto significaba también para el peronismo renunciar al populismo que en nombre de lo nacional y popular se sentía con derecho a desconocer las reglas de la competencia y de la convivencia democrática. Todo ello no era blanco y negro sino que el proceso estuvo teñido por idas y vueltas y por ambigüedades entre los mismos renovadores. A pesar de ciertos "abreos" de intolerancia ideológica o de "recurrencias" (autoritarias) usando expresiones de Emilio Ipoli, la corriente renovadora fue, como señala el mismo autor, el esfuerzo serio intentado hasta el momento de fundar y consolidar un peronismo demócratico en toda la historia de esta fuerza política.

Al inicio de los años '70, poco antes del retorno a un régimen democrático, el peronismo y el radicalismo intentaron, a través de un acuerdo entre Perón y Balbín —La Hora del Pueblo— establecer la paz entre el peronismo y el radicalismo, que se fundaron y desarrollaron en base a matrices ideológicas muy distintas, constituyéndose alrededor de cada uno de ellos subculturas fuertes y relativamente cerradas. Fue interrumpido por la muerte de Perón, el desencadenamiento del conflicto en el interior del peronismo y finalmente el intento quedó sepultado por el golpe de 1976.

Algunos se apuraron a declarar por "consolidado" el sistema democrático ahorá si con un bipartidismo menos atípico. Si bien la victoria de Menem en las internas no significa que hayamos vuelto a punto cero significaría sin duda que el

camino recorrido fue corto o en todo caso que el punto de llegada está mucho más lejos.

La opción electoral

Retomemos ahora la cuestión inicial sobre la opción electoral. En el pasado, como señalé, por las características que asumió la competencia entre el radicalismo y el peronismo la tendencia fue hacia el progresivo deterioro de la relación gobernado-oposición ilegándose muchas veces a la oposición francamente desleal y al vaciamiento de la arena electoral como lugar donde dirimir la disputa.

El desafío parecía mayor para el peronismo. A raíz de la derrota electoral del '83, se abrió un período de crisis y de conflicto con dos corrientes muy claramente enfrentadas: el peronismo renovador y los llamados ortodoxos.

Lo que ha venido haciendo el peronismo, en cambio, con gran dificultad por cierto, es tratar de consolidar aquellas modificaciones iniciadas en la década del '70 en el sentido de compartir las reglas de la alternancia política, consolidando así un espíritu político común.

Para eso era necesario renunciar al movimiento, fortalecer sus características de partido, lo cual implicaba darle un rol predominante a los políticos en detrimento de la rama sindical, "columna vertebral del movimiento". Era necesario renunciar también al predominio de la representación orgánica, eufemismo que esconde el corte corporativo del peronismo en sus inicios y que alcanzó muy fuertes raíces en el partido.

Caminando en esta dirección, no cabe duda de que el peronismo renovador se iba diferenciando cada vez más del radicalismo y esta separación, tantas veces criticada dentro del movimiento, desde el punto de vista del sistema político, no podía sino ser saludada como una buena señal. La diferencia y la competencia dejarían de versar sobre estilos políticos y sobre la definición del régimen para situarse en el mismo campo donde se explotaría un régimen democrático: en las propuestas políticas. En el límite, en los modelos societales, pero no ya en el modelo de régimen.

La situación actual es de fuertes fracturas internas con un grado importante de enfrentamiento entre las tendencias. Como a pesar suyo Menem es Peñón, puede encontrarse desde el inicio del gobierno en situaciones —resaltando todas las diferencias— señalando a la de Isabel después de la muerte de Perón. Pero en dicho contexto el entonces para ser decisivo y el consejero del principio empieza a ser un lugar disputado. Sin tener que enfrentarse con un adversario que no sea Menem, se acuerda consolidar la "derecha" del partido, con grupos auto-proclamados de izquierda que pueden crecer ilegalmente el momento de la liberación pascional de la mano del "nuevo Perón". ¿Qué espacio les quedaría a los renovadores, a la extramisión, llamada "ala política del partido"? ¿Les tocará reencontrar la figura algo pálida de Laderer al final del gobierno de Isabel, impotente para evitar la debacle que se veía venir?

De todos modos, y sin que sea necesario asumir la posición de profeta de la catástrofe y prever un golpe, lo que si parece difícil es no suponer una especie de resurrección del pacto corporativo y la reaparición de un estilo de hacer política que tiene poco que ver con la consolidación de reglas democráticas. En este sentido el aparente fracaso de la renovación tiene consecuencias que lamentablemente repercuten más allá del peronismo y amenazan con impedir una vez más la consolidación de un sistema partidario funcional para la democracia.

Bibliografía

- Norberto Bobbio, "Representanza e interessi", en *Representanza e Democrazia* (G. Pasquino compilador), Roma, Laterza, 1988. Serie Baja, "Volumen 10: Voto y votar", en *La Ciudad Futura/11*, 1988.
- Emilio Ipoli, "La difícil apuesta del peronismo democrático", en José Nun y Juan Carlos Portantiero (comp.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Bo. As., Ed. Almuzara, 1987, pp. 325-333.
- Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza, 1976.

Un mal menor?

Hace un tiempo y apostando a la consolida-

dación de la renovación como corriente mayoritaria en el peronismo, fuimos varios los que dijimos que una victoria de la oposición en las próximas elecciones presidenciales —puede mucho más decirse que las legislativas o la ejecutivas provinciales— consolidaría el sistema democrático. La victoria de Menem obligaría a estar muchos menos seguros de esta afirmación. Desde mi punto de vista el enfrentamiento entre Angeloz y Cañero podría haber significado que por primera vez en la Argentina desde 1946 estaríamos asistiendo a elecciones en las cuales estaría en juego el gobierno: ¿qué partido goberaría y en base a qué propuestas? Tal no es la situación y en este sentido no tendría muchas dudas en afirmar que hubo retroceso. A mi juicio, el mayor de los riesgos en estas elecciones es el de que no se esté votando entre políticas alternativas sino una vez más por alternativas de régimen político, ya que resulta difícil imaginar que el peronismo menemita (más allá del candidato) esté dispuesto a jugar las reglas del juego democrático y a renunciar a las pretensiones de hegemonía, al populismo de títulos corporativos. A juzgar por el resultado de las internas los renovadores no están por ahora en condiciones de asegurarlo. Fuerza es reconocer, entonces, que no estamos como en Francia eligiendo entre opciones socialistas, comunistas, liberales de centro y de derecha e incluso, si ello pone en juego el sistema, opciones populistas de una derecha nacionalista y fascista.

En este punto me gustaría retomar la afirmación según la cual se va a votar en ausencia de opciones políticas y transformarla más bien en una pregunta. Si la situación fuera la de una democracia consolidada tendría también tendencia a lamentar la escasez de ofertas. Sin embargo el riesgo mayor después de la victoria de Menem es que la alternativa se siga planteando en los viejos términos. Si ello es así, importa menos que entre el peronismo y el radicalismo no haya muchas diferencias (en cuanto a programáticas y propuestas políticas) e incluso que no haya opciones reales desde el punto de vista de la izquierda.

Si los políticos siguen siendo entre moderados y políticos conflictivos, y en los diferentes tipos de regímenes, es difícil hablar de ausencia de opciones políticas. Por todo lo dicho —y aunque nos pase y no nos guste— lo que se juega en juego en estas elecciones, a partir de la victoria de Menem, es todavía la consolidación del régimen democrático. Frente a ello, reconociendo las frustraciones dejadas por la gestión radical en muchos campos, e incluso admitiendo que Angeloz pueda significar una cierta "aliviarización del partido", ¿Les tocará reencontrar la figura algo pálida de Laderer al final del gobierno de Isabel, impotente para evitar la debacle que se veía venir?

Resumiendo, si lo que está en juego en estas elecciones es todavía el afianzamiento del sistema democrático, la opción por el radicalismo no tendrá porque ser ventajosa para quienes nos vemos como progresistas y no tendrá tampoco la ventaja solamente como la opción por el mal menor.

Los militares y la sociedad

Malvinas y los monstruos familiares

Guillermo Ortiz

Que la actualidad (esa criatura mutílome y escurridiza inventada por los medios) goza de buena salud, no es ninguna novedad en la Argentina. Así es que además de mitigar la espesa melancolía cotidiana que nos invade, por obra de la crisis, también, nos acostumbra al sobresalto. Visto así, el hábito es a todas luces profiláctico, ya que despierta el instinto de conservación. Lo cierto es que por estas pampas desmesuradas, especie de mar seco que nos toca, sea por prejuicio o ignorancia o bien por su pasmosa simbiosis, siempre hay alguna razón para desesperar. Qué otra alternativa cabe si, como bien lo intuyó Borges, cada país es un mundo "provisto de lealdades y queridas memorias". A parte de este aserto, todo es posible. Hasta el prócer venerado y el aniversario exacto. Ensayamos un racconto. Que en estas riberas occidentales del Plata sea una obstinación verde oliva que salpicó el calendario de este año y tal vez nos llama a la reflexión. O a la violeta pintoresca: pensemos en el último verano, tórrido en suspicacias y estolidos y que alcanzó su clímax en ese televisivo sajiente jugado en clave correntina. Una crisipción de uniformes y proclamas destempiladas.

Más cerca, las novedades de nuestro otoño-invierno que para no ser menos deshojan un friso que abarcó la detención (y reciente liberación) del dirigente ultraderechista Biondi hasta los allanamientos de guardias y arsenales varios, con epílogo en el episodio del militante Vera que resultó abatido. Las imágenes de la habilitación del desafortunado y sus obligados afiches de Malvinas. Toda una clave. Y estas últimas semanas en el tema traidorío sientes una intensidad a raíz del juicio oral y público, con declaraciones y rostros familiares. Y es bueno desenredarse en Malvinas, símbolo de la memoria y recordar que, más allá de operar como evitable hilo conductor y consigna de bandas clandestinas y no tanto, permanece irreversiblemente en el imaginario de los argentinos.

Pero vamos por partes: se trata de vincular recuerdos y dar algunas aproximaciones.

De Lito Nebia a la soberanía inalienable

Más allá de las alternativas del juicio queda el pasaje sin despedir del político De Vitta, defensor del ex-teniente general Galtieri, quien en pleno auge en la Cámara Federal recurrió a los versos del popular cantante Lito Nebia para señalar que "si la historia la escriben los que ganan, quiere decir que hay otra historia... Y esta defensa va a narrar esa otra historia, no la historia oficial de la Comisión Rattenbach".

Queda claro entonces que, tal como pensaba Caino, en sus desesperaciones de postguerra, "no es de hoy que Caino mata a Abel. Pero es de hoy que Caino mata a Abel y reclama luego la Legión

"de Honor", coincidan o no con esta afirmación músicos famosos ó militares contrariados.

Tampoco es cuestión de deseñarse demasiado en lo que implicó la desproporcionada respuesta del Reino Unido en su momento. Si la actitud argentina fué una agresión que se viste de "defensa" o lo de la señora Thatcher una defensa que terminó en agresión. La arrogancia militar manifestada por el gobierno conservador es justa a sus sueños de orden y firmeza para defender posesiones allende los mares, la única forma de virtud que les es preciso reconocer. Por más que el bocadillo de la soberanía inalienable que cumplen en deleitar todos por igual, no haga otra cosa que reforzar la inevitabilidad del sostenimiento de fuerzas militares "apta" y en el caso argentino, contribuir además para legitimar a través de la trascendentalización del patriotismo, un poder legítimo.

Pero el punto a señalar (y también si detenernos en el lamentable espectáculo brindado por la oposición argentina en ocasión de la contienda) reside fundamentalmente en el impacto que "Malvinas" como sueño colectivo produjo en el apartado anfílico-sentimental-ideológico de la sociedad. Ahí repuso el nudo central de nuestra preocupación. Y por dos motivos: porque es en el interior de lo social donde discursos y políticas adquieren certificación (acorde con la dinámica democrática) y porque esa misma sociedad (en sus aspectos más visibles) la que hace algo más de cinco años extendió su complacencia y enfermizo aval al devaneo bélico de la misma dictadura que la oprimió, en casa más que sabroso para la psicología social.

De Ubaldini a Shopenhauer

Y nada ha cambiado: de aquel abrillantado de fríos incipientes y una plaza popular hecha de historia, júbilo y escarpela al pronunciamiento del consejo nacional judicial en pie de una movilización militar, cuando la maniobra británica denominada "Fire Focus" en el transcurso de este año.

También la CGT, que se expidió presurada ante la misma contingencia, aunque en este caso no dejó de llamar la atención el hecho de que una organización obrera se manifestase en temas de soberanía territorial (sea ésta sobre vastos sectores o bien pedregosos pingüineros), máxime si tenemos en cuenta que en momentos del suceso-Rico (que si la involucraba al poner en jaque la continuidad de las instituciones) dio un sospechoso paso al costado argumentando que los antecesores eran "de estructura incertidumbre militar". Pero no detengamos tampoco anécdotas. "Cada nación se burla de las otras y todas tienen razón", señala Shopenhauer desnudando sabiamente la raíz de un oscuro artificio sin salida. Refugio, en síntesis, de un radicalismo de ritmos extremos que encarama la idea de Nación como esencia

inmutable y supraindividual que se agota en sí misma y clausura toda tentativa crítica. Se dice "las Malvinas son argentinas" como si aliudierásemos a una substancia sagrada que viene desde el fondo de los tiempos envuelta en vapores blanquinegletes.

La decepción y un relator mentiroso

El tema es: las voces de desagrado posteriores a la guerra del '82 (medianamente que las sociedad pretendió lavar sus alarmantes niveles de correspondencia) surgieron no ya de un conjunto de ciudadanos en pleno ejercicio autoritativo merced a la observación desapasionada de sus propios comportamientos, sino de un grupo de argentinos "desengañados". La queja fundamental que se les enrostro a los uniformados, surge ante la triste y decepcionante comprobación (uno sólo se decepciona de aquello en lo que alguna vez depositó alguna clase de esperanza) de que los militares habían faltado a la verdad. Por lo que el hecho y su desenlace no debe ser mirado como un problema inserto en lo político, sino como un incidente que tiene que ver con la hipocrisia castrense. Favorecida, claro está, por el manejo del aparato informativo, "que había que escuchar radio Colonia", etc., etc. Vale decir, que decían que ganábamos cuando en realidad perdimos. Ahí está todo. El drama se reduce a que un insensato relator nos transmitió los goles al revés. Porque si era palpable el espíritu deportivo con el que se recibía la cantidad de buques hundidos del enemigo. De ahí que a partir de esa decepción comenzara a navegar por el corazón atribulado de los argentinos un sentimiento parecido a la abulia culpable. Qui hoy algunos observadores y por qué no decir, organizaciones de ex-combatientes que incurran en la misma miopía, repudian como "indiferencia". Y no es así. En términos generales la sociedad no contradice el esquema estatutario entronizado por los militares: patria, soberanía, afán de conquista, fronteras, identidad nacional y todo el entrampado de un ideal cercenista que, como expresan gráficamente alguna vez el escritor español Fernando Savater, está hecho de "demagogia nacionalista y populismo analfabeto".

Son todos ellos conceptos compartidos que los militares en nuestro nombre no supieron defender. La sociedad no se encuentra en oposición conceptual con las Fuerzas Armadas en torno a este tema. Ésta traicionada. Sencillamente.

El problema fue el 15 de junio... no el 2 de abril. El examen enfatiza la gestión incorrecta del hecho más que un planteo que problematicamente su homologación en sí. Claro que algunos se desplazaron más allá y observaron que el momento escogido para tamaña empresa no fue el oportuno. Dejando abierta así, la faceta posibilidad de un enfrentamiento

armado para cuando soplaran mejores vientos. Toda consideración introspectiva, por decirlo de alguna manera, no rebasó el umbral de los detalles táctico-estratégicos junto a la conducta de los superiores en el frente de batalla. El asunto se circunscribió a la incidencia (desde ya considerable) de que los militares maltrataban a la tropa y retaceaban cigarrillos. Es un primer escalón quizás necesario en el proceso de observación que proponemos, pero de ningún modo suficiente. No pensemos si los argentinos son buenos o malos militares, sino por qué con inusitada insistencia (hasta cíclica, diríamos) las fuerzas armadas son protagonistas de nuestra historia. No pensemos la incompetencia de los militares, pensemos lo militar y a partir de esas conclusiones tal vez se allane el camino hacia una sociedad más racional.

En este contexto, y como forma de acentuar la pesadumbre, las pretendidas izquierdas no contribuyen a civilizar los términos de la política en la Argentina, atadas como están a ideales autárquicos hoy en desuso y que siempre constituyeron patrimonio histórico de los sectores más retardarios.

El sueño de "todos"

Peros cuáles serían las trabas que nos impiden avanzar en el análisis?

En este sentido existen deformaciones que aún perduran y que se relacionan con ciertos procesos de enunciación. Frente a un determinado hecho, aparece un discurso hegemonicó que genera la adhesión mediante un recurso infalible: la naturalización del acontecimiento en cuestión. Y en pos de este objetivo es primordial abolir las diferencias. Tornar lo conflictivo en evidencia impuesta. Disolver la pluralidad, que siempre es amenaza de desintegración y por lo tanto de destrucción de ese "discurso dominante", tal como reflexiona Pierre Bourdieu. Lo simple aplastando lo complejo que siempre remite a un individualismo rupturista. Frases como "todo estamos embarcados" no hicieron más que mostrar la guerra como "necessaria", porque en definitiva se trataba de una respuesta "nacional". Y no es así. En términos generales la sociedad no contradice el esquema estatutario entronizado por los militares: patria, soberanía, afán de conquista, fronteras, identidad nacional y todo el entrampado de un ideal cercenista que, como expresan gráficamente alguna vez el escritor español Fernando Savater, está hecho de "demagogia nacionalista y populismo analfabeto".

Hay sueños de la razón que engendran monstruos", reveló Goya en uno de sus cuadros. Tal vez Malvinas (y todo su equipaje) dado la naturalidad de todo el dispositivo autojustificatorio y "racional", constituya aún un rubro más que riposo para la virgin memoria crítica de los argentinos. No obviemos a la luz de la historia, que toda fantasía criminal siempre tuvo su "razón de ser". Que todas las ideas esconden sus "principios" y que a esta altura no es del todo desbellido sospechar que es posible matar a la faceta posibilidad de un enfrentamiento

Debate sobre la izquierda

Algunas consideraciones profanas sobre "La izquierda en tres tiempos"

Beatriz Sarlo

Continúa un debate sobre la izquierda que iniciamos en el núm. 6 (Altamirano, Valdovinos, La Porta) y al que siguieron las contribuciones de Brocato (núm. 7), Aricó, Paramio y Héctor A. Bravo (núm. 8/9), Godio y S. Rodríguez (núm. 10) y Emilio de Ipola en el número 11. En la presente entraga Beatriz Sarlo polemiza con la tipología de la izquierda trazada por de Ipola en su artículo, mientras que Torcuato S. Di Tella defiende la posición de una necesaria coalición a mediano plazo del socialismo con un peronismo "renovado y anclado en el sindicalismo".

Responder a estas preguntas quizás no sea importante si se piensa en la "izquierda anacrónica", pero lo es cuando llegamos a la protomoderación y mucho más todavía cuando nos planteamos la inclusión de "algunos sectores" de la moderna en la grilla propuesta por de Ipola. Y la importancia se vuelve decisiva cuando se trata de corrientes y partidos como los mencionados en la nota 2 (el radicalismo, la UCD y el peronismo). El propósito del análisis de de Ipola quizás no justifique que el ordenamiento que del PC, con lo que estoy sugiriendo, que el ordenamiento que el PFI o del PSP. Del mismo modo, la primera conclusión, donde se afirma que "la izquierda proto-moderna está más cerca de la izquierda anacrónica que de la izquierda moderna", no explica el más interesante fenómeno de que los protomodernos del PI hayan vivido todos estos años mucho más cerca del peronismo renovador (que de Ipola considera centro moderno) que del PC, con lo que estoy sugiriendo, que el ordenamiento que el PFI en su etapa de "izquierdas" parece probablemente poseer las crucecillas que de Ipola las afectan tanto como las de anarcismo y modernidad. O, para poner otro ejemplo, extraído del cuerpo del artículo, "algunos sectores" del PSD forman parte de la izquierda (con flexiones modernas o protomodernas), sin que se sepa adonde se inscriben los otros sectores.

Se podrá objetar que asigne peso a la nota 2, sólo un párrafo en cuerpo chico, dentro de un artículo bastante largo. Sin embargo, creo que esa nota es reveladora. Allí se resume una clasificación de los partidos políticos argentinos que guía el juicio de de Ipola cuando afirma que Jesús Rodríguez es preferible a Estévez, Boero y Manzano a Miguel Monserrat. Cualquiera podría observar que los criterios de preferencia no deberían ser tan fijos (aun cuando surjan del arte combatitorio) y si más vinculados a coyunturas concretas. Para un socialista, como se declara de Ipola o yo misma, no es impensable que Rodríguez sea, por momentos, preferible a Estévez o Boero o a Monserrat. Pero me inclino a no suscribir un sistema duro de afinidades basadas en lo que de Ipola llama su última conclusión (a saber que "la izquierda moderna está más cerca del centro moderno que de la izquierda proto-moderna"; traducido: que la izquierda moderna está más cerca de los radicales y de la renovación peronista que del PI o del PSP). Una amplia conclusión general sería precisamente interesarla para saber, primero, de qué líneas de ese gran centro radical puede la izquierda moderna sentirse más próxima, y luego cómo se puede estar al mismo tiempo más cerca de la coordinadora radical (ya que se nombrá a Jesús Rodríguez) y del caferismo; si un "más cerca" o si lo que de verdad se quiere decir es que la izquierda moderna estaria más cerca del radicalismo coordinador y menos cerca del caferismo.

E s posible coincidir con de Ipola en el conjunto de rasgos mediante los cuales sería forzoso incorporar o expulsar a un partido o tendencia del universo de la modernidad. Enumera sucesivamente seis rasgos y dictamina que cualquier fuerza que incurra en el desconocimiento de uno de ellos pertenece al espacio recuperable sólo al adjetivo "anacrónico". Para salvaguardar de este adjetivo a los partidos del "centro moderno", la fuerza o partido deberá recomendar todos estos rasgos "en sus planteos fundamentales".

Estos, que serían un elemento de prueba irrecusable para el juicio sobre si se es anarcónico o moderno, permanecen (en un artículo que está obsesionado por las definiciones), sin aclaración que establezca qué se quiere decir con "planteos fundamentales". ¿Se trata de planteos en un

y, en consecuencia, no afectan el requisito (no meramente formal) de reconocer a la democracia como eje de definición "epochal"? ¿Los estilos políticos, en suma, no caracterizan a los partidos ni a sus "planteos", siendo sólo un revestimiento exterior, una manifestación de nada?

Responder a estas preguntas quizás no sea importante si se piensa en la "izquierda anacrónica", pero lo es cuando llegamos a la protomoderación y mucho más todavía cuando nos planteamos la inclusión de "algunos sectores" de la moderna en la grilla propuesta por de Ipola. Y la importancia se vuelve decisiva cuando se trata de corrientes y partidos como los mencionados en la nota 2 (el radicalismo, la UCD y el peronismo). El propósito del análisis de de Ipola quizás no justifique que el ordenamiento que del PC, con lo que estoy sugiriendo, que el ordenamiento que el PFI o del PSP. Del mismo modo, la primera conclusión, donde se afirma que "la izquierda proto-moderna está más cerca de la izquierda anacrónica que de la izquierda moderna", no explica el más interesante fenómeno de que los protomodernos del PI hayan vivido todos estos años mucho más cerca del peronismo renovador (que de Ipola considera centro moderno) que del PC, con lo que estoy sugiriendo, que el ordenamiento que el PFI en su etapa de "izquierdas" parece probablemente poseer las crucecillas que de Ipola las afectan tanto como las de anarcismo y modernidad. O, para poner otro ejemplo, extraído del cuerpo del artículo, "algunos sectores" del PSD forman parte de la izquierda (con flexiones modernas o protomodernas), sin que se sepa adonde se inscriben los otros sectores.



ca, más bien, en el plano de los programas explícitos. Clasificar de "anacrónica" a una corriente que ignore cualquiera de los seis puntos decisivos en la clásica tradición, resulta un atractivo ejercicio intelectual donde se extraña la densidad de la política.

En lo que se refiere a la clasificación interna a la izquierda en "modernos" y "proto-modernos" —y "anacrónicos"— de Ipola considera como decisivos los puntos de vista sobre tres aspectos: la concepción de la política, la relación entre estado y sociedad y la política económico-social (el cuarto punto, respecto de los actores sociales protagónicos, puede incluirse con facilidad en el primero).

Cuando relata el artículo que estos comentando, el Club de Cultura Socialista fue sede de una conferencia de Jordi Borja (presentado, permitásemse agregar, dentro de la mejor tradición de teatralidad intelectual y ideológica, por Ipola). Los asistentes que desarrolló Borja en esta ocasión —los que había escuchado de Carlos Altamirano, enriquecieron sus propias objeciones al trabajo de Ipola e inspiraron algo de lo que sigue (con la obvia advertencia de que no Borja ni Altamirano deben ser responsabilizados de lo que acá yo digo).

La versión de la política de izquierda y del cambio presupuesta en el artículo de Ipola exhibe un carácter abstracto, cuando no incorpora al análisis tanto las formas en que la política se produce y circula dentro de una sociedad, como su capacidad formadora de fuertes perfiles de identidad, de mitos e ideales colecti-

vos que serían ineliminables de lo político, a menos que se crea que estas dimensiones puedan desaparecer subsumidas en un medio cristalino de transparencia completa (y quizás ni siquiera deseable).

Según de Ipola "la izquierda anacrónica se ha apoyado siempre sobre una concepción heroica, fundamentalista y trascendental de la política". Si esto es cierto, no se infiere necesariamente de ello que la política deba (y sobre todo pueda) ser despojada de sentimientos intensos y globalizantes, del entusiasmo, la solidaridad y el compromiso colectivo impulsivo de prácticas que pueden no ser heroicas pero que, al mismo tiempo, y precisamente por su vínculo con valores, creencias y sobre todo con el pasado y la historia, con las tradiciones y afinidades pre-existentes, tienen una dimensión que no se agota en la discusión racional de valores, instrumentos y objetivos (aunque siempre debería presuponerla).

De Ipola, en una tensión hipercircularizada, nos hace alto la necesidad de la energía producida por un *composición* de ideas y sentimientos que, me atrevería a decir, es condición de que la izquierda llegue a integrarse en la sociedad. La concepción abstracta de la política nos coloca en desventaja desde el primer movimiento. Afirman esto como una virtuosa fatalidad (que dejaría libre a la izquierda del peligro fundamentalista) mi parecer por los errores arraigados o, como lo frases Borja: "puedo abrir la ventanilla para que nuevos fundamentalismos... se críen y expulsen por la puerta, se reinstalen".

En cuanto a los actores políticos: de Ipola afirma, con toda razón, que "ningún actor social, individual o colectivo,

tiene *per se* la propiedad privada del futuro". Sin embargo, la izquierda moderna debería esforzarse no sólo en admirar democráticamente que el futuro no ha sido aún loteados según la voluntad de actores privilegiados, sino también que hay actores sociales que *per se* son más probables interesados en las reformas, y otros que, por razones que se hacen valer en la economía y la cultura, levantan, de manera muy consecuente, *su objeción ante el cambio*. Un diagnóstico sobre los actores sociales no necesariamente debe repetir la oposición burguesía-proletaria o pueblo-imperialismo. Puede en cambio hipotetizar cuáles son los sectores para quienes un cambio, en sentido de reformas profundas, es no sólo deseable sino, en ocasiones, imprescindible. No se trata de fijar de una vez y para siempre el protagonista de la historia. El movimiento simétrico a este afán, me parece que reside en *suspender el juicio y reemplazarlo* por una enumeración que, si permite no olvidar a nadie, en esa generosa inclusión pasá por todas las zonas duras de resistencia y oposición al cambio en sociedades como la nuestra. Pensar la política, supone, a riesgo de equivocarse, encontrar no el mirador panóptico desde donde la descripción incluye a todo el mundo, sino la perspectiva interna desde donde pueden encarnarse programas de reforma en la sociedad y desde donde, también, se distingan quienes son *legítimos* y *legítimo* excusa por el anarcismo) de esos programas.

Otro punto, al que se refirió Borja de pasada y que me gustaría retomar muy brevemente, se refiere a la afirmación de que la izquierda moderna es "teórica y prácticamente reformista". Esta es una condición fuerte y excluyente en el articulismo y el anarcismo. La descripción que se adopta de revolución, más que la de reforma, es la base de lo argumentado por Ipola. Si se considera que la revolución puede ser únicamente definida y defendida desde una perspectiva "instantaneista" y "mágico-religiosa", es fácil acordar con Ipola. El asunto podría ser más complejo si se admite que una izquierda moderna podría tratar con un horizonte de transformaciones tan profundas que le permitan el uso de la palabra revolución para caracterizarlas, aunque se renuncie a los métodos violentos para conseguirlas. Boro la frase de este modo: ser reformista no supone necesariamente renunciar a ese horizonte de transformaciones radicales que estuvo presente en la idea de revolución.

Finalmente, respecto de lo que se dice en relación con el estado: es cierto que hay un "estatalismo tradicional en la izquierda anacrónica". De todas maneras, la izquierda moderna podrá muy rápidamente comprobar que el camino de promover "instancias autogestionarias", como aconseja de Ipola, supone la intervención del estado para el resguardo de las áreas donde éstas se desarrollen y el diseño de especiales cauciones que les permitan sobrevivir. Las consignas liberales frente al estado Ipor lo menos en la mera más o menos salvaje con que se manifiestan en la Argentina y que fueron analizadas por Portentario en el número anterior de *La Ciudad Futura*) han encontrado desdichadamente sólo otro sistema de consignas. La izquierda "moderna", ni siquiera en el artículo de Ipola, ha avanzado en el diseño de políticas que en muchos casos (deben) contar con el estado, salvo que, una vez despojada la sociedad de todo sentido trascendente como lo quiere de Ipola, la despojemos también de los instrumentos con los cuales pueden crearse las condiciones para que políticas autogestionarias sean verdaderamente posibles.

A riesgo de parecer anacrónico (riesgo

que he corrido a lo largo de esta argumentación más de una vez), no necesitamos menos Estado sino formas diferentes de intervención del estado y de promoción de iniciativas societales. En la Argentina de los últimos años se han accentuado desigualdades de todo tipo y al estado le caben funciones irrenunciables de regulación y reparación. Acuerdo con Ipola en que no podemos caer en la disyuntiva estado-mercado. Pero tampoco podemos ser ingenuos en la evaluación de los estilos que las fuerzas del mercado (y su combinación con actores que ocupan el espacio estatal) oponen a las iniciativas de la sociedad. Por otra parte, una cosa es señalar la crisis del estado de bienestar allí donde éste realmente fue construido y otra atribuir a este estado de bienestar inexistente en Argentina los defectos que son propios de un estado clientelístico y colonizado por los intereses privados.

No quisiera terminar sin agregar un argumento a estas notas quizás más largas de lo que deberían. Se trata, otra vez, de un tema que estuvo en el debate intelectual en los años sesenta, período en el cual la historia fue objeto de una ofensiva desde todos los frentes. Si hay algo que se revela ausente en los interesantes planteos de Ipola es precisamente la mirada histórica que se haga cargo de algo que parece central a la política: la construcción de sus tradiciones, sus modos operando, sus estilos. Es sobre este terreno histórico que, nos guste o no, podrán levantarse las nuevas alternativas.



APARICIONES Y REAPARICIONES

- **Los cuatro jinetes de la Pocalipsis.** Jaime Ruíz Escobar. Primer Premio Novela Fundación Cultural Hispanoamericana (1986)
- **Cierta inevitable muerte.** Edgardo Sanabria Santaliz. Seis relatos de uno de los mejores cuentistas de América Latina
- **Ser Judio.** León Rozitchner. A veinte años de la primera edición, lúcidas reflexiones que reivindican su imperativo ético y político.
- **Una temporada en Babia.** Marcelo Di Marco. Poemas que plantean que "es posible que las fuerzas del lenguaje logren liberarse".
- **Retratos y leyendas jasídicas.** Elio Wiesel. Humor y amor a la vida en un libro del Premio Nobel de la Paz 1986.

Ediciones de la Flor
Anchoris 27, 1280 Buenos Aires
1967-1988: Una editorial mayor de edad

que he corrido a lo largo de esta argumentación más de una vez), no necesitamos menos Estado sino formas diferentes de intervención del estado y de promoción de iniciativas societales. En la Argentina de los últimos años se han accentuado desigualdades de todo tipo y al estado le caben funciones irrenunciables de regulación y reparación. Acuerdo con Ipola en que no podemos caer en la disyuntiva estado-mercado. Pero tampoco podemos ser ingenuos en la evaluación de los estilos que las fuerzas del mercado (y su combinación con actores que ocupan el espacio estatal) oponen a las iniciativas de la sociedad. Por otra parte, una cosa es señalar la crisis del estado de bienestar allí donde éste realmente fue construido y otra atribuir a este estado de bienestar inexistente en Argentina los defectos que son propios de un estado clientelístico y colonizado por los intereses privados.

E 1 secreto del éxito de un movimiento socialista es saber combinar una mayoría obrero-sindical con una importante minoría tecnocrática-intelectual. Esto es clave para las perspectivas de un movimiento socialista masivo en la Argentina, porque entre nosotros la ideología no está adecuadamente implantada en ninguno de los dos sectores: está casi ausente en el sector obrero, y distorsionada en el intelectual. Pero no está dicho que la tarea es imposible. Para alcanzar la ruta, veamos algunas consideraciones, tanto de tipo teórico como práctico.

La social democracia como motor y como freno

Donde está efectivamente implantada, la socialdemocracia actúa a la vez como motorizador de demandas redistributivas, y como freno a presiones populares excesivas sobre los centros de acumulación de capital, actividad gerencial, y desarrollo científico y educacional. El rol democratizador y de extensión de servicios sociales y de bienestar, jugado por la socialdemocracia, con su apoyo sindical, es harto conocido. Menos obvio, pero igualmente importante, es su rol en defensa de estructuras jerárquicas del tipo de las antes mencionadas.

Para poder cumplir este rol el partido socialdemócrata debe hacer un esfuerzo particularmente complejo, pues va algo en contra de los impulsos más inmediatas de muchos de sus votantes y simpatizantes, que, en su vida diaria, en su trabajo, y en los conflictos corporativos, tienden a estar en la vereda opuesta al gerente, al administrador estatal, o al director de departamento universitario o institución cultural. La consecuencia es que todo partido socialdemócrata tiene que tener una fuerte torsión entre un ala "derecha" (uso la palabra con cierta reticencia pero es la más descriptiva y realista) y tecnocrática, y un ala "izquierda" o militarista, que fácilmente se erige en representante de los valores éticos y la pureza de la ideología. Dicho en otras palabras, un partido socialdemócrata— como cualquier otro partido— debe por un lado representar intereses sectoriales, y por otro asumir la función de los agentes generales, que incluyen los de los adversarios políticos. Para poder cumplir este complejo papel, es altamente conveniente que el partido tenga una estructura federal, con importantes áreas de autonomía para los diversos sectores representados dentro de él, y para las diversas mentalidades o las diversas funciones que hay que cumplir.

Monolitismo versus federalismo

En la experiencia argentina, el Partido Socialista, bajo la conducción de Juan B. Justo, tomó formas muy centralistas —aunque bastante más democráticas en cuanto a organización interna que el Partido Comunista— y se caracterizó por una excesiva preocupación por la pureza doc-

Hacia un partido socialista de masas

Torcuato S. Di Tella



Efectivamente, no se puede juzgar a los Pinedo o a los De Tomasso de 1927 o 1928 por las actitudes que éstos mismos asumieron años después, una vez cortados sus vínculos —y los controles reciprocos que ellos implican— con el Partido Socialista. Así como en el análisis del peronismo no debemos sobrevalorar la presencia de sectores de derecha, ni tiene sentido pretender "purificar" a ese movimiento expulsándolo de sus filas (salvo casos extremos), lo mismo debe hacerse al encarar a un movimiento socialista. Para seguir la secuencia esbozada, otra grave escisión se produjo en 1938 con un grupo de izquierda que, como el socialismo obrero, que al final fue echado en brazos del Partido Comunista. Y, más trágico, el rechazo a quienes podían querer buscar entendimientos con el parojo secretario de Trabajo y Previsión del régimen militares de 1943-1946, también está en la linea de las decisiones que, en aras de una pura doctrinaria o ética, dejaron de lado consideraciones de orden político. Con todo esto estoy pensando que lo doctrinario o lo ético no tienen importancia siquiera que deban ser puestos en su lugar. Para encontrarse un lugar, lo mejor es tener una organización federada, coalicionada, en que las diversas mentalidades y estrategias tengan todas un lugar reconocido y aceptado. Claro está que en la línea doctrinaria del Partido Socialista en la Argentina puede parecer algo fácil e injusto. De todos modos, el dejó aquí esbozado, como condena —que sumaría una a las tantas que de manera superficial se hacen del "justismo"— sólo como intento de sentir las bases para nuevas actitudes. Y no se diga que una exploración retrospectiva de lo que pudo ser pero no fue es ociosa o inútil, porque lo que ocurrió tenía que ocurrir. Ese determinismo histórico absoluto no tiene apoyos científicos o teóricos serios, y además es contraproducente.

Los cinco rama

Aún a riesgo de incurrir en plagio, creo que el concepto de "rama", como estructuras relativamente autónomas o separadas dentro de un movimiento o conjunto que tienden a un objetivo común, pero distintos, es útil para analizar la escisión que se produjo en el Partido Comunista. La separación de los socialistas internacionales, en 1918, que luego formaron el Partido Comunista, quizás era más inevitable, por fuertes factores internacionales, pero una actitud más amplia podría haber retido más elementos de esa orientación en las filas partidarias. La expulsión durante unos años de los socialistas argentinos de Alfredo Palacios, aunque luego volvieron al partido, estuvo en la misma dirección, y representó una actitud de intolerancia ante lo que podía

contrario, lo más adecuado es que mantengan independencia organizativa, de manera de poder incorporar a su seno a individuos o a sub-organizaciones de diversa orientación. Si realmente las condiciones sociales en el país favorecen un movimiento hacia el socialismo, los grupos con esta ideología serán con el tiempo hegemónicos en esos ambientes. De lo contrario, no habrá rigidez o pureza ideológica que valgan. Veamos en detalle la situación en cada una de las cinco ramas.

(i) **La rama sindical.** Uno de los principales problemas del sindicalismo actual es su burocratización, tanto en el bueno como en el mal sentido de la palabra. El mal sentido se refiere a las características violentas, autoritarias y corruptas que a veces ha tenido, y que deben ir desapareciendo, usando si es necesario y en la medida adecuada para no generar reacciones defensistas extremas –el poder legislativo y judicial del estado. Pero contra la burocracia corrupta no hay que oponer un basismo activista, escudado en principios de democracia participativa poco realistas, que ignoran la necesidad funcional de la burocracia en cualquier organización moderna eficaz de gran escala. Contra la burocracia corrupta hay que oponer la burocracia honesta, con responsabilidad ante las bases, emergente de elecciones genuinas, pero que asume sin dudas su rol directivo y organizador. En un sindicato moderno y eficaz el juego político se da a tres puntas: la burocracia, los activistas de base (una minoría, en general más de izquierda), y la mayoría apática, apenas participativa en pocas ocasiones, no porque no la dejen participar, sino porque no le interesa o no está dispuesta o capacitada para dedicar el tiempo y las energías necesarias. El socialismo debe evitar identificarse, en este juego, con los activistas de izquierda. Esas es la posición que resulta normal en la rama juvenil, y quizás en algunos grupos de izquierda dentro del movimiento socialista, pero ella no debería ser dominante en el partido, sobre todo entre sus estratos dirigentes. Esto quiere decir que en el ámbito sindical habría gente ligada al socialismo que estaría enfrentada entre sí: eso no es grave, sólo lo es para una concepción sectaria, típica del trotskismo, o para una visión excesivamente centralista y unificadora de la doctrina y la estrategia, como la del antiguo Partido Socialista. Si el socialismo quiere llegar a ser consensual con una buena mitad de la población del país, no puede menos que albergar en su interior fuertes tensiones y conflictos. La capacidad política de los dirigentes no consiste en tener un partido homogéneo y tranquilo, sino en saber conducir y capar los enfrentamientos internos. El saliente factor es que aún la oposición constituye un excelente entrenamiento para las problemáticas bastante mayores que luego se experimentan dentro del gobierno. Es necesario recordar, entonces, que el dirigente socialista, tanto en la oposición como en el gobierno, debe saber enfrentar conflictos no sólo con la derecha económica extrapartidaria; sino también con los diversos sectores de su propio hemisferio político y cívico.

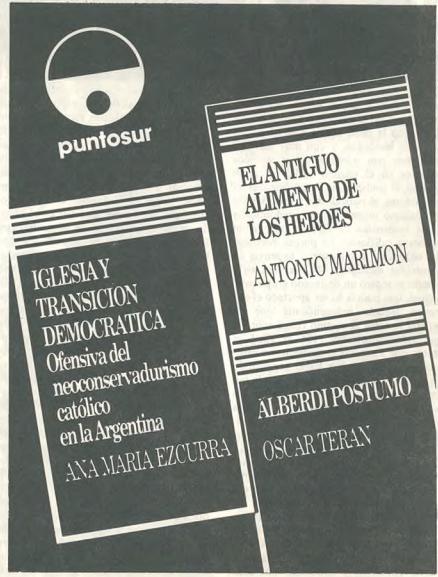
(ii) **La rama cooperativa.** Esta es una rama con poca "prensa", con poca imagen política, que se ha venido desarrollando silenciosamente pero sin pausa en el país. Ideológicamente tiene componentes de izquierda, tanto socialista democrática como comunista, bastante hegemónicas, a los que se suman otros de carácter más diversificado y pragmático. Hay que tener en cuenta tanto a las cooperativas de consumo como a las rurales, a las habitacionales y a las de crédito cuando éstas son genuinas y no formas

alternativas de sociedades anónimas. La rama cooperativa, por su naturaleza, en todos los países del mundo está mucho menos ligada al sistema político partidario que los sindicatos (que en general tienen estrechas conexiones con el o los partidos populares). Esto debe seguir siendo así, pero la llegada a su madurez de este movimiento cooperativo no puede menos que influir en los partidos populares, los cuales, por su lado, deben valorizar esa experiencia, evitando tildarlos de "pequeño-burgueses" u otros adjetivos semejantes, que en el pasado han sido bastante usuales en el socialismo, con lo que sólo se consigue desestimar y desanimar a los militantes que actúan en ese ámbito. Por cierto que un partido socialista que tenga alguna vigencia en el país debe incorporar importantes sectores de la pequeña burguesía. La condena que a menudo los sectores más ortodoxos marxistas hacen de la mentalidad pequeño-burguesa, en nombre supuestamente de una percepción obrera, en realidad traslucen más una óptica de nueva burguesía estatista que otra cosa.

(iii) **La rama técnica.** En esta rama se agrupan quienes son comúnmente designados como intelectuales, más los profesionales y técnicos en el sentido más específico de la palabra. Algunos de entre ellos están más orientados hacia la ideología, otros hacia los problemas concretos de administración y reforma social. Es importante que ambos grupos estén en interacción mutua, y por cierto vinculados al resto del movimiento, pero ellos necesitan instituciones autónomas propias, donde tengan más libertad de acción que lo que sería si estuvieran simplemente adscritos al partido. Esta libertad de acción implica por una lado una amplia libertad para pensar, escribir y publicar independientemente de lo que opinan las autoridades del partido, y sin perder su afiliación en caso de no gozar

del beneplácito de ellas. Por otra parte, también debería haber en estas organizaciones técnicas e intelectuales una gama bastante amplia de afiliaciones partidarias. En la Argentina actual no existe un hogar partidario adecuado para la socialdemocracia, pero es legítimo para individuos con esta ideología militar en diversos lugares, sea en el radicalismo, para robustecer su rol de defensor de la incipiente democracia, como en el peronismo, para renovar más a fondo sus estructuras, o en los varios partidos autodefinidos de izquierda para actualizarlos y adecuarlos a la realidad nacional. El modelo en este área es la Sociedad Fabiana inglesa, que siempre nucleó a un grupo muy prestigioso de intelectuales y futuros tecmocratas, muchos de ellos ligados desde el comienzo al pequeño partido laborista, pero otros sin liazones partidarias o vinculados al liberalismo, que era el partido popular capaz de ganar elecciones en la época.

(iv) **La rama juvenil.** Por rama juvenil se entiende no sólo un sector específicamente juvenil del partido, sino el movimiento estudiantil, en sus sectores simpatizantes aunque no afiliados al socialismo. También la mentalidad juvenil puede considerarse extendida a otros ámbitos, por ejemplo a ciertos sectores más izquierdistas del partido, o a grupos internos a los sindicatos. El equilibrio entre los grupos juveniles y los restantes en el partido o más allá en el sindicalismo es particularmente difícil, por el impetu natural de la juventud, debido no sólo a factores psicosociales sino al hecho de que, sin proporsiélo necesariamente de manera explícita, muchos de ellos están orientados hacia la movilidad social y el ascenso a través de la educación, lo que afecta de maneras insospechadas sus actitudes, en una mezcla de derecha e izquierda a menudo imposible de desentrañar. La rama juvenil es un lugar ideal para



El vertiginoso desarrollo de la seguridad social en los años del primer gobierno peronista, el tipo de beneficios otorgados, el aumento del gasto social e incluso el momento de su surgimiento han llevado a algunos analistas políticos a caracterizar el estadio que resultó de este proceso como una subclase del Welfare State europeo. Ciertamente es posible encontrar algunas semejanzas entre muchos de los países europeos y la Argentina en lo que se refiere al modelo institucional de prestación de bienes y servicios de las corporaciones en la arena política junto con partidos débiles fortalecidos en el plano de las políticas sociales, una lógica que privilegia a algunos y excluye a los no corporativizados del acceso a los bienes y servicios sociales.

Muchos de los rasgos distintivos de este estado social surgido durante el peronismo se mantuvieron, e incluso se profundizaron, con los gobiernos militares y persistieron hasta el presente. En efecto, hoy que la Argentina comienza a transitar el camino de la democracia se encuentra con un sistema previsional, de salud, de educación, que enfrentan una grave crisis no sólo en su dimensión económica sino también con otros problemas derivados sin duda de la historia política de este país. Es por eso que hoy no basta conocer el monto del gasto o su distribución, sino que hay que dar respuestas a otras preguntas: ¿cómo "democratizar" la política social? ¿Cómo competir con el clientelismo que fue clave en la construcción de estas políticas en los últimos años? ¿Cómo terminar con las situaciones de privilegio?

Intentar una comparación con lo sucedido en otras latitudes puede ayudar a una mejor comprensión de esta crisis que

La Ciudad Futura

Suplemento / 6

El estado y la "cuestión social"

Un conflicto de interpretaciones



El welfare state a la Argentina

Alberto Gobert

compromete al bienestar de los argentinos.

El desarrollo del Welfare State en Europa

Para algunos autores el Welfare State fue el resultado de un acto o explicito de un compromiso o pacto social. Desde la perspectiva de los trabajadores el costo de este acuerdo fue la aceptación de la lógica de la ganancia y del mercado como principios legítimos en la asignación de recursos. Para los empresarios este acuerdo significó conceder, además de in-

cremientos de salario en paralelo con los aumentos de productividad, cierta seguridad en el empleo y derechos sindicales. Es decir que este pacto —posible gracias a los postulados de la economía keynesiana— transformó la “lucha de clases” en un conflicto institucionalizado centrado en la distribución.

A partir de la puesta en práctica de la ley y de la maquinaria del welfare state, el bienestar del conjunto de la ciudadanía se convirtió en un asunto concerniente a la política pública.

La participación de las organizaciones empresarias también fue diferente a la que se dio en Europa. Mientras que en la mayor parte de esos países los empresarios participaron de manera más o menos activa en el diseño de las políticas públicas, el empresariado argentino organizado tuvo, por razones políticas, una muy escasa participación en el gobierno peronista.

Desde principios de siglo tanto la Sociedad Rural Argentina (SRA) como la Unión Industrial Argentina (UIA) se habían opuesto a la ampliación de la participación política popular y a toda legislación que redundara en la extensión de los derechos de los trabajadores. La redacción de la función económica del estado que proponía el peronismo, así como la profundización de la intervención estatal en las relaciones obrero-patronales, fueron percibidas por las organizaciones empresariales como avances autoritarios sobre el poder empresarial.

Por otra parte, para los sectores agroexportadores, el peronismo era riesgo planteando la necesidad de fortalecer la salud pública, desde el gobierno se favoreció el surgimiento de un sistema corporativo de salud: las obras sociales o el Welfare State a la criolla, como bien las calificó el ex ministro Neri. El origen de estas obras sociales puede rastrearse en las asociaciones de ayuda mutua de las colectividades extranjeras, las mutualidades creadas por los sindicatos para atención de sus afiliados y las entidades vecinales de primeros auxilios. Ambos modelos no eran compatibles: un sector público poderoso que pretendía brindar prestaciones médicas de calidad para el conjunto de la población no podría coexistir con un sector privado que ofreciera servicios de salud similar a los de sus afiliados. Así, poco a poco, el sector público fue perdiendo recursos y poder mientras que las obras sociales crecían. Como, por otra parte, la estrategia de las obras sociales no fue desarrollar un sistema de prestadores propios sino que se asoció con el sector privado para atender a sus afiliados, el resultado, seguramente no deseado por el gobierno peronista, fue el crecimiento del sector privado en desmedro del sector público.

Por su parte, el gobierno peronista, tras acusar a la UIA de haber violado su condición de entidad no política por haber aportado fondos a la campaña de la Unión Democrática, la despidió retirándole su personería jurídica, situación que se mantuvo hasta su derrocamiento. O sea, que el gobierno peronista no contó con un empresario que pudiera participar como actor organizado en las reformas laborales propuestas por el justicialismo.

Sólo en 1952 el gobierno logró constituir una organización empresarial, la Confederación General Económica, distanciada para articularse como parte de una comunidad organizada de la que participaban grandes corporaciones de cúpula, representantes de intereses sectoriales y con una activa participación en la administración de las políticas públicas. En este esquema lógicamente se deslizaba la participación de los partidos políticos.

Es decir que en los años del gobierno peronista no se constituyó este pacto que implicaba o explicitamente estuvo presente en las democracias europeas ni tampoco se logró —ni se intentó— consolidar el régimen de partidos.

A la luz de los acontecimientos posteriores, estas diferencias parecen cruciales más allá de las similitudes tanto cronológicas como en el tipo de beneficios o monto del gasto o incluso en la implementación de medidas de corta keynesiana. En efecto, en esos años, además de un importante aumento del salario real, se

cumplimiento de los convenios, establece sanciones para las partes involucradas en caso de incumplimiento. Los convenios se negocian por el derecho privado y se convierten en la base del derecho laboral. Esta especie peculiar en el movimiento obrero argentino, durante el gobierno peronista, obtuvo sus beneficios sociales, influyó para que éstos fueran visualizados como una obligación del estado más que como un derecho adquirido.

La participación de las organizaciones empresarias también fue diferente a la que se dio en Europa. Mientras que en la mayor parte de esos países los empresarios participaron de manera más o menos activa en el diseño de las políticas públicas, el empresariado argentino organizado tuvo, por razones políticas, una muy escasa participación en el gobierno peronista.

Desde principios de siglo tanto la Sociedad Rural Argentina (SRA) como la Unión Industrial Argentina (UIA) se habían opuesto a la ampliación de la participación política popular y a toda legislación que redundara en la extensión de los derechos de los trabajadores. La redacción de la función económica del estado que proponía el peronismo, así como la profundización de la intervención estatal en las relaciones obrero-patronales, fueron percibidas por las organizaciones empresariales como avances autoritarios sobre el poder empresarial.

Por otra parte, para los sectores agroexportadores, el peronismo era riesgo planteando la necesidad de fortalecer la salud pública, desde el gobierno se favoreció el surgimiento de un sistema corporativo de salud: las obras sociales o el Welfare State a la criolla, como bien las calificó el ex ministro Neri. El origen de estas obras sociales puede rastrearse en las asociaciones de ayuda mutua de las colectividades extranjeras, las mutualidades creadas por los sindicatos para atención de sus afiliados y las entidades vecinales de primeros auxilios. Ambos modelos no eran compatibles: un sector público poderoso que pretendía brindar prestaciones médicas de calidad para el conjunto de la población no podía coexistir con un sector privado que ofreciera servicios de salud similar a los de sus afiliados. Así, poco a poco, el sector público fue perdiendo recursos y poder mientras que las obras sociales crecían. Como, por otra parte, la estrategia de las obras sociales no fue desarrollar un sistema de prestadores propios sino que se asoció con el sector privado para atender a sus afiliados, el resultado, seguramente no deseado por el gobierno peronista, fue el crecimiento del sector privado en desmedro del sector público.

Por su parte, el gobierno peronista, tras acusar a la UIA de haber violado su condición de entidad no política por haber aportado fondos a la campaña de la Unión Democrática, la despidió retirándole su personería jurídica, situación que se mantuvo hasta su derrocamiento. O sea, que el gobierno peronista no contó con un empresario que pudiera participar como actor organizado en las reformas laborales propuestas por el justicialismo.

Sólo en 1952 el gobierno logró constituir una organización empresarial, la Confederación General Económica, distanciada para articularse como parte de una comunidad organizada de la que participaban grandes corporaciones de cúpula, representantes de intereses sectoriales y con una activa participación en la administración de las políticas públicas. En este esquema lógicamente se deslizaba la participación de los partidos políticos.

Es decir que en los años del gobierno peronista no se constituyó este pacto que implicaba o explicitamente estuvo presente en las democracias europeas ni tampoco se logró —ni se intentó— consolidar el régimen de partidos.

A la luz de los acontecimientos posteriores, estas diferencias parecen cruciales más allá de las similitudes tanto cronológicas como en el tipo de beneficios o monto del gasto o incluso en la implementación de medidas de corta keynesiana. En efecto, en esos años, además de un importante aumento del salario real, se

implementa una política de expansión de los beneficios sociales: la ampliación del sistema previsional al conjunto de los grupos ocupacionales, el otorgamiento de viviendas a los sectores de menores ingresos, el desarrollo de las obras sociales están señalando claramente un cambio cualitativo en la política destinada a mejorar la situación de la clase trabajadora.

Si se intenta caracterizar la política social peronista se podría decir que fue un curioso matrimonio entre un discurso que proclamaba y sancionaba derechos universales y una práctica que terminó instituyendo privilegios corporativos según la capacidad de presión del sector social involucrado. A diferencia del modelo socialdemócrata, que propone la superación de esquemas corporativos de protección social por esquemas universalistas con el objeto de promover una amplia solidaridad entre los distintos grupos sociales y combatir así las segmentaciones de la sociedad impulsada por las corporaciones, la política social peronista se plasmó en la institución de beneficios particulares. Así, por ejemplo, en el plano de la salud, al mismo tiempo que desde el Ministerio de Salud el doctor Ramón Carrillo proclamaba la necesidad de fortalecer la salud pública, desde el gobierno se favoreció el surgimiento de un sistema corporativo de salud: las obras sociales o el Welfare State a la criolla, como bien las calificó el ex ministro Neri. El origen de estas obras sociales puede rastrearse en las asociaciones de ayuda mutua de las colectividades extranjeras, las mutualidades creadas por los sindicatos para atención de sus afiliados y las entidades vecinales de primeros auxilios. Ambos modelos no eran compatibles: un sector público poderoso que pretendía brindar prestaciones médicas de calidad para el conjunto de la población no podía coexistir con un sector privado que ofreciera servicios de salud similar a los de sus afiliados. Así, poco a poco, el sector público fue perdiendo recursos y poder mientras que las obras sociales crecían. Como, por otra parte, la estrategia de las obras sociales no fue desarrollar un sistema de prestadores propios sino que se asoció con el sector privado para atender a sus afiliados, el resultado, seguramente no deseado por el gobierno peronista, fue el crecimiento del sector privado en desmedro del sector público.

En los años posteriores a la caída del peronismo:

Sí bien en cualquier país democrático los bienes y servicios sociales forman parte de una negociación política entre el gobierno y la sociedad civil, en la Argentina la inestabilidad del régimen democrático, la sucesión de regímenes militares y civiles confirió a este intercambio características especiales.

En los años inmediatos posteriores a la caída del gobierno peronista no se observó un cambio significativo en la política social. En el área previsional, por ejemplo, la llamada Revolución Libertadora no sólo no anuló los beneficios sociales obtenidos sino que extendió la cobertura a los trabajadores rurales y al servicio doméstico. La reglamentación del régimen de asignaciones familiares también es de este período.

Peró la exclusión del peronismo como partido político, junto con la presencia de una dirigencia sindical que muchas veces ocupó su lugar en el escenario po-

lítico y la alternancia de gobiernos civiles y militares con el consiguiente debilitamiento del sistema de partidos, influyó, sin duda alguna, en la orientación de la política social. La ausencia de un debate público en que los partidos participen como representantes del conjunto de la ciudadanía en la elaboración de la política social se hizo particularmente notorio con la sanción de la ley de obras sociales, decisión que afectó a más de 20.000.000 de personas y que se sancionó casi una ley, que lleva el N° 1860, el general propuesto por el general Onganía para propiciar la libertad laboral. Esta ley, que se aprobó en 1960, estableció que los sindicatos no podrían impedir la contratación a los sectores que aún no se encontraran amparados por ninguna obra social”, sanear las dificultades financieras de muchas de ellas y establecer normas generales para que deberían ajustarse para su financiamiento. La promulgación de la ley 18610, al institucionalizar a las obras sociales, produjo cambios importantes en la organización médica-asistencial. La incorporación de este sector al sistema de atención médica trajo aparejada una mayor estatificación de la demanda en relación al modelo tradicional en el que coexistían el sector público con los privados. Como dijo el entonces ministro de Bienestar Social, Francisco Manrique, esta ley permitió la existencia de un sistema de salud integrado por tres subsectores: un sector privado para los ricos, el sector de obras sociales para los trabajadores y el hospital público para los pobres. Por otra parte, la importante masa de recursos transferidos a los sindicatos en virtud de esta ley no sólo confirió a los mismos un rol estratégico en las decisiones en materia de salud sino que aumentó el poder de negociación de la dirigencia sindical en todos los órdenes. ¿Qué razonamientos llevaron a un gobierno calificado como antipopular, como el de Onganía, a sancionar esta ley? El cordobazo, junto con otros movimientos sociales que se dieron simultáneamente en distintas regiones del país, fueron, sin duda, de importancia decisiva en el desarrollo de los acontecimientos políticos del gobierno. Pero, la ley de obras sociales no fue sólo el resultado de determinadas circunstancias políticas inmediatas; su autorización se corresponde con ideas pre-velantes en el confuso esquema ideológico del equipo económico.

En todo caso, estas circunstancias apuraron el “tiempo social” designado por el organismo y lo llevaron a negociar con los sindicatos “participacionistas”. Ya en diciembre de 1967 el general Onganía había expresado su aspiración de gobernar —desiertos los partidos políticos— con las organizaciones de los empresarios y de los trabajadores: los “organismos de la comunidad” debían encontrar un equilibrio de manera que ningún sector pueda abusar del “otro” y de esta manera alcanzar el “bien común”. En el sistema previsional también se hizo sentir la presión corporativa. Pese a la reforma previsional llevada a cabo también durante el gobierno de Onganía y que tuvo como uno de sus objetivos explícitos eliminar los privilegios buscando que el conjunto de los trabajadores recibieran beneficios equivalentes con las mismas obligaciones, muy rápidamente surgieron excepciones para determinados grupos. Los primeros beneficiarios fueron los magistrados y funcionarios del Poder Judicial, luego los jueces de la Suprema Corte, y más tarde, en 1972, otra ley incorporó al personal de la Presidencia de la Nación al régimen previsional de la Caja de Retiros que ya tenían un régimen

preferencial. Obviamente, también los militares tenían instituido un régimen de privilegio en materia previsional cobrando, en la pasividad, el 100% de su sueldo. Los compromisos políticos y el poder relativo de los grupos cubiertos explican el surgimiento de este trato preferencial en materia de pensiones.

Al mismo tiempo que la ausencia de los partidos políticos en las decisiones de la política social favoreció una negociación particularizada del gobierno con las corporaciones dando lugar a regímenes de preferencia y otras situaciones de privilegio, se observa, en estos años, una caída de la participación del salario real en el producto nacional. En 1982 la participación del salario en el ingreso había caído un 73%, en relación a 1940¹. Es probable que la interrupción de las convenciones colectivas de trabajo —debido a la instalación de gobiernos militares— haya incidido en esta caída. Lo cierto es que, mientras que en Europa los trabajadores se beneficiaron con los aumentos de productividad, en la Argentina el sector trabajador perdió su participación en la distribución del ingreso. En síntesis, mientras que la mayoría de las economías europeas lograron aumentar la productividad, la Argentina no lo hizo.

Consecuencia de esta situación es que hoy los partidos políticos, las corporaciones, los ciudadanos tienen sólo vagas naciones de lo que sucede con la seguridad social. Esta percepción de la crisis se refleja en las propuestas que los distintos grupos políticos y sociales han elaborado para enfrentarla y que se limitan a una simple “cosmética”, a aumentar la edad de jubilación o incrementar los aportes destinados a las obras sociales o a soluciones tan drásticas e inviables como no pagar la deuda externa para contar con los recursos necesarios a los efectos de enfrentar la crisis social.

Esta falta de información, sumada a una legislación a la que en algunos aspectos se puede calificar de anacrónica e inclusa a razones que remontan a los mismos orígenes de la seguridad social, refuerza una cierta “cultura” acerca de lo que podría llamarse el bienestar de los argentinos. Por un lado, la legislación previsional vigente, el famoso 82% móvil, ha generado la creencia de que los aportes realizados durante la vida activa son suficientes para recibir un beneficio previsional, durante un tiempo indeterminado, equivalente al 82% móvil de su salario. En consecuencia, creen estar en su legítimo derecho al hacer este reclamo. Su razonamiento es que el sistema funciona como un régimen de capitalización individual; este esquema supone la constitución de un capital formado con la acumulación que el individuo hace a lo largo de su vida laboral y que recupera al final de ésta. Sin embargo, ya hace mucho tiempo que el sistema previsional funciona como un régimen de reparto. Un régimen de

reparto se financia con el aporte de la clase trabajadora en actividad; estos ingresos se distribuyen entre la clase pasiva. Se trataba entonces de una suerte de pacto intergeneracional. Establecer una relación con el salario, como dicen las leyes, sólo es posible cuando el sistema recién se inicia, porque eran más los aportantes que los beneficiarios. Hoy, la maduración del sistema, el envejecimiento de la población, más problemas financieros, hacen que este 82% sea más una utopía que una posibilidad.

En la visión que la mayoría de los ciudadanos tienen de las obras sociales también incide fuertemente su historia; la presencia sindical legítima a este sector impidiendo que profundizara las dificultades de un sistema cuyos recursos provenían, fundamentalmente, de aportes calculados sobre salarios efectivamente pagados. Los salarios nominales de evasión que hoy muestra el sistema, además de aumentar sus problemas financieros, están señalando la ausencia de un pacto sólidario imprescindible para el desarrollo de los programas sociales. El pago de la deuda externa, con las restricciones presupuestarias que ello significa, termina de perfilar una situación cada vez más latinoamericana que europea.

Es en este marco que la responsabilidad social del estado se agiganta. No se trata sólo de aumentar el gasto o distribuirlo mejor. Se trata, en el contexto de la Argentina actual, de concertar, finalmente, un compromiso social.

Pero si en Europa, por el grado de desarrollo alcanzado, quizás sea posible aplicar con “retroques”, algunas de las dificultades de las que hoy atraviesa la seguridad social, la dimensión de la crisis argentina requiere soluciones más de fondo. Tomemos por caso el sistema previsional. En esta área, en la mayor parte de los países industrializados existen, igual que en la Argentina, innumerables situaciones de privilegio. Pero, en nuestro país, la inquietud más flagrante no es sólo que los militares, diputados o senadores y jueces cobren el 100% de su sueldo en actividad, mientras que los haberes del 80% de los jubilados no alcancen al 40% de sus salarios, sino que el 30% de la población en edad de jubilarse no logre acceder al bene-

¹ Este argumento ha sido desarrollado por Claus Offe, *Contradictions of the Welfare State*, Londres, Hutchinson, 1984.

² Juan Llach y C. Sanchez, "Los determinantes del salario en la Argentina", revista *Estudios* número 29, enero/marzo de 1984.

La crisis de la seguridad social

Hay la mayoría de los sistemas de seguridad social en el mundo capitalista están en crisis. El exceso

 Editorial PAIDOS
PAIDOS COMUNICACION
GRUPO MU: RETORICA GENERAL
TH. A. SEEBOK Y OTROS: SHERLOCK HOLMES Y CHARLES S. PEIRCE. El método de la investigación
R. BARTHES: EL SUSURRO DEL LENGUAJE. Más allá de la palabra y la escritura
N. CHOMSKY: LA NUEVA SINTAXIS. Teoría de la recepción y el lenguaje
J. MARTINEZ ABADIA: INTRODUCCION A LA TECNOLOGIA AUDIOVISUAL. Televisión, video, radio.
INSTRUMENTOS
O. CALABRESE: EL LENGUAJE DEL ARTE
M. WOLF: LA INVESTIGACION DE LA COMUNICACION DE MASAS
G. STEFANI: COMPRENDER LA MUSICA
PAIDOS ESTETICA
O. SCHLEMMER: ESCRITOS SOBRE ARTE: PINTURA, TEATRO, DANZA, CARTAS Y DIARIOS
R. FRV: VISION Y DISEÑO
M. RONCAYOLO: LA CIUDAD
STUDIO BASICA
R. WUTHNOW Y OTROS: ANALISIS CULTURAL. La obra de Peter L. Berger, Mary Douglas, Michel Foucault y Jürgen Habermas
B. RUSSELL: INTRODUCCION A LA FILOSOFIA MATEMATICA
C. LEVI-Strauss: TRISTES TROPICOS


Alianza
EDITORIAL

NOVEDADES

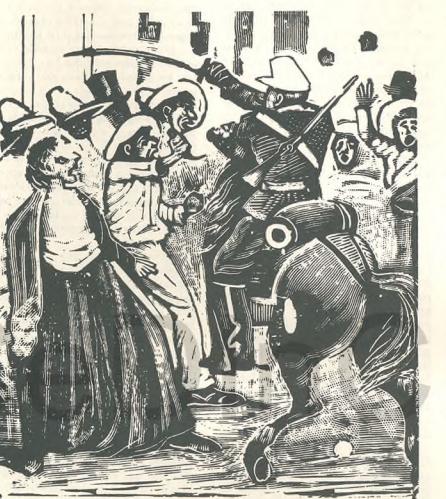
- JUAN JOSE SAER LA OCASION (Premio Nadal 1987) 256 págs.
- SIGMUND FREUD LOS TEXTOS FUNDAMENTALES DEL PSICOANALISIS Selección, introducción y notas: Ana Freud 726 págs.
- JORGE LUIS BORGES BIBLIOTECA PERSONAL (Prólogo) 138 págs.
- TULIO HALPERIN DONGHI HISTORIA CONTEMPORANEA DE AMERICA LATINA 490 págs. (2a. reimprisión)
- WILLIAM GOLDING EL SEÑOR DE LAS MOSCAS 240 págs. (3a. reimprisión)

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO
DISTASA
Av. Córdoba 2064 - BUENOS AIRES



Contra el estado pobre para los pobres

Emilio Tenti



Persistencia y expansión de la pobreza

Más allá del conflicto de las interpretaciones, la pobreza es un fenómeno que se expande y reproduce a lo largo y ancho de todo el continente latinoamericano. Desde 1981 la situación empeora a raíz de las políticas de ajuste implantadas en la región para hacer frente a las exigencias de la deuda externa. Como resultado, durante el período 1980-1985 la tasa de crecimiento de la economía fue de sólo 0,4% anual, lo que equivale a una disminución del ingreso por persona de 1,8% al año.

A lo anterior se agrega, como sucede siempre en un momento de escasez, una exacerbación de la lucha social por la apropiación de los recursos. En este contexto la distribución del ingreso se vuelve más desigual.

En la Argentina, el ya "clásico" estudio publicado por el INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censo) en 1983 indica que el 27,7% de la población vive en hogares que tienen necesidades básicas insatisfechas (son "pobres" según los criterios establecidos por el INDEC). La situación es más grave en las zonas rurales. Allí casi la mitad de la población (48,9%) es tipificada como pobre.

Otras cosas, se pone en cuestión el concepto de estado beneficiario, res-

sultado es un sensible crecimiento de la población estatísticamente definida como pobre. En efecto, la CEPAL (Comisión Económica Para América Latina, de las Naciones Unidas) estimaba que a principios de la década de los 70 el 39% de la población latinoamericana no alcanzaba "línes de la pobreza", o lo que es lo mismo, no disponía de los recursos que requiere una familia para satisfacer sus necesidades básicas. Este porcentaje bajó al 37% en los comienzos de esta década, pero, en 1985 el porcentaje vuelve a situarse en el 39%. En términos absolutos, los 120 millones de pobres de 1970 se convierten en 160 millones en 1985.

En la Argentina, el ya "clásico" estudio publicado por el INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censo) en 1983 indica que el 27,7% de la población vive en hogares que tienen necesidades básicas insatisfechas (son "pobres" según los criterios establecidos por el INDEC). La situación es más grave en las zonas rurales. Allí casi la mitad de la población (48,9%) es tipificada como pobre.

En otra palabra, son programas dirigidos a todos los ciudadanos, sin discriminaciones o exclusiones. Como quieren llegar a todos sólo alcanzan a una minoría. Y ésta no está compuesta, salvo excepciones, por los más necesitados. Como siempre, el diagnóstico contiene una solución.

El discurso neoliberal en política social insiste en la crítica del principio del universalismo, al menos tal como se lo entendió hasta ahora, esto es, relacionado con la idea de derechos sociales, igualdad y justicia social. Nuevamente la crisis como escasez y el realismo como virtud suprema vienen en ayuda de la argumentación. En un contexto de escasez que al menos en el corto y mediano plazo se presenta como un dato incombustible, desde ciertos campos intelectuales se tiende a desarrollar el discurso eficientista, centrado en la adecuación de los fines a los medios disponibles, o lo que es lo mismo, las demandas sociales a las capacidades del sistema. Una vez más se escamotea el problema político presentándolo como problema técnico. En consecuencia, la tarea inmediata consiste en volver "razonables" las demandas de mayoría.

Cuando esta estrategia persuasiva no logra resultados y si la relaciones de fuerza no lo impiden, siempre queda el recurso a la represión. Las demandas tienden a crecer en forma directamente proporcional con la escasez de recursos. Mayor es la escasez y mayores son las necesidades y mayor es la represión. Todo sucede a la inversa: deseo de los técnicos guardianes de la racionalidad y eficiencia del sistema. En la medida en que la crisis económica se traduce en una disminución de la masa total de recursos disponibles y si éstos tienden a concentrarse en pocas manos, las necesidades de los desposeídos tenderán lógicamente a incrementarse. De este modo se agrandan las necesidades de los desempleados, los subempleados, los asalariados de más bajos ingresos, etc. Los pobres "desde siempre" y los "emprendedores". Cada uno a su manera, harán oír su voz, en función de sus capacidades expresivas y organizativas y reivindicarán con mayor intensidad sus derechos "sociales y humanos". Este desajuste cada vez más llamativo entre necesidades y recursos puede adquirir diversas significaciones. Se instaura entonces una lucha por la imposición de las demandas legítimas. Cada sector en conflicto tendrá a clasificar como iracionales e ilegítimas a las demandas de los otros.

A su vez, la racionalización de las intervenciones redistributivas del estado apela a otros procedimientos. Entre otras cosas que hacen a la eficiencia del gasto (sistemas de información, evaluación, gestión, etc.) se insiste en una recomendación explícita: la focalización de las asignaciones de bienes y servicios ejecutadas por el Estado. ¿Qué quiere decir esto? En principio significa que las intervenciones redistributivas del Estado deben centrarse sobre los sectores más necesitados de la población, o sea sobre los pobres, tal como son definidos a partir de una operación técnica relativamente arbitraria (como todas las clasificaciones) realizada por especialista.

Se argumenta, no sin razón, que el gasto social en varias áreas de necesidades no beneficia en forma igualitaria a todos los destinatarios ideales. Existen múltiples evidencias que indican que en muchos casos son los más dotados de recursos (en especial de un recurso clave como el poder) los que más se beneficiaron con los programas distributivos del estado. Los más pobres y carenciados muchas veces carecen hasta de los recursos mínimos para hacerse oír, para expresar sus demandas, para presionar con éxito ante el estado y para apropiarse de los recursos distribuidos mediante políticas públicas. En síntesis, con frecuencia, los usuarios reales no son los usuarios ideales de los problemas de ayuda social. ¿Cuál es el problema? ¿Qué es lo que explica esta incapacidad de llegar a los más necesitados? La respuesta que se ofrece es aparentemente simple y contundente: no se beneficia a los más necesitados porque, en general, los programas tienen una lógica y a veces hasta una vocación universalista (por ejemplo en el caso de la escuela

primaria). En otra palabra, son programas dirigidos a todos los ciudadanos, sin discriminaciones o exclusiones. Como quieren llegar a todos sólo alcanzan a una minoría. Y ésta no está compuesta, salvo excepciones, por los más necesitados. Como siempre, el diagnóstico contiene una solución.

En la Argentina existe una forma de hablar de la crisis nacional asociada con una propuesta de política social que es precisamente identificar y analizar en forma crítica. La crisis económico-social es también una crisis del estado. En forma extremadamente esquemática esta visión se asienta en los siguientes enunciados básicos:

a) el estado argentino contemporáneo sufre una fuerte pérdida de ingresos en la medida en que se han agotado sus fuentes clásicas (impuestos a las exportaciones, impuestos directos, superventas de los sistemas de seguridad social, endeudamiento interno y exterior, emisión monetaria, etc.). El estado actual es un estado pobre (o empobrecido). Sean cuales fueren las explicaciones que se propongan para rendir cuentas de la situación, la misma constituye un hecho que se presenta, al menos en la coyuntura y futuro cercano, como dato inmodificable. Cualquier duda que se tenga al respecto es inmediatamente tildada de voluntarismo, ingenuidad política, pretensión utópica, etc.

b) la insuficiencia del estado contrasta con la tendencia a la expansión del gasto público como resultado de una "sobredemandado" social. La vista y clásica demanda "constitucionalizada" incluye tanto la defensa exterior, la seguridad interna, la justicia y la administración de los actos de gobierno está ahora acompañada por una fuerte demanda por garantizar la producción

La pobreza del estado

y acumulación de capital (desarrollo económico) y por las crecientes demandas de progreso social asociadas a la fuerte expansión de la ideología e institucionalización de los derechos sociales (a la salud, la educación, la vivienda, la cultura, el espaciamiento, etc.).

Insolvencia del estado y demandas sociales diversas y crecientes configuran la crisis del estado. Esta, por lo tanto se define como crisis fiscal del estado.

Esta definición de la crisis sugiere una política. Todavía visión de las cosas es al mismo tiempo una previsión. No es una mirada exclusivamente (e inocentemente) descriptiva sino que al mismo tiempo prescribe acciones e intervenciones. La solución de esta crisis pasa por el ajuste del gasto público dado que desde esta posición se considera que en aras del "realismo" es prácticamente imposible incrementar los recursos a disposición del Estado.

Puesto que ciertos gastos del estado son definidos como rígidos (defensa, justicia, administración, seguridad pública, etc.) los subsidios a los sectores económicos y el gasto "social" son las variables de ajuste preferidas. Para redimensionar los subsidios al capital privado (en sus diversas formas) habrá que medirse con la fuerza de los grupos económicos beneficiados. En cambio, la reforma del gasto social se ubica aparentemente en un frente más "blando" y que ofrece menores resistencias.

título, el sentido más convencional del término en la jerga de los expertos en política social.

Otra cara de la focalización se refiere a la esfera y nivel de las necesidades a ser cubiertas por las políticas sociales del estado. Estas no solo se deben dirigir a los pobres sino que también deben ser limitadas en cuanto al grado de necesidad a satisfacer. Este es el sentido de algunos discursos contemporáneos acerca de las necesidades "básicas", "primarias" o "mínimas" entendidas como un nivel límite, más allá del cual el estado no se hace responsable de su satisfacción.

Así es preciso señalar que no se cuestiona la existencia de niveles de satisfacción de necesidades. Más aún, en muchos casos (como la necesidad de aprender, por ejemplo) la satisfacción de la necesidad requiere un proceso graduado y sucesivo (hay cosas que hay que aprender antes que otras...). En otras palabras, existe un orden en el proceso de apropiación del conocimiento que hace de la educación básica una condición necesaria para el aprendizaje ulterior.

Por otro lado es a todas luces legítimo reivindicar para el conjunto de la población la satisfacción de aquellas necesidades que son básicas en la medida en que son imperativas para la reproducción de la vida y la propia constitución del individuo como sujeto social. Desde este punto de vista existen situaciones de carencia que ofenden a la conciencia moral de la época que de ninguna manera pueden eximirse (y justificarse) por la escasez de recursos para resolverlas. La sociedad argentina es lo suficientemente rica como para disminuir radicalmente la mortalidad infantil o para eliminar el hacinamiento, las viviendas de precaria extracción, el analfabetismo y las condiciones ambientales insalubres. Para todos estos casos existen los recursos materiales y tecnológicos suficientes.

Pese a lo anterior la definición misma

de "lo básico" en materia de necesidades (y de insatisfacciones) no deja de ser problemática.

Por ello es lógico preguntarse cómo se establecen estos límites en la población y en las necesidades a cubrir. ¿Quiénes definen la frontera entre los destinatarios legítimos de la ayuda social y quiénes no lo son? ¿Qué grado de institucionalización y formalización se le asignará a estas tipificaciones? ¿Qué elementos serán tomados en cuenta como elementos distintivos y definitorios de la pobreza? ¿Cómo se establecerán los umbrales constitutivos de "lo básico" en materia de alimentación, conocimiento, salud, vivienda, etc.? ¿Cómo hacer para legitimar estos límites objetivamente arbitrarios y vulnerables reales y eficaces? ¿Quiénes poseen la autoridad (en el más amplio sentido de reconocimiento) para establecer estas distinciones? ¿Bastan la autoridad de los expertos y la legitimidad de las instituciones "científicas" para realizar con éxito estas operaciones cargadas de consecuencias sociales?

El problema de la construcción social de la pobreza y las necesidades legítimas adquiere una importancia estratégica fundamental en la perspectiva de la focalización. De hecho parecería existir una cierta predisposición tecnicocrática en confiar a los expertos la tarea de encinar "con autoridad" los límites entre los grupos o las clases constitutivas de la población del país. El experto moderno reivindaría así ese poder soberano que en el mundo romano era propio del censor, como responsable de llevar a cabo las operaciones de clasificación de los ciudadanos según su fortuna, atribuyéndose de esta manera un poder constitutivo capaz de hacer existir las divisiones del mundo social en las conciencias y en las cosas.

Existen muchas razones para dudar del éxito de esta pretensión en la medida en que los sujetos clasificados por el experto en cosas no son solo como los objetos clasificados por los científicos constructores de taxonomías zoológicas y botánicas. En el mundo social el procedimiento es mucho más complejo en la medida en que los sujetos clasificados son a su vez sujetos clasificadores y porque existe una lucha permanente entre distintos principios de clasificación y por lo tanto de construcción de límites entre grupos. De esta manera lo que para unos son "pobres" para otros son "dominantes", "exploitados", "trabajadores", "profesionales", "pueblo", etc. Si esto es así, es difícil imaginar al experto y a la institución donde ejerce su práctica como árbitros o espacios neutros, "objetivos" e imparciales, productores de clasificaciones unívocas y legítimas. Esta pretensión al monopolio del derecho de clasificación puede entonces resultar bastante ingenua si no se tiene en cuenta el hecho de la existencia de una lucha social por la construcción de los grupos y los actores colectivos.

La famosa "población objeto" de los expertos en planificación de programas sociales no es tan fácilmente identificable. Los "pobres" o "carenciados", o como se los llame, no son en verdad objetos pasivos, sino que también tienen intereses y definiciones propias que no necesariamente coincidirán con las construcciones administrativas realizadas desde los organismos responsables de la gestión de programas sociales. El mismo razonamiento vale a la hora de establecer un corte en el grado de necesidades a satisfacer.

Entre el asistencialismo y el populismo

Todo parece indicar que este proyecto de

La calidad en peligro

Pese a las buenas intenciones es preciso analizar algunas consecuencias problemáticas de la estrategia de "focalización" en las prestaciones sociales sobre los grupos "más pobres" de la población. En realidad se trata de la acentuación de un sesgo ya presente en los sistemas actuales. De hecho, es bien sabido que la calidad de los servicios (y de los productos) está fuertemente asociada a las características socioeconómicas de la clientela. Todos saben que las escuelas en zonas desfavorecidas (del campo y de la ciudad) son las peor dotadas en materia de infraestructura edilicia, didáctica etc. y que por lo general no son precisamente las más "apetecidas" por los maestros, los cuales tienden lógicamente a preferir contextos de trabajo más "fáciles" y ventajosos. De este modo, se consideran socialmente "preferibles" los establecimientos educacionales situados en zonas urbanas y frecuentados por niños de clases medianas y altas. Lo mismo puede decirse de la jerarquización de otros servicios sociales, tales como la salud, el deporte, etc.

En el campo de los servicios personales tales como la salud o la educación, los receptores no son simples usuarios pasivos, receptores de un producto sino que contribuyen inevitablemente a la producción del servicio. En realidad no se "recibe" un servicio personal, sino que se lo produce conjuntamente con otros agentes especializados. De hecho, no hay educación ni curación sin la cooperación explícita del aprendiz o del paciente. El público también hace a la calidad del servicio. La misma dependerá también de la "calidad" de la contribución del beneficiario. Ahora bien, no todos los individuos están igualmente dotados de recursos, en los diversos sentidos del concepto (materiales, conocimientos, tiempo, etc.) como para "invertirlos" en la producción de los servicios necesarios para la reproducción de la vida. Esta desigualdad de aporte ex-

minibienestar de estado para pobres, más allá de las intenciones y sus portadores, constituye un elemento dentro de la estrategia de ataque a las viejas ideologías que colocaban a la igualdad y la justicia social en el centro de su proyecto político progresista. El predominio del discurso neoliberal en el escenario del capitalismo mundial es un elemento que expresa una determinada relación de fuerzas entre los actores fundamentales del desarrollo social contemporáneo. Es evidente que la crisis del capitalismo en Argentina y en los países centrales coincide con la profundización de las desigualdades y con un proceso creciente de concentración del poder en manos de los grupos propietarios dominantes. Por eso la crisis presente no es productora, sino destructora de utopías inconclusas y con mucha historia. En su lugar ocupan el escenario las viejas consignas y los viejos modelos que presidieron el momento de la generación y consolidación de las sociedades estatales capitalistas.

Hay que precisar encontrar una nueva significación para el concepto de solidaridad. No es fácil desembocar de la preocupación exclusiva por los pobres. Si verdaderamente preocupa la suerte de los desposeídos es probable que sea preocupa ocuparse tanto (o quizás más) de los "ricos" como de los "pobres". Entonces la cuestión excede el ámbito de las políticas sociales o sectoriales. En verdad se sitúa en el centro de la política sin adjetivos.

plica los resultados desiguales producidos por sistemas institucionales de prestación (escuelas, hospitales, etc.) dotados de iguales recursos. Pero ni siquiera ésta es la situación más frecuente, en la medida en que los peores recursos se orientan hacia los más necesitados, reproduciéndose de esta manera ese famoso "efecto Mateo" de las políticas distributivas ("Al que tiene se le dará y tendrá en abundancia y al que no tiene, se le quitará lo poco que tenga"; *Evangelio según San Mateo*). En otras palabras, el más tiene más posibilidades tiene de obtener.

Este efecto desigual de las políticas públicas directamente dirigidas al bienestar de la población se puede ver forzado (y legitimado) por el recorte que explicitamente se proclama en materia de niveles de necesidad. Si éstos se limitan a lo "básico", "el primario", lo "elemental" o lo "mínimo" y además se reivindica el uso de estrategias y tecnologías no convencionales se puede llegar a sacrificar la calidad en pos de una mayor cobertura y maximización de la relación insulmo/producción. En parte éste es el peligro que encierran los discursos que aconsejan la expansión de los sistemas denominados "no formales" o "informales" y también el uso indiscriminado y acrítico de tecnologías "intermedias", "tradicionales", "populares", "alternativas", etc., tan frecuentes a la hora de definir políticas de salud, de vivienda o de educación para los sectores socialmente subordinados. La experiencia indica que, más allá del valor en sí que estas metodologías de intervención puedan tener (en especial como remedio al uso indeadecuado e indiscriminado de tecnologías complejas y costosas), de hecho pueden terminar produciendo servicios elementales que no compiten en calidad con los que brindan los sistemas "formales" usados para atender las necesidades de los sectores más favorecidos de la población.

Este proceso de identificación y selección resulta inevitable si se quiere efectivamente focalizar las políticas sociales y para transferir al mercado gran parte de aquellos servicios sociales que está por encima de los niveles básicos de bienestar o bien corresponden a usuarios que no caen debajo de la línea de la pobreza. Este es el sentido de las propuestas de privatización y arancelamiento de gran parte de los sistemas de producción de servicios actualmente a cargo del estado argentino actual (educación, salud y otros sistemas de bienestar). Cabe agregar aquí que se puede lograr el mismo objetivo disminuyendo la calidad de los servicios públicos. Por ejemplo una escuela "pobre" en términos de excelencia académica probablemente se convertía en una escuela exclusivamente para pobres.

En resumen, la tesis es la siguiente: estado de bienestar mínimo para las mayóras y "mercado de bienestar" máximo para las minorías. Más allá de los eufemismos del lenguaje la propuesta recuerda la crudeza del modelo de la beneficencia pública del liberalismo oligárquico decaídomico.

Para escapar de esta opción es preciso definir en favor de la fuerza por la redistribución de los recursos asimétricos (económicos, expresivos, políticos, etc.). Esto, obviamente, excede los alcances de las clásicas intervenciones puntuales sobre el fenómeno de la pobreza. Estas últimas son siempre necesarias pero adquieren una configuración y un sentido muy especial cuando se insertan en una estrategia de desarrollo global discutida y asumida por el conjunto de la sociedad.

Por esa resulta siempre sospechosa la preocupación exclusiva por los pobres. Si verdaderamente preocupa la suerte de los desposeídos es probable que sea preocupa ocuparse tanto (o quizás más) de los "ricos" como de los "pobres". Entonces la cuestión excede el ámbito de las políticas sociales o sectoriales. En verdad se sitúa en el centro de la política sin adjetivos.

La discriminación probable

Si por una parte existen las dificultades propias de la definición y construcción de la pobreza en términos socioestadísticos, también es problemática la identificación concreta de los beneficiarios legítimos de los servicios sociales clásicos. En efecto, el problema consiste en saber cómo se hace para establecer límites y operar distinciones sin discriminar. La construcción técnica de la pobreza como agrupación de individuos en función de sus posiciones homólogas en las distribuciones de una serie de propiedades que se consideran pertinentes, cuando se constituye en un factor determinante del acceso a bienes y servicios públicos supone una asignación de identidad. De este modo, ciertos individuos pasan de ser "estadísticamente pobres" a ser socialmente vistos y tratados como pobres. Para hacer uso de un servicio social a cargo del estado en forma gratuita (escuela, hospital, crédito FONAVI, Programa PAN, etc.) habrá que acreditarse como pobre (o indigente, carenciado, ciudadano NBI —con necesidades básicas insatisfechas—, etc.) de acuerdo con lo que reglamenta la administración.

Este proceso de identificación y selección resulta inevitable si se quiere efectivamente focalizar las políticas sociales y para transferir al mercado gran parte de aquellos servicios sociales que está por encima de los niveles básicos de bienestar o bien corresponden a usuarios que no caen debajo de la línea de la pobreza. Este es el sentido de las propuestas de privatización y arancelamiento de gran parte de los sistemas de producción de servicios actualmente a cargo del estado argentino actual (educación, salud y otros sistemas de bienestar). Cabe agregar aquí que se puede lograr el mismo objetivo disminuyendo la calidad de los servicios públicos. Por ejemplo una escuela "pobre" en términos de excelencia académica probablemente se convertía en una escuela exclusivamente para pobres.

En resumen, la tesis es la siguiente: estado de bienestar mínimo para las mayóras y "mercado de bienestar" máximo para las minorías. Más allá de los eufemismos del lenguaje la propuesta recuerda la crudeza del modelo de la beneficencia pública del liberalismo oligárquico decaídomico.

El efecto social de una estrategia de este tipo pasa por la legalización e institucionalización de las desigualdades sociales. Se acabó entonces con las ideologías del ciudadano y los derechos sociales. El derecho (a la vida) ya no estará asociado a ese individuo genérico y universal que es el ciudadano sino que será la propiedad de una categoría particular de individuos: los pobres. Si antes se podía tener derechos aunque se fuera pobre ahora será preciso ser pobre (reconocido por autoridad competente) para tener "derechos" sociales.

gandhi

- Sociología y antropología
Marcel Mauss. A 388. — A 220.
- Búsqueda sin término.
Karl Popper. A 240. — A 142.
- Sobre Nietzsche y otros ensayos.
Habermas. A 342. — A 73.
- Metodología de la historia.
Topolsky. A 300. — A 325.
- Los Cuadernos Azul y Mairón.
Wittgenstein. A 206. — A 130.
- ¿Por qué no Platón?
Feyerabend. A 103. — A 105.
- La superación de la ideología.
Colletti. A 126. — A 90.
- Historia de la ciencia.
Lakatos. A 196. — A 100.
- Justicia como equidad.
Rawls. A 380. — A 228.
- Los tres mundos.
Attali. A 226. — A 178.
- El discurso de la acción.
Ricoeur. A 103. — A 106.
- Controversias en física.
Bunge. A 246. — A 142.



- Las civilizaciones actuales.
Braudel. A 380. — A 195.
- La filosofía de Hegel.
Mure. A 182. — A 105.
- Sociologías de la vida cotidiana.
Wolf. A 186. — A 122.

Libros Café Foro Cultural

gandhi
Montevideo 453.
46-1994 - (1019) Cap. Fed.

Crisis de acumulación

Hipótesis sociológicas y esencias probables

Ernesto Aldo Isuani

producción, con uso pleno de los factores (entre ellos de la fuerza de trabajo) en un contexto de estabilidad de precios.

Si bien durante casi un cuarto de siglo esta lógica funcionó estupendamente bien, ¿cómo es posible explicar la crisis de acumulación expresa, entre otros, en los síntomas que presentan? Existe un par de hipótesis que intentan suministrar una explicación sociológica y que denominaremos las hipótesis de la "Redistribución progresiva" y "Democratización" respectivamente

1. Redistribución progresiva

Esta primera hipótesis parte de la existencia de un "Gran Acuerdo" en la posguerra mediante el cual los trabajadores aceptaron no solo las bases organizativas de la sociedad capitalista tales como la propiedad privada de los medios de producción y la libertad de iniciativa de producción y la libertad de iniciativa de inversión por parte de los empleadores, a cambio de aumentos importantes en sus ingresos, mejoras sustanciales en las condiciones de trabajo y logro del pleno empleo.

Según esta hipótesis, dicho acuerdo operó una importante transference de ingresos en favor de los asalariados, disminuyendo correspondientemente la porción del ingreso en manos de los empleadores y por ende afectando las posibilidades de acumulación. Ahora bien, algunos autores sostienen que dicho proceso redistributivo no se debió fundamentalmente a la pugna entablada entre trabajadores y empleadores en la mesa de negociaciones, sino al incremento del gasto público dirigido a los trabajadores a través de las políticas del estado-benefactor. Efectivamente, mientras la información producida por los trabajadores en la capacidad de resistir políticas o medidas que los afecten negativamente. De esta manera la inflación contemporánea representaría fundamentalmente la respuesta empresarial a un movimiento obrero que estaría siempre "piñando los talones" en la distribución del ingreso. En la conformación de este fenómeno habría sido decisiva la pérdida de eficacia de mecanismos tradicionales capaces de reimpulsar "disciplina" en el mercado de trabajo.

En primer lugar, existieron dificultades para implementar procesos recessivos tanto que cumplían dicho papel, debido tanto al mayor poder de presión de los organismos sindicales como a la mayor presencia política de la ciudadanía expresada tanto en su potencial electoral como en su fuerza representativa en los aparatos de gobierno del estado. Las dificultades para implementar procesos recessivos debieron también a la existencia de un período de fuerza competitividad internacional; en consecuencia, provocó una recesión propia significativa el sumamente elevado costo de perder liderazgo tecnológico, mercados, etcétera.

En segundo lugar, también fue un factor fundamental la existencia del estado-benefactor y sus mecanismos tales como el seguro de desempleo que relajaron el "efecto disciplinador" de una alta desocupación. Los individuos encontraban así, formas de resistencia al margen del mercado laboral.

En síntesis, el proceso de democratización y el correspondiente fortalecimiento político de la ciudadanía virtualmente anuló los efectos "disciplinarios" de la recesión y el desempleo, neutralizando la fuerza de la distribución del ingreso.

Las hipótesis presentadas no se excluyen mutuamente. En realidad, al pertenecer a planes diferentes, en cierta medida son complementarias. Para explicar esta afirmación avanzemos en el análisis. En referencia a la primera hipótesis, no parecen existir evidencias de que se haya producido, en general, un proceso de redistribución progresiva de significación. Como se desprende de algunos estudios, la distribución funcional del ingreso en varios países industrializados no varió sustancialmente y puede también argumentarse que los recursos del estado-benefactor salieron, en buena parte, de los bolsillos de los propios trabajadores. En este caso, sólo la hipótesis de la "Democratización" explicaría el surgimiento de la crisis.

Pero admitiendo que en general, y seguramente en algunos países, el proceso redistributivo tuvo efectivamente lugar, sólamente la segunda hipótesis explicaría por qué este proceso dio lugar a la crisis.

Es decir, cuando dicha redistribución existió, la crisis comenzó a gestarse en oportunidad en que ella sobrepassó el límite de lo considerado tolerable por parte de los inversores. ¿Por qué entonces el proceso no fue rápidamente revertido? La única explicación plausible refiere a la capacidad de resistencia de los asalariados que acabó desbandando una fuerza distributiva, elevando la inflación y desalentando la inversión.

De esta forma, aun con la existencia de un proceso redistributivo en favor de los asalariados, es la segunda hipótesis la que posee una capacidad más general para explicar la crisis de acumulación.

Una consecuencia central de esta análisis es que para revertir la crisis no sería suficiente dar un embate contra el gasto social del estado-benefactor. El problema de fondo, y más allá de la existencia o ausencia de una redistribución progresiva, tiene que ver con el proceso de democratización entendido como aumento del po-

PBI, en 1975 había alcanzado al 25.6% (OECD, "Social Expenditure 1960-1970. Problems of growth and control", París, 1985, p. 21).

Ello fue posible por la existencia del estado democrático-liberal keynesiano, que significó para los trabajadores una arena de lucha donde sus demandas encontraban mayor y más rápida respuesta que en el terreno de las relaciones privadas con los empleadores. La existencia de un sistema de partidos políticos en competencia por el control de las instituciones gubernamentales explicaría en gran medida esta situación. La necesidad de legitimidad o apoyo político constituyó el motivo principal para que los partidos gobernantes se acercaran a las organizaciones de trabajadores dispuestos a satisfacer demandas en forma mucho más permisiva de la que sería posible en una relación directa trabajadores/empleadores.

En conclusión, el salario social es la forma a través de la cual se habría vehiculado el proceso progresivo de redistribución siendo la competencia política partidaria su principal motor.

2. Democratización

Esta hipótesis sugiere que no es necesario recurrir a la existencia de un proceso redistributivo para explicar la crisis de acumulación. El hecho mismo de una mayor participación política y poder de organización de la ciudadanía en general y de los asalariados industriales en particular es más que suficiente para explicar las reticencias empresariales a la inversión. En otras palabras, la razón de la crisis esencialmente no varió sustancialmente y puede también argumentarse que los recursos del estado-benefactor salieron, en buena parte, de los bolsillos de los propios trabajadores. En este caso, sólo la hipótesis de la "Democratización" explicaría el surgimiento de la crisis.

Pero admitiendo que en general, y seguramente en algunos países, el proceso redistributivo tuvo efectivamente lugar, sólamente la segunda hipótesis explicaría por qué este proceso dio lugar a la crisis. Es decir, cuando dicha redistribución existió, la crisis comenzó a gestarse en oportunidad en que ella sobrepassó el límite de lo considerado tolerable por parte de los inversores. ¿Por qué entonces el proceso no fue rápidamente revertido? La única explicación plausible refiere a la capacidad de resistencia de los asalariados que acabó desbandando una fuerza distributiva, elevando la inflación y desalentando la inversión.

De esta forma, aun con la existencia de un proceso redistributivo en favor de los asalariados, es la segunda hipótesis la que posee una capacidad más general para explicar la crisis de acumulación.

Una consecuencia central de esta análisis es que para revertir la crisis no sería suficiente dar un embate contra el gasto social del estado-benefactor. El problema de fondo, y más allá de la existencia o ausencia de una redistribución progresiva, tiene que ver con el proceso de democratización entendido como aumento del po-

CUADRO 1 - Indicadores seleccionados en países de la OCDE

(Tasa anual promedio)

	Producción	Inflación	Desempleo
País	60-69	74-80	60-69
Canadá	5.5	2.6	7.5
Francia	5.5	2.8	8.8
Italia	5.8	2.6	3.8
Japón	11.1	4.9	8.7
Suecia	4.4	2.3	3.6
G. Bretaña	2.9	1.3	12.4
E.E.UU.	4.4	2.8	7.0
Alemania Fed.	4.6	2.7	2.5
			4.9
			1.0
			3.2

Fuente: Maier, Charles "Inflation and Stagnation as Policies and History" en Lindberg, L y Maier, Ch. *The Politics* 1985, ps. 10-12.

der político y social de los ciudadanos. Es difícil evaluar el peso explicativo de estas hipótesis en comparación con aquellas que provienen del campo más estrictamente económico. Ahora bien, si dicho peso fuera grande o aun decisivo, es conveniente explorar los probables caminos que se abren frente a la crisis.

Escenarios frente a la crisis

1. La reacción conservadora

E sta es una respuesta a la crisis destinada a eliminar o reducir sustancialmente el proceso de democratización e implica en primer lugar desmantelar, o por lo menos reducir sustancialmente, el estado benefactor (acusado de haber destruido los incentivos a la inversión y al trabajo) con el objetivo de liberar recursos para la acumulación y debilitar las posibilidades de sobre vivir al margen del mercado laboral. En segundo lugar, y para asegurar su éxito, esta opción precisaría llevar a cabo una severa limitación o destrucción del poder de las instituciones centrales de la democracia (partidos políticos populares, parlamento, sindicatos, etc); esto es, los ámbitos en los cuales los ciudadanos en general y los trabajadores en particular poseen más posibilidades de sortear embates sobre los derechos que han adquirido y sobre la porción del ingreso que poseen. Así, ni de la esfera de las políticas del estado, ni de la negociación colectiva de trabajo provendrían avenencias al proceso de acumulación y podría reintroducirse el poder disciplinador de la recepción y el desempleo.

Estos ejes de acción permitirían liberar a los inversores de cualquier eventual presión sobre el margen de utilidades esperado; pero no escapa a una evaluación que esta respuesta es potencialmente explosiva, social y políticamente, en especial en sociedades de cierta complejidad que tuvieron la oportunidad de experimentar un período keynesiano. Además es difícil imaginar que las complejidades de una sociedad moderna puedan soportar un desmantelamiento del estado-benefactor sin producir una fuerte desorganización social. Los conflictos que ciertamente se correalizarían con la respuesta conservadora solo podrían ser controlados mediante una fuerte coerción y represión políticas que afectarían su legitimidad y erosionarían su estabilidad en el tiempo.

2. La vía revolucionaria

Esta opción implica el intento de destruir la *impasse* política que determina la crisis, suprimiendo el poder social de los propietarios de capital. Ella, sin embargo, tendría que superar importantes escollos en sociedades complejas que experimentaron un período keynesiano y un estado-benefactor. Entre ellos, supone que los asalariados se inclinarían por actitudes más revolucionarias que reivindicativas y por ende repudiarían los parámetros básicos de la sociedad capitalista. Una modificación de estas actitudes, propias de épocas previas al Gran Acuerdo, no parece ser posible de obtener en el corto plazo.

Pero aun suponiendo que la crisis causara tal impacto sobre el conjunto de la población que condujera a un salto revolucionario antes que una reacción conservadora ganara la delantera, no resulta fácil de entender que una ciudadanía hija del estado-benefactor keynesiano, ca-

paz de llevar a cabo una revolución porque la crisis limita su capacidad de consumo, esté dispuesta a resignar un aumento en dicha capacidad. Este hecho podría entrar en contradicción con la necesidad de un fuerte proceso de inversión, especialmente cuando después de un profundo cambio socioeconómico suelen producirse importantes disrupciones en el aparato productivo.

Por éstas y otras razones es altamente probable que un proceso revolucionario implicaría un sacrificio, por un plazo seguramente no muy breve, de las libertades civiles y políticas propias de regímenes democráticos. Muy difícilmente podría en estas circunstancias evitarse que una organización férreamente burocrática

sente debería ser capaz de obtener apoyo para la implementación de dichas restricciones. Se precisa entonces de un momento obrero capaz de ceder en un contexto político no autoritario y una representación que no sea deslegitimada por cooperar en dichas concesiones.

Esta opción reviste características menos traumáticas que las dos anteriores pero tiene una alta probabilidad de excluir a quienes no se encuentran adheridos a las asociaciones generales. Así, mientras menor sea el nivel de sindicalización, menor será el número de beneficiarios del pacto. Sobre los sectores que quedarían sin representación se descartaría sin duda buena parte del costo de los acuerdos. En este caso, si bien la so-

La viabilidad de una democracia social



asuma con exclusividad la "representación popular" y limite fuertemente el ejercicio civilizado del disenso.

3. El pacto corporativo

Constituye un escenario de resolución de la crisis basado en acuerdos surgidos de la negociación entre una asociación general de empleadores y otra de trabajadores. El estado no puede ser ignorado en este pacto, pero desempeñaría un papel relativamente pasivo: formalizar y apoyar los acuerdos entre ambas asociaciones.

4. Decadencia y desigualdad social

Este es un escenario que contiene un proceso de desorganización social. Los empresarios no invertirán, la sociedad se empobrecerá y crece el conflicto social. Como no se llega a superar la *impasse* via reacción conservadora, salvo retroceso o pacto corporativo, una sórdida y oscura lucha se va desenvolviendo en la sociedad en la que se reproduce una situación típicamente hobsiana: guerra de todos contra todos. Los asalariados no aceptan disminuir su participación en la distribución del ingreso y los empresarios despiden mano de obra. Los resultados son intensos y de perder poder económico en dicha distribución. Los trabajadores y empresarios compiten entre sí para apropiarse de recursos cada vez más escasos y descargan el peso de la crisis en quienes tienen más recursos y organización.

El pacto corporativo tiene ventaja de contar con pocos actores, pero ello constituye una ventaja sólo si se cumplen algunas condiciones. En primer lugar, es necesario que exista una cultura de negociación, de obtener y ceder; tradiciones de interrelación no son funcionales a este modelo de resolución de la crisis. En segundo lugar, ambos tipos de asociaciones deben poseer una enorme autoridad y legitimidad; y por ende repudiarán las pretensiones que las decisiones adoptadas sean acatadas. En tercer lugar, y dado que la naturaleza de la crisis exigiría que los trabajadores asuman la mayor cuota de restricciones, la asociación que le representa

la sociedad. Se debilitan así los lazos de solidaridad y las pautas éticas de comportamiento. Este es pues el camino de la desintegración social y su lema es "sálvese quien pueda".

Q ue el plebiscito que tendrá lugar los primeros días de octubre es un hecho decisivo que concita la preocupación y las esperanzas de la mayoría de los chilenos ha quedado demostrado por la alta tasa de inscripción electoral alcanzada. De una población electoral de alrededor de 8 millones de personas, aproximadamente más de 7 millones se encuentran ya inscritos en los registros electorales, lo que en alguna medida muestra la voluntad de participar y la ruptura con una actitud de prescindencia que en algún momento se temió que pudiera ser de significación. Que el plebiscito es importante parecería ser un hecho que no se discute, pero ¿está también suficientemente claro lo que en él está en juego? La oposición en su mayoría es enfática en señalar que la opción es entre continuidad del régimen autoritario, personalizado por Pinochet, y democracia, y que los modos que asuman las alternativas democráticas deberán decidirse en futuras elecciones libres y abiertas.

La propuesta de los 16 partidos políticos concertados en el NO que incluye a la Democracia Cristiana, el Centro Cívico, el Partido Humanista, el Partido Socialista (Núñez), el Partido Socialista (Almeyda) y otros partidos de izquierda y en el que no participan el Partido Comunista y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), tiene como propuesta básica el supuesto del fin de la unidad neoguerrillera y las fuerzas armadas en la implementación de la reforma de la Constitución actual y una transference del poder militar al poder civil. El propósito es buscar una forma distinta a la propuesta por la Constitución del régimen que en el caso de triunfar el NO disponga la continuidad de Pinochet en el poder por el lapso de un año, al término del cual se convocaría a elecciones abiertas tanto presidencial como parlamentarias.

Y aquí aparece un hecho de indudables consecuencias futuras. Orlando Sáenz, un importante empresario actualmente "disidente" que jugó un papel clave en la caída de Allende y en los inicios del actual régimen, ha dicho que a su juicio el mayor peligro del triunfo del SI, con Pinochet como candidato, radica en que la opinión pública identificaría definitivamente "libre empresa" con un régimen político autoritario. La duda que cabe es si realmente la derecha y los grupos sociales que representan pueden escapar a esa dilema. Ciertamente Pinochet ha desplegado una enorme habilidad para impedir el surgimiento de cualquier otro candidato, imponiéndose no sólo a los grupos civiles sino que también a algunas de las veleidades que en algún momento expresaron los comandantes en jefe de la armada, la aviación y carabineros. Pero no todo es atribuible a la astucia de Pinochet. La derecha argumenta en torno a los éxitos del modelo económico: auge exportador; apoyo financiero externo; dinámica empresarial y otros. Sin embargo, para alcanzar lo logrado se está pagando un alto costo social, siendo la desocupación y la cesantía sólo sus efectos más visibles. La realidad es que en gran medida el modelo se ha impuesto gracias a una fuerte contingencia de las demandas sociales, posibilitadas por la presencia del gobierno militar, y la aplicación de me-

didas como la legislación laboral que limita de manera muy estricta la presión sindical. En los hechos, la imposición del modelo económico ha estado vinculado a la descrecionalización gubernamental, muy favoreciendo los intereses de los grupos económicos poderosos y poco sensibles a las aspiraciones de otros sectores. El reclamo constante de la derecha es "el respeto a la propiedad privada" y entienden por tal la mantención de las actuales condiciones en que la actividad económica se desenvuelve. Durante estos quince años el propósito de los grupos dominantes ha sido constituir una sociedad en donde su poder económico se instaura a la vez como poder político y social. La "modernización" y la "nueva economía" no obstante incorporan de manera positiva, únicamente a una fracción de la sociedad, de modo que sólo un régimen autoritario es garantía de permanencia a la actual forma de dominación social.

L a oposición trata de expresar fundamentalmente la desconfianza en el sistema político vigente y su carácter autoritario, buscando abrir reales formas de expresión y participación social, pero lo ha resultado más difícil plantear una propuesta alternativa en el ámbito económico. En su afán de agrupar el máximo de fuerzas evita temas que puedan introducir contradicciones en el plano de los intereses inmediatos. Por cierto denuncia la escasez igualitaria y con la representación política y económica de la derecha, lo que aun está muy lejos de conseguir. Más aún, el plebiscito de hecho se ha transformado en una confrontación de opciones mutuamente excluyentes. Es esto lo que la oposición trató de revertir y el grado en lo que lo logre dependerá de la fuerza que pueda mostrar en el momento de la elección.

El plebiscito en Chile

Carlo Roselli

¿Qué está en juego?

Bajo un pseudónimo que por su semejanza evoca la figura del antifascista italiano asesinado en Francia por orden de Mussolini, recibimos desde Chile el comentario político de un sociólogo de renombre y militante de la izquierda. A pocos días de un plebiscito que confiamos conduzca al triunfo de la democracia en la sufrida república hermana, se esbozan aquí las complejas cuestiones que están en juego en el plebiscito del 5 de octubre.



que en el contrario se destacan sus rasgos de arbitrariedad y acentuado autoritarismo. No obstante para la derecha se trata de decidir sobre la continuidad y proyección del actual régimen, y lo que más enfatizan es la permanencia del modelo económico; por tanto está dispuesta a votar por él como forma de preservar —y si es posible incrementar— lo logrado.

Y aquí aparece un hecho de indudables consecuencias futuras. Orlando Sáenz,

un importante empresario actualmente "disidente" que jugó un papel clave en la caída de Allende y en los inicios del actual régimen, ha dicho que a su juicio el mayor peligro del triunfo del SI, con Pinochet como candidato, radica en que la opinión pública identificaría definitivamente "libre empresa" con un régimen político autoritario. La duda que cabe es si realmente la derecha y los grupos sociales que representan pueden escapar a esa dilema. Ciertamente Pinochet ha desplegado una enorme habilidad para impedir el surgimiento de cualquier otro candidato, imponiéndose no sólo a los grupos civiles sino que también a algunas de las veleidades que en algún momento expresaron los comandantes en jefe de la armada, la aviación y carabineros. Pero no todo es atribuible a la astucia de Pinochet. La derecha argumenta en torno a los éxitos del modelo económico: auge exportador; apoyo financiero externo; dinámica empresarial y otros. Sin embargo, para alcanzar lo logrado se está pagando un alto costo social, siendo la desocupación y la cesantía sólo sus efectos más visibles. La realidad es que en gran medida el modelo se ha impuesto gracias a una fuerte contingencia de las demandas sociales, posibilitadas por la presencia del gobierno militar, y la aplicación de me-

de cambio económico para acentuar con fuerza la demanda por democracia política. De todos modos, la estrategia no es totalmente errada, puesto que en muchos casos existe la convicción de que sólo la vigencia de un sistema político realmente democrático hará posible la expresión de demandas económicas y sociales.

Como es de esperar, las encuestas no coinciden en la determinación del número de partidarios del o de partidarios del sí. Más aún, muchos de tales encuestas han sido transformadas en elementos de propaganda, por lo que se ha introducido un elemento de duda respecto a su veracidad. A pesar de ello hay dos elementos destacables: uno es el grado de moderación y de "realismo" político que manifiestan los futuros electores; el otro el alto número de "indecisos" en cuanto a preferencia electoral. Estos "indecisos" son los que decidirán el resultado del plebiscito. Por cierto existe entre ellos los que se pueden catalogar como "indecisos del sí" e "indecisos del no" cuyas preferencias simplemente aún no se exteriorizan, pero además hay un fuerte número que no encuentra una clara respuesta a sus demandas en una u otra opción. El perfile de este "indeciso" parecería ser el de una persona que considera que ha tenido lugar una modernización en el país, pero que obstante el (o ella) no ha logrado participar de la misma; se muestra partidario de una reforma constitucional que posibilite mayor participación democrática sin demandas específicas se refieren a la seguridad en el empleo y el acceso a servicios como educación, salud y pensiones; favorecen los intereses de los grupos económicos poderosos y poco sensibles a las aspiraciones de otros sectores. El reclamo constante de la derecha es "el respeto a la propiedad privada" y entienden por tal la mantención de las actuales condiciones en que la actividad económica se desenvuelve. Durante estos quince años el propósito de los grupos dominantes ha sido constituir una sociedad en donde su poder económico se instaura a la vez como poder político y social. La "modernización" y la "nueva economía" no obstante incorporan de manera positiva, únicamente a una fracción de la sociedad, de modo que sólo un régimen autoritario es garantía de permanencia a la actual forma de dominación social.

E n suma, el modo como se está enfrentando el plebiscito plantea una serie de problemas a la sociedad chilena. Por una parte la derecha y los grupos económicos y sociales ligados a ella no han logrado estructurar un sistema político que supera a Pinochet y sea compatible con su manejo de la economía; por otra la opción democrática plantea algunas decisiones de cambio en la expectativa de constituir un sistema democrático que permita la resolución pacífica de los innegables conflictos existentes. La oposición ha dado origen a un pacto de gobernabilidad que permite a los partidos concertados en el no dar garantías de estabilidad a su triunfo. Pero a nadie escapa que la verdadera garantía requiere de un acuerdo con las fuerzas armadas y con la representación política y económica de la derecha, lo que aun está muy lejos de conseguir. Más aún, el plebiscito de hecho se ha transformado en una confrontación de opciones mutuamente excluyentes. Es esto lo que la oposición trató de revertir y el grado en lo que lo logre dependerá de la fuerza que pueda mostrar en el momento de la elección.

Reformas progresistas y democráticas

Xavier France



producir bienes y servicios y se crean las juntas reguladoras y el Banco Central.

Dos causas concurren en la conformación de este área económica de proporción estatal: la inestabilidad económica, que lleva a constituir una fuerte estructura regulativa, y la ausencia de capitales privados para iniciar una estrategia de crecimiento. Esta carencia de inversión privada debe su existencia al riesgo que implica la creación de nuevas estructuras productivas, cuyos beneficios se sitúan más allá del horizonte rentable de los capitalistas. Así se conformaron en América Latina las economías mixtas de liderazgo estatal.

Este liderazgo del sector público se ha revestido de dos formas: la primera, que encuentra al estado como productor directo de la economía, concentrando así parte importante de la formación bruta de capital; y la segunda, menos transparente y conocida, se relaciona con el montaraje de una vasta red de subsidios, estímulos y financieros que favorecen a los sectores y financieros y en favor de los capitalistas privados con mayor capacidad de presión corporativa. El subsidio fiscal no es otra cosa que un instrumento para aumentar la rentabilidad del capital privado mediante, por ejemplo, diferimientos impositivos. Esto también ha contribuido, y de manera considerable, a expandir el gasto público. En la Argentina, la subsidiariedad del estado respecto de los privados funcionó fundamentalmente a partir de la aceleración inflacionaria del '75, que convirtió al país en lugar desconfiable para sus capitalistas, quienes requirieron entonces garantías estatales para la inversión.

Así entonces, tenemos que los estados latinoamericanos de posguerra fueron asumiendo, a partir de la dinámica sociohistórica y el peso de los actores políticos, esta triple demanda que se enunció: como garante de "bienes públicos puros", como productor de bienes y servicios y asistente del capital privado vía subsidios, y como sostenedor de un vago "estado beneficiario" universalista.

El desafío que se le planteó a este andamiaje de funciones fue, es claro, obtener un genuino financiamiento.

La financiación del reclamo social

Cuando se piensa en el financiamiento del estado concertado, lo primero que surge es el instrumento del impuesto a las ganancias. Hay autores que colocan en la barra del 15% el límite para diferenciar una sociabilidad moderna de otra tradicional, siempre en referencia al impuesto a los rendimientos.

Sobre el transcurso de los '60 y '70 se armó un cátodo y extendió "estado beneficiario", apoyado en una concepción universalista de asignación del gasto público social. Este "welfare state" latinoamericano, mientras contó con recursos, cumplió una doble función: la clásica, que consiste en universalizar ciertos servicios y garantizar mínimos derechos sociales, como forma de asistencia a los estratos marginales mediante una re-

producción, en Argentina, a partir del no pago del tributo a los renditos por parte de las empresas de mayor envergadura).

La deuda externa, contraída en mayor parte por los capitalistas privados y trasladada más tarde a las cuentas estatales/públicas a fines de la dictadura militar (gestión Cavallo-Sigaut, julio 1982), desata no sólo inestabilidad económica y aceleración inflacionaria sino también una pujía distributiva, una disputa financiera por los escasos recursos estatales: los sectores corporativos concurren sobre el aparato estatal acelerando sus demandas. Cae la inversión privada y la mayor parte de lo que queda de ésta se liga a contratos fiscales. Los privados se "asocian" al estado para realizar sus pocos proyectos productivos.

Paralelamente a este aumento contrastado se incrementa la asistencia fiscal a los privados, como forma de sustituir precariamente el financiamiento a largo plazo mediante la disolución virtual del mercado de capitales.

Todo este movimiento originado en la crisis del endeudamiento externo, con su secuela de pérdida del ingreso nacional, desbarata el anteo financiable modelo de acumulación estatal. Entonces, la triple demanda social se torna insostenible. El "consenso fiscal" es falso.

Mientras que los impuestos a las exportaciones lograron formar un stock de capital público para la posguerra, el superávit del sistema de seguridad social permitió expandir el gasto público, y el aporte a los sectores de mayor ingreso relativo hizo posible la movilización de ahorros financieros privados hacia políticas de asistencia social.

En Argentina, toda vez que estos instrumentos legítimos de financiamiento no alcanzaron, quedó al descubierto un fenómeno "político" determinante de conductas económicas: el arraigo de una fuerte ilusión monetaria en el seno de la sociedad civil, que aceptaba la "necesidad" de emisión por parte del estado a fin de cubrir aquella brecha, sin tener en cuenta los riesgos inflacionarios que esto conllevaría. También el endeudamiento, interno o externo, fue otro de los "remedios" para cerrar la brecha fiscal abierta por esta triple demanda.

Habíamos entonces de un estado subdrenado por la vez financiando, que es lo que observamos va quedando atrás. ¿Por qué? Si bien en otras etapas de desarrollo esos recursos fiscales y financieros dotaron al estado de un rol preeminentemente en la evolución económica y social de América Latina, hoy esa realidad histórica ha mutado y ya no ofrece el espacio de antaño. Ya se señaló que los instrumentos de financiamiento de esa conjetura estatal vienen perdiendo efectividad. Es esto lo que compromete la solvencia estatal.

Un consenso estatal en quiebra

Definímos en principio la condición de posibilidad de ese modelo estatal latinoamericano de posguerra a partir de un "consenso fiscal".

Este contrato en torno del perfil y las funciones estatales comienza a desmoronarse, sobre todo, a partir de la crisis de la deuda externa. Estos cambios de orientación que, entre otros concurrentes, se tornan explosivos para la estabilidad económica: por un lado, la creciente expansión de las demandas de gasto público, originada en la presión corporativa de los sectores hegémónicos; y, por otra parte, la carencia cada vez mayor de recursos fiscales (vacío

experimentados en la estructura social a lo largo de las últimas décadas. Nuevos elementos han surgido, y otros, residuales, heredados de épocas en las que fueron productivos, se han tornado ahora retrogrados.

Uno de estos nuevos elementos a tener en cuenta es la complejización creciente de la estructura social, que redunda en una multiplicación diversificada de demandas a satisfacer por el sector público. Un claro ejemplo de este fenómeno es el acento que ciertos grupos con capacidad de influencia sobre el estado colocan, ya no en las prestaciones que éste les brinda (lo que constituye colina tomada) sino en la calidad que éstas poseen. Por otra parte, los segmentos marginales aspiran a salir de esa condición, y para ello buscan recostarse en un aparato estatal que ha perdido a lo largo del tiempo capacidad de incorporación social.

Para el caso argentino, reformar el estadio implica una fuerte tarea de descorporativización. Lo que los "liberales" denominan funciones constitucionales (bienes públicos propios), han vuelto, en ciertos casos, sintomas de corporativismo: ahí tenemos el gasto militar, cuya dimensión escapa a lo estrictamente constitucional; por extensión lo mismo

de la crisis de la deuda pone al descuberto el comportamiento económico de los capitalistas privados: ante el caos financiero, del que no son ajenos, buscan rápida protección bajo las alas estatales. Tratan de obtener del estado las garantías permanentes que el "liberal mercantil" por ellos proclamado no les otorga. Buscarán, así, todo tipo de preferencias y privilegios fiscales, fondos especiales, franquicias en las arcas públicas. Ese usufructo del aparato estatal (el que viene de paquetíndices dimensionados para la "libre actividad privada") que realizan los privados, rompe la fantástica imagen que los conservadores argentinos han construido como dato del sentido común: la de una lucha de los privados por emanciparse de toda tutela estatal.

Dejando de enfocar únicamente el caso argentino y colocándose en el contexto del modelo estatal sudamericano, se visualiza que la brecha abierta por la coincidencia de la expansión corporativa del gasto por presión de los grupos hegemónicos y la pérdida de ingresos fiscales, comenzó a ser solventada, hacia fines de los '70, con endeudamiento externo. Esto, sumado a la emisión y al endeudamiento interno, se consolidó como nueva fuente de financiamiento para la triple función estatal. Hoy estos instrumentos sustitutos de solvencia ya no existen: el crédito externo se ha racionado, los mercados internos de capital se han desintegrado con la aceleración inflacionaria, y la emisión ya no es vista como un "mal menor" sino como una de las principales fuentes de inflación.

La crisis del modelo estatal es la del consenso fiscal que lo hacía posible. Este acuerdo fiscal se quebró por la falta de financiamiento genuino. Hoy, en este contexto, los estados latinoamericanos hacen de la pulcritud fiscal un punto de partida inclaudicable para hacerse cargo del redimensionamiento estatal. Su reforma no es sino la reasignación de funciones: se trata de dotar al estado de una nueva identidad, un perfil pertinente en función de la fase histórica de desarrollo que se pretende inaugurar.

Los nuevos elementos, las nuevas funciones

La reforma del estado no se opera sobre un fondo social inmutable. Es más bien una transformación que presupone adecuarse necesariamente a los cambios ex-

perimentados en las organizaciones de seguridad. De igual manera sucede con ciertas funciones económicas, como el "compre nacional", cruzada por intereses sectoriales parásitarios y propietaria de una aceleración en la paga distributiva. Otro ejemplo: la sola idea de declarar una actividad como "interés nacional" encubre un hecho muy concreto: la exención impositiva. Hoy, este tipo de "capitalismo asistido" no es más que una batalla feroz por adueñarse de los escasos créditos presupuestarios. Poco se conoce que el estado argentino gasta una cantidad muy parecida a la que destinan los países europeos en materia social, alrededor del 20% del PBI. La diferencia, fácil es notarla, es el caos que dominan las asignaciones. Se disponen recursos en función de las presiones que se reciben y no en orden a una estrategia estatal de planificación democrática.

Vemos entonces que aquella triple función que congeccionaba al estado, a través de la crisis de la deuda, lo ahoga cada vez más, en la medida en que se acentúan las presiones sectoriales y corporativas. Sin embargo a este crecimiento de la "demanda", se encuentra la crisis de financiamiento. Ya no hay superverá en el sistema de seguridad social sino déficit, al igual que las rentas de la tierra mermadas por la caída de los precios internacionales, el crédito externo es limitado y la evasión tributaria creciente. (La pérdida de ingresos fiscales ronda los 10 mil millones de dólares por evasión impositiva, comparando 1950 con 1986). Caímos en la trampa de la multiplicación de impuestos, pues lo que se logra es sólo cobrarle más a quien ya abonaba.

Descorporativizar el debate público

Hay que definir nuevas funciones para el sector público. Si en este espacio de debate se sabe que la sociedad civil desea avanzar a las presiones corporativas de los grupos hegemónicos se habrá perdido la posibilidad de imprimirla a este nuevo estado la dinámica de la estrategia de una planificación sistemática para la asignación social de recursos. Asignación que vaya en busca de los sectores que necesitan del accionar estatal y no ya de aquellos que se sirven de su protección.

Para reasignar los gastos hay dos opciones: una consiste en formular un diagnóstico



tico contable de la situación fiscal. Es decir, hay gastos e ingresos y una brecha por cubrir. Y hay que cerrarla rápido, para el trimestre próximo, porque si no se pierde el financiamiento externo. Entonces sucede que se cubre, pero recordando los gastos estatales por donde se puede, lo que implica multiplicación impositiva y merma de asignaciones que iban a sectores marginados. Los gastos bajan, las cuentas cierran, pero se ha procedido inequitativamente, pues en el "apuro" se ha cortado por el lado más débil: los sectores sociales más bajos.

Pero, por otro lado, no hay duda de que hay que bajar el gasto para no producir inflación, que en definitiva perjudica sólo al que posee su salario y beneficia al que cuenta con capital para especular. ¿Cómo conjugar entonces, a corto plazo, la necesidad de reducción del gasto y la "obligación" democrática de asignar equitativamente los recursos? Aquí entra la segunda opción de la que hablamos en un principio. Se trata de discutir las funciones estatales, planificar democráticamente, tener diseñada una estrategia de recorte que no redunde en perjuicio de los sectores populares. Hay que formular un criterio asigativo, lo que a veces la lógica política de negociación y presión externa no permite. Es una elección dramática: se opta por la hiperinflación a corto plazo a fin de seguir solventando este estado o hacemos un ajuste inequitativo, sin discurrir el redimensionamiento de las funciones públicas.

Para el caso particular argentino, hay toda una trama legal heredada de la lógica corporativa, que impide cortar a breve plazo con los privilegios que obtienen del estado sectores hegemónicos. Las leyes protegen el "comercio nacional" a favor del proveedor estatal, a organismos pùblicos que reciben cuotas especiales del presupuesto, etc. Así, lo que no se puede obtener de allí se lo recolecta entre los jubilados, empleados, trabajadores, es decir, sectores que no cuentan con respaldo legal de protección.

A fin de lograr la opción de la planificación estratégica de reasignación de los recursos fiscales, para terminar con los beneficios que obtienen los sectores hegemónicos y corporativos, es necesario construir un nuevo "consenso fiscal", que por cierto es una operación contable sino profundamente política, que reconfigura el estado en favor de los sectores sociales que necesitan su intervención. Porque en verdad no estamos, en el caso argentino, frente al estado omnipotente y opresor que nos dibujan los conservadores arropados de liberales, sino frente a un estado corporativizado, debilitado y enemigo frente a las presiones sectoriales, incapaz de regular la vida social y económica en dirección progresista.

Reducir el gasto implica, desde esta perspectiva, disolver privilegios: pasa, por ejemplo, por reducir el presupuesto militar y de seguridad.

La reforma del sector público, en fin, no tiene sentido sino en el contexto de una propuesta más abarcadora: la puesta en marcha de un modelo de acumulación distinto. El poder de compra del estado no puede ser ya el motor del crecimiento, pues esto solo beneficia a sus proveedores privados.

Un consenso fiscal renovado

Para la construcción pública de un nuevo "consenso fiscal" se hace necesario repensar puntos tales como el papel gubernamental del estado, la funcionalidad de los subsidios públicos y la asignación universalista del gasto social. La nueva estrategia deberá tener como marco y sustento una planificación democrática de lo estatal.

El aparato estatal ya no está en condiciones de satisfacer con eficiencia las funciones que cumplía en la vieja sociedad. Descongestionarlo es, entonces, punto de partida para devolverle una capacidad directriz acorde a las circunstancias históricas presentes.

Esto pasa por repensar el estado como productor. El estado no ha sido inventado para producir: la cultura económica de las empresas públicas no está organizada para la obtención de beneficios. Sin embargo, hay momentos en que la acción estatal parece indispensable. Esto nos lleva a visualizar que la intervención pública en la producción es cambiante, lo que implica que, apoyándose en la planificación democrática, se debe analizar las condiciones de cada área productiva y decidir estrategias de orientación e intervención.

El gasto social de los '60 y '70 contribuyó, sin dudas, a mejorar el nivel de vida en los países latinoamericanos, pero la existencia de bolsones de marginalidad muestra la distancia que existe respecto de la igualdad de oportunidades. Es necesario admitir la frustración que en este sentido resulta de la concepción universalista del estado beneficiario. En definitiva, se contribuyó a reforzar la posición de sectores que ya estaban relativamente bien colocados socialmente, como las capas medias. Se han agregado así nuevos beneficios a grupos ya protegidos. Bajo la fachada de la igualdad se ha contribuido a crear y mantener desigualdades del poder y por tanto más necesitados de su asistencia.

La crisis externa obliga a que el estado comande el ajuste a fin de qué este sea caótico. Para estar en condiciones de

desempeñar ese rol de orientación estratégica, debe retomar el uso de uno de sus principales instrumentos: los subsidios fiscales, absorbidos en los últimos años mediante prácticas prebendalistas. Estos deben ponerse al servicio de una estrategia de crecimiento competitivo y no más protectionista de inefficiencias. Con ellos se debe fomentar la búsqueda de nuevos mercados, la reestructuración industrial, el desarrollo de programas científicos y tecnológicos.

La planificación democrática es un elemento indispensable para poner en marcha, con sentido progresista, una reforma que descongestione el aparato estatal a través de la selección consciente de objetivos prioritarios. Estas nuevas metas públicas deberán tener un estable y genuino financiamiento, fruto del nuevo "consenso fiscal", que permitirá descentralizar algunas funciones estatales para que otras puedan ser ejercidas con mayor fuerza y precisión social: en los sectores de la sociedad civil más distantes del poder y por tanto más necesitados de su asistencia.



Cincuenta años atrás...

Cuando en septiembre de 1938 el pueblo argentino riñó su memoria al hombre que como nadie contribuyó a darle conciencia de sí mismo, otra era la contingencia por la que atravesaba el país. Tal vez tan difícil e incierta como la presente, pero sin la plena vigencia del estado de derecho y de las libertades civiles y políticas que, mal que les pese a algunos, hoy impresa en la República. Porque tales libertades eran retacadas o negadas, la clase trabajadora argentina, sus organizaciones sindicales y los partidos obreros en los que se sentía representada, hicieron suya una recordación con la que se sentían plenamente identificados. No sólo por su condición de argentinos, sino también y fundamentalmente por su condición de trabajadores. De tal modo reafirmaban una vinculación con la tradición nacional a partir de la cual los valores de libertad, tolerancia y respeto que inspiraron la lucha incansable de Sarmiento por convertir a la Argentina en una república democrática, se entrelazan inseparablemente con los valores de la igualdad y la justicia social defendidos por la clase obrera. Frente a los delirios de un nacionalsocialismo que quería hacer de Sarmiento "un traidor a la patria, un bolchevique (...), un apóstata (...), un maestro judaizante" (véase *Crisol* del 28.8.1938), la Confederación General del Trabajo, el Partido Socialista y el Partido Comunista, hicieron del argentino ilustre, de su patrimonio ideal y de su batalla por un país civil, una bandera de lucha por una libertad que les era negada.

Han pasado cincuenta años y el mensaje de Sarmiento todavía debe ser exhausto del "subterráneo deposito donde lo arrinconaron los enemigos de la libertad y la soberanía popular", como bien dijo el Presidente de la Nación en un discurso que debería ser releído a modo de antídoto contra el fanatismo y la insensatez. Es hora ya de que nuestro pueblo deje de estar atrapado por una historia fácciosa que le impide entrar en paz a sus muertos. Acaso ha llegado el momento para que el juicio crítico esté atravesado por una cuota mayor de respeto y comprensión humana. Con la misma comprensión que condujo a un ensayista tan poco partidista de las ideas de Sarmiento a concluir que, a cién años de su extinción, "Don Domingo no ha muerto" y "todavía nos sigue sonando" (v. de Luis Alberto Murray, "Los últimos pasos", en *Clarín* del 8 de septiembre). Con la comprensión que faltó en la mezquina negativa de un grupo de diputados justicialistas y democristianos a votar favorablemente el proyecto de ley enviado por el Ejecutivo por el que se declaraba a 1988 como el Año Sarmientino.

Como homenaje a quien fue un gigante del pensamiento y de la acción –en un país, por cierto, que reconoce dónde sus gigantes fueron tradicionalmente de tan corta estatura– reproducimos las notas editoriales de los periódicos obreros y la resolución de la CGT con motivo del cincuentenario de la muerte de Sarmien-

Honremos a Sarmiento defendiendo su obra

Acincuenta años de su muerte, Sarmiento aparece ante los ojos del pueblo como un gigante de la acción y del pensamiento. Sus manos ciclopicas amasan los elementos constitutivos de esa Argentina libre, próspera y fuerte que todavía hoy es una aspiración y un aliciente para la lucha. Con rude e implacable franqueza combatió al caudillo y al latifundista, al deserto y al analfabetismo. No tuvo otro norte que la elevación económica y social del pueblo, ni mayor enemigo que el atraso feudal sobreviviendo a la Revolución de Mayo. Siguiendo la huella abierta por Moreno volvió todos sus esfuerzos en la destrucción de las formas arcaicas de producción e intercambio, en la substitución de las costumbres tradicionales por las costumbres modernas y en la ruptura del aislamiento que colocaban a nuestro país al margen del mundo civilizado.

Bibliotecas

Para niños

"Taller de mimos" por Ricardo Streiff, en C.Calvo 4319, los lunes 17.30 hs.

"Taller de la palabra" por Mónica Previtera, en Bahía Blanca 2025, los martes 17.30 hs.

"Exposición corporal" por Jorge Aimatea, en Venezuela 1538, martes a viernes a las 17.30 de 3 a 5 años, y a las 18.30 hs., de 6 a 10 años.

"Taller del cuento y el juego" por Margarita Roncarolo, en C.Calvo 4319, los miércoles 17.30 hs.

"Taller de teatro y movimiento" por Elvira Oneto, en Suarez 408, los miércoles 18 hs.

"Narraciones de cuentos" por el Club de Narradores: Setiembre en: De las Artes 1210, los jueves 17.30; Suarez 408, los jueves 17.30 hs.

Octubre en: Gral. César Díaz 4219, los jueves 17.30 hs. Noviembre en: Venezuela 1538, los jueves 17.30 hs., y en Cranwell 819, los jueves 17.30 hs.

"Taller de teatro para jóvenes estudiantes" por Pablo Moretti, en De las Artes 1210, los viernes de 18.30 a 20 hs.

**Entrada libre y gratuita.
Informes al tel.: 44-3118**

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires

Secretaría de Cultura
Dirección General de Bibliotecas

Pertenece Sarmiento al grupo escrédido de varones que, bajo la luminosa inspiración de Esteban Echeverría, luchó por restablecer el credo democrático de Mayo. Para arrancar de raíz el caudillismo feudal y levantar las masas populares de su miseria y atraso, no se limitó a recuperar una herencia que el feudalismo reditivo pretendía arrasar; al igual que todos los hombres progresistas que han jugado un papel histórico en la República, vivió plenamente los acontecimientos mundiales y extraído de ellos principios fundamentales que habían y han de empujar hacia adelante el desarrollo social argentino. Nadie como él acumuló tanto odio contra la tiranía y lo convirtió en acción irresistible. Nadie como él, tampoco, experimentó tanta impotencia por transformar a nuestro país en una gran nación capitalista moderna y la tradujo en proyectos que arrancaban la baza y la ira de los oligarcas de su época. Quería una República poblada por cien millones de habitantes cultos y libres, industriales y sanos. Contemplaba no envidiar a los Estados Unidos, a Inglaterra, a Francia. Anhelaba una burguesía nacional dueña de sus destinos. No llegó a percibir en el seno de la sociedad por la cual luchaba, la sociedad capitalista, la clase histórica señalada para destruir y construir una sociedad nueva: la sociedad socialista. Pero su obra titánica, al encarar la liquidación de la base feudal que la Colonia había dejado como herencia, abría las anchas vías por las cuales la clase obrera lucha, al lado de los campesinos y el pueblo todo, por la ampliación y profundización de la democracia, contra la oligarquía, el latifundio y los voraces monopolios.

No en balde el fascismo y el oscurantismo han dado la mano para arrojarlo ala figura enorme de Sarmiento, porque así como éste simboliza el impulso inmortal de nuestro pueblo a la libertad y a la superación continua, aquellos pretenden retrotraernos a las épocas oscuras de Fausto y el Chacho, apoyándose en lo que de más reaccionario, sanguinario y barbaro sobrevive en el mundo contemporáneo.

Sarmiento es un guía. Descubramos bajo la carga de los adjetivos y de las caricaturizaciones no siempre justas y completas de su obra, la lección que él nos ha legado.

Sarmiento abarcó el conjunto de problemas de una democracia incipiente. Defendimos su vasto plan progresista y aseguremos su cumplimiento. A los grandes antepasados se los honra llevando hasta las últimas consecuencias sus mandatos y afirmando definitivamente al superarlos.

(Editorial publicado en *Orientación*, 8.9.1938, año II, núm. 63).

Resolución de la CGT

En cumplimiento de la resolución adoptada por el Comité Central Confederal en su reunión del 2 de julio último, esta Comisión Administrativa, en sesión efectuada ayer, consideró las actuaciones del Secretariado encamadas a determinar la forma en que la Confederación General del Trabajo rendiría su homenaje al gran estadista y educador argentino que fue Domingo Faustino Sarmiento, en ocasión de cumplirse el cincuentenario de su muerte.

En efecto, la CA, luego de imponerse de lo actuado y de los diversos actos recordatorios que ya están programados, tomó la siguiente resolución:

1º. Adherir la Confederación General del Trabajo a los actos que tendrán lugar bajo el patrocinio de la Comisión Cívica de Homenaje a Sarmiento.

2º. Dedicar el número del periódico C.G.T. que aparecerá el día 9 de septiembre a enaltecer las grandes virtudes que adornaron la personalidad del ilustre patrio argentino y a reverenciar su memoria interpretando el sentir unánime de los trabajadores agrupados en la Confederación General del Trabajo.

3º. Organizar conferencias radiales a propagarse por la onda de "Radio Porteña" en la audiencia de "La voz etérea de la Unión Ferroviaria".

4º. Recomendar a todas las organizaciones afiliadas que adquieran fotografías de Domingo F. Sarmiento con el fin de que el recto espíritu del querido argentino presida las asambleas obreras e invitarlas a que aspiquen actos parciales en su homenaje."

(Tomado del periódico *Orientación*, núm. 63 del 8.9.1938)

Domingo Faustino Sarmiento

Un escritor argentino ha dicho: "Sarmiento luchó por la libertad de su pueblo, comprendiendo que la solución no estaba sólo en el cambio de gobierno, ni en las aisladas reformas constitucionales, ya que la causa permanente seguiría actuando.

Los socialistas conocemos esa clase de hombres superiores. Por eso somos los que mejor interpretamos sus anhelos y valoramos sus esfuerzos. Sabemos lo que significa abrir nuevas rutas al progreso, señalar injerencias y soportar las injurias de los bárbaros de cada tiempo. Y Sarmiento cumplió a brazo partido esa tarea immense y sufrió los ataques más encarnizados de los adversarios rurales.

El país comemora hoy el cincuentenario de su muerte y reconoce los méritos que con Sarmiento tienen los hombres que saben poner su existencia al servicio de la colectividad. En cada fecha patria surge el recuerdo obligado de las hermosas vidas que resultan como hitos en el panorama de la historia de la civilización. Cada una de ellas es un ejemplo y una orden.

Al pueblo corresponde admirar esos magníficos señores que superaron honrando la profesión de hombres que decía Gracián, tanto más que su esfuerzo sólo era una consciente retribución de otros esfuerzos. Porque Sarmiento solía repetir el apólogo persa: Le preguntaron al cultivador: "Para qué plantas nogales, si no comerás sus frutos?" Y él respondió: "Para pagar mi deuda a los que plantaron nogales cuyo fruto he consumido".

Las generaciones argentinas que han gozado de los frutos de los áboles plantados por Sarmiento, están en el deber de continuar su obra, para que otros puedan recibir el ejemplo y hacerlo que corresponda hacer y hacerlo que vivió



continuar trabajando por la perfección de la humanidad.

Todavía existe el alfabetismo; el deseo sigue siendo el rébel del país; el latifundio aboga el progreso; el atraso político sigue dominante; el pueblo es considerado un factor negativo; la libertad está a media asta. Continuemos la obra de Sarmiento.

(Editorial publicado en *La Vanguardia* el 11 de septiembre de 1938.)



PREMIOS NACIONALES A LA PRODUCCIÓN CIENTÍFICA, ARTÍSTICA Y LITERARIA

La Secretaría de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia de la Nación convoca que se halle abierta la inscripción para optar a los Premios Nacionales a la Producción Científica, Artística y Literaria, comprendidos también los Premios Regionales e Iniciación.

PREMIOS NACIONALES: se inscriben obras editadas entre los años 1985/1988.

Materias: Biología General / Zoológica y Botánica / Matemática y Astronomía / Filosofía y Psicología / Ciencias de la Educación / Ensayo Literario y Crítica Literaria / Rondas, Villancicos y Canciones de cuna e Infantiles / Libro para T.V. y Radio.

PREMIOS REGIONALES: se inscriben obras producidas entre los años 1985/1988.

Materia: Producción Literaria.

PREMIOS INICIACIÓN: se inscriben obras de autores inéditos.

Materias: Prosa / Poesía / Ensayo / Teatro.

El período de inscripción vence el 31 de marzo de 1989.

Podrá requerirse información y retirar los formularios pertinentes en la Secretaría de Cultura, Área Estímulo Cultural, Suipacha 1008, 1er. Piso (Código Postal 1000), Tel.: 313-2571, en el horario de 10 a 18 hs.



MUSEOS

MATRA: Museo Histórico Nacional de Artesanías Tradicionales Argentinas. Defensa 372, Capital Federal. Días hábiles: de 10 a 19 hs.; sábados, domingos y feriados: de 12 a 19 hs.

INA: Instituto Nacional de Antropología. Avda. del Libertador 1738, Capital Federal.

CCLM: Centro Cultural Las Malvinas. Florida 753, Capital Federal; lunes a viernes de 9 a 12 hs.; sábados de 10.30 a 21 hs.; domingos de 16 a 21 hs.

SINE: Salón Nacional de Exposición. Posadas 1720, Capital Federal; lunes a domingo, de 12 a 20 hs.

MNBA: Museo Nacional de Bellas Artes. Avda. del Libertador 1473, Capital Federal; martes a domingos de 9 a 12 hs.; sábados de 12 a 19 hs.

MHN: Museo Histórico Nacional de Arte Decorativo. Avda. del Libertador 1902, Capital Federal; martes a viernes de 14 a 20 hs.; sábados, domingos y feriados: de 12 a 19 hs.

MNAO: Museo Nacional de Arte Oriental. Avda. del Libertador 1902, 2º piso, Capital Federal; miércoles a jueves, de 15 a 19 hs.

TNC: Teatro Nacional Cervantes. Libertad 815, Capital Federal.

TDLR: Teatro de La Ribera. Pedro de Mendoza 1821, Capital Federal.

Museo Rocío Vicente López 2390, Capital Federal; lunes a viernes, de 14 a 18 hs.

MCY: Museo "Casa de Yurta". O'Higgins 2390, Capital Federal; miércoles a domingo, de 14 a 18 hs.

Instituto Nacional de Museología: Piedras 1260, Capital Federal; lunes a viernes de 10 a 20 hs.; domingos de 15 a 19 hs.

Museo Histórico Sarmiento: Cuba 2079, Capital Federal; miércoles a domingos de 15 a 19 hs.

Museo Nacional del Grabado: Vicente López 2220; lunes a miércoles y viernes de 11 a 16 hs.

SECRETARIA DE CULTURA DE LA NACION

Una redefinición necesaria

La izquierda como contracultura de la modernidad

Zygmunt Bauman

Al final de su desarrollo los intelectuales de la oposición se preguntaron a sí mismos con toda seriedad: ¿hay todavía un proletariado? ¿hay todavía una clase dominante? Cuando se justificara más que se preguntaran: "¿hay todavía una posición intelectual?

Las esperanzas de corto plazo son inútiles. La resignación a largo plazo es suicida.

Hans Magnus Enzenberger

La izquierda se caracteriza por su falta de humor. Y de tal modo se ha separado de otras formas de oposición al capitalismo, por ejemplo del arte de vanguardia; la ironía de lo moderno, la auto-burla, y el juego fueron un *lesé majesté* para la izquierda, tanto como para los sacerdotes del orden establecido. *Epter el bourgeois* nunca ha sido una estrategia de izquierda, porque la izquierda ha tratado al burgués seriamente como el autor de un proyecto que vale la pena ser realizado totalmente, y al mismo tiempo, como un obstáculo para su realización.

La izquierda fue y permaneció siendo hasta hace poco una contracultura del capital. Evidentemente, sólo llegaría a serlo una vez que la cultura capitalista lanzó un programa dirigido hacia el logro de una sociedad racional. Lógicamente, sólo tenía sentido si "se tomaba al capitalismo por la palabra": una demanda de cumplir la promesa capitalista. Libertad, igualdad y fraternidad eran consignas capitalistas. La izquierda no tenía nada que añadir. Sólo tomó el programa capitalista seriamente y pidió a todos los demás que hagan lo mismo.

La izquierda estaba en deuda con el capitalismo por el origen de muchas de sus ideas.

La primera, que uno puede cambiar el mundo solamente en recursos humanos. La segunda, que el mundo puede ser mejorado por la interacción humana racional. La tercera, que para hacer esto es suficiente incrementar la riqueza material a disposición de la humanidad, y volver útil la naturaleza, primero aprendiendo sus secretos, y luego relacionándolos a las necesidades humanas, ignorando el resto. La cuarta, que así como crece la riqueza material, también lo hacen las posibilidades de felicidad, entendida como ausencia de privaciones y además como libertad respecto de la necesidad natural.

La quinta, que esta libertad promovería

libertad, igualdad y fraternidad entre la gente y, dada la disponibilidad de esta elección racional, que ésta elegiría el modo de vida que mejor se ajuste a sus necesidades.

La sexta, que el valor de las sociedades "realmente existentes" puede ser medida por el grado en que la libertad, igualdad y fraternidad han sido obtenidas, y las posibilidades para su mayor desarrollo.

Debido a que tenía prestadas todas estas ideas capitalistas y las asumía seriamente, la izquierda llegó a ser una crítica de la práctica capitalista. Ansiosa de completar exitosamente el proceso, la izquierda cuestionó las calificaciones de sus administradores sociales. La práctica

mantener su identidad como la contracultura del capitalismo, se encuentra a sí misma sin ningún agente histórico para completar el proyecto capitalista. La ausencia de un agente plausible crea una situación sin precedentes. Esta es la raíz del presente "desencanto" y "pérdida de reción" o, simplemente, de la contemporánea crisis de la izquierda.

Hay dos reacciones comunes a este tipo de crisis. La primera es disolver (al perder) la dirección como otro caso en que a los intelectuales de clase media se les ponen los pies fríos cuando se enfrentan con los sucesivos hechos del infarto. Así se sostiene que el potencial revolucionario del trabajo organizado está lejos del agotamiento y que debe seguir permaneciendo como el punto de referencia de la política de izquierda.

Tal reacción es reforzada por la memoria colectiva de la izquierda. Pero aún la más poderosa memoria colectiva está destinada a debilitarse bajo la presión de un insumo prolongado de experiencias negativas, y difícil de explicar constantemente obtenida no ha sido utilizada sistemáticamente, esto es, no ha sido utilizada para promover libertad, igualdad y fraternidad. La administración capitalista de la producción ha generado mucho menos riqueza de la que se podía alcanzar y en las cantidades suficientes para poner fin a la pobreza.

Así, la crítica izquierdista de la práctica capitalista señaló que la reproducción de la desigualdad económica limita la libertad (o sólo permite una pseudo libertad) y mientras la motivación de la ganancia determine la producción de riqueza, el uso de los recursos y de las oportunidades tecnológicas permanecerá estático, despreciable e irracional. En otras palabras, la crítica de izquierda sostiene que la administración capitalista de la producción social no se ha elevado a los niveles planteados por la revolución capitalista.

Desentendida con la administración capitalista de la producción social, la izquierda buscó un agente histórico más apropiado, mejor preparado para las tareas incluidas en la agenda histórica.

Para la mayoría de la izquierda, la clase obrera industrial parecía la opción natural. Varias razones la favorecían:

1) como un agente histórico, la clase obrera desposeída no tenía un pasado de arrastre y, por tanto, no estaba desacreditada; 2) la clase obrera estaba creciendo rápidamente al punto de eventualmente abarcar a toda la nación; 3) a diferencia de otras clases descontentas, los obreros industriales estaban sujetos a un ritmo y disciplina uniformes, entrenados técnicamente y ligados orgánicamente a la producción racional; 4) los trabajos producidos por la militancia, su frecuente rebelión violenta contra el ascenso del capitalismo podría ser fácilmente reinterpretada como resistencia a la transformación histórica. La izquierda es renuente a probar su legitimidad cooptando las administraciones y sus funcionarios, como a sus enemigos, sino como roles modelos y como la medida de su propia inadecuación. Así, es difícil ver a los nuevos pobres como agentes de la transformación histórica. La izquierda es renuente a probar su legitimidad cooptando las administraciones y sus funcionarios, como a sus enemigos, sino como roles modelos y como la medida de su propia inadecuación.

La medida que la izquierda busca

capitalista tiene que ser rechazada porque no podrá realizar la promesa capitalista y amenaza con despedir las oportunidades abiertas por la revolución capitalista. La crítica de la práctica capitalista tuvo que dar en dos planes: el moral y el racional. La riqueza material recientemente obtenida no ha sido utilizada sistemáticamente, esto es, no ha sido utilizada para promover libertad, igualdad y fraternidad. La administración capitalista de la producción ha generado mucho menos riqueza de la que se podía alcanzar y en las cantidades suficientes para poner fin a la pobreza.

Así, la crítica izquierdista de la práctica capitalista señaló que la reproducción de la desigualdad económica limita la libertad (o sólo permite una pseudo libertad) y mientras la motivación de la ganancia determine la producción de riqueza, el uso de los recursos y de las oportunidades tecnológicas permanecerá estático, despreciable e irracional. En otras palabras, la crítica de izquierda sostiene que la administración capitalista de la producción social no se ha elevado a los niveles planteados por la revolución capitalista.

Los cambios en la naturaleza del trabajo industrial nos hicieron de la actual sociedad industrial algo más nacional. Más bien la pobreza y el sufrimiento que todavía siguen aumentando. Pero la pobreza ya no está asociada con los trabajadores organizados, se convirtió en un motor de los más fuertes defensores de la ley y el orden. En vez de estar escuchando a los voceros de la razón, han estado buscando la iluminación de la industria del entretenimiento.

Los cambios en la naturaleza del trabajo industrial nos hicieron de la actual sociedad industrial algo más nacional. Más bien la pobreza y el sufrimiento que todavía siguen aumentando. Pero la pobreza ya no está asociada con los trabajadores organizados, se convirtió en un motor de los más fuertes defensores de la ley y el orden. En vez de estar escuchando a los voceros de la razón, han estado buscando la iluminación de la industria del entretenimiento. Los cambios en la naturaleza del trabajo industrial nos hicieron de la actual sociedad industrial algo más nacional. Más bien la pobreza y el sufrimiento que todavía siguen aumentando. Pero la pobreza ya no está asociada con los trabajadores organizados, se convirtió en un motor de los más fuertes defensores de la ley y el orden. En vez de estar escuchando a los voceros de la razón, han estado buscando la iluminación de la industria del entretenimiento.

Este primer reacción no produce una política unificada. Una política posible es traducir la lealtad a la clase obrera como agente histórico a lealtad al trabajo organizado. En la práctica, esto significa apoyar sacrificadamente al trabajo organizado, cualesquier que fueran sus intereses y demandas, como si "por definición" fueran anticapitalistas. Esto puede restablecer credibilidad ocasionalmente durante breves períodos de militancia sindical. En el largo plazo, sin embargo, es probable que refuerce la división política de clase, seguida por la retrocesión en retroceso. De vez en cuando, para resolver los males intensivos, esta política los intensifica. Quizás sea el valor de esta política, sus contradicciones de izquierda están, por estas razones, en duda.

Otro vistazo de esta reacción es una política que privilegia una ortodoxa filosofía de la historia. Si los obreros "realmente existentes" no se conducen de acuerdo al patrón que esta filosofía sugiere, peor para los obreros "realmente existentes". Su desviación del patrón proyectado puede con facilidad ser explicado en términos de apartados ideológicos de estado, política represiva, consumo, tracciones socialdemócratas, peleas o debilitamiento de los intelectuales de izquierda. Como una anomalía temporal, la conducta de los obreros "realmente existentes" es rechazada como una posible refutación de una política fundada en la filosofía de la historia. En la práctica, esta es una política sectaria de retroceso a grupos cada vez más pequeños de fieles que refuerzan su legitimidad cooptando a los trabajadores —tal como deberían ser y no como son— sus propias tribulaciones espirituales de clase media.

Ya que la vida es corta, y el esperar que los trabajadores cambien "en el largo plazo" de "realmente existentes" a "existencialmente reales" tiene un atractivo limitado para cualquiera, excepto para los más pacientes (y en política revolucionaria la paciencia es sospechosa: huele a traición), esta política conduce a demandar atajos. Desde que los populistas rusos —quienes, habiendo encontrado en el "pueblo" más estima por el Zar que por la revolución— recurrieron a la revolución "para el pueblo" pero no "por el pueblo", la política en discusión ocasionalmente termina en terrorismo. A diferencia de los populistas rusos, el nuevo terrorismo no necesariamente se dirige a los emperadores. Gracias a los modernos medios de comunicación y a la "idea global" que han creado, cualquier acto de crudidad espectacular ahora atrae la atención que alguna vez sólo los conflictos entre reyes demandaban. Aparte de su repulsividad moral, el problema del terrorismo como una política de "izquierda" es, por supuesto, que aunque pueda solucionar muchos problemas personales, difícilmente puede promover los tradicionales fines de la izquierda. Más bien, permite al estado capitalista movilizar los anhelos populares de ley y orden a reforzar la declinante popularidad de los intereses que su política defiende.

La segunda reacción es justamente lo contrario de la primera: proclama el "fin de la modernidad" y la llegada de la "postmodernidad". De acuerdo a esto, los tiempos de los "proyectos universales", de un mundo que hizo plausibles tales proyectos, ya pasaron. De este punto en adelante, sin embargo, los teóricos de la posmodernidad se dividen. Algunos se detienen con atención en la creciente pluralidad del mundo contemporáneo, en la autonomía de los "juegos de lenguaje", "comunicados de sentido", o "tradiciones culturales", las cuales son impermeables a una evaluación objetiva ya que por sí mismas individualmente proveen el terreno de completa autoridad que ninguna evaluación puede rechazar. Otros no se sienten obligados a referirse al cambiante mundo para justificar una pluralidad de ideas. La diferencia entre posmodernidad y modernidad para ellos aparece como otro capítulo de la historia del pensamiento. Ambas abordan la inútil búsqueda de estandares universales de verdad. Justicia y gusto, y modestamente proclaman que hoy nadie sino nuestra convicción de justificar nuestra decisión de perseguir valores que sostienen que vale la pena perseguir. La constancia con la que nos aferramos a nuestra decisión es más poderosa para nuestras realizaciones que la idea: "la historia está de nuestro lado", y es improbable que otros adopten los valores que nosotros apreciamos. No tenemos fuerza material ni argumentos para hacerles cambiar su mentalidad.

Ambas formas de teoría posmoderna son, en cierto modo filosofías de la rendición. Ambas se resignan ante la imposibilidad o improabilidad de mejorar el mundo, conscientes de la falta de fuerza de la crítica para influenciar otras comunidades. Ocasionalmente en el pasado, la desesperación condujo al coraje; ésta particular desesperación, no. El único coraje que puede nacer de la resignación es aquél que se alimenta del resornte de la autopreservación.

Como una filosofía de la resignación y la inutilidad, el posmodernismo difícilmente puede servir como la fundación para la nueva autoridad de la izquierda. El actual coqueteo de los intelectuales de izquierda con la posmodernidad se puede entender por la desesperación con la que las nuevas inspiraciones son vistas en un contexto que aparece cada vez más como un vacío teórico. Este ro-



mance de la izquierda con la posmodernidad, sin embargo, está destinado a aprobar otro caso de amor no correspondido.

Mientras se condenan como triviales las esperanzas de que los valores burgueses puedan algún vez ser universalizados, la teoría posmoderna declara al mismo tiempo la inutilidad de la izquierda. No似乎 puede concebir un modo por el cual un programa realista de izquierda pudiera elaborarse de una teoría posmoderna. No puede haber izquierda como una contracultura, esto es, una positiva y efectiva crítica de las negligencias, retrocesos y mala administración en la implementación de la promesa cultural de una sociedad mejor, sin la convicción de que esta promesa cultural es viable y en principio realizable.

No puede haber izquierda si la creencia de que la sociedad puede ser mejorada y la historia atráida hacia nuestro lado. No puede haber izquierda sin la idea de que entre diversas cosas, algunas son buenas y otras están equivocadas, y que las primeras podrían predominar sobre las segundas. La teoría posmoderna es una invitación a los intelectuales a realizar lo mejor de su libertad comprada al precio de la irrelevancia. Entretanto, las cosas que pueda ser, la izquierda no puede ser irrelevante.

Una "contracultura del modernismo" difiere de una "contracultura del capitalismo" en varios aspectos. La contracultura del capitalismo fue predicable sobre la posibilidad de la emancipación del trabajo respecto del capital. Vio la sociedad presente y futura del modo en que lo hizo el capitalismo: como una sociedad cuyos miembros estaban primariamente comprometidos con el trabajo, en una sociedad organizada alrededor del reto de proveer con abundancia el recurso trabajo (las relaciones de producción probando su racionalidad al promover la proliferación de las fuerzas productivas). Esta retórica, la contracultura del capitalismo lo mantuvo, estaba mal servido por el capital. La realización del primer reto introdujo un reto auxiliar: remover el capital de la administración del proceso productivo y reemplazarlo por otra versión de la autogestión del trabajo.

El efecto no anticipado de la presión de la izquierda y de la política que generó el trabajo industrial resultó ser justamente lo contrario de lo que se esperaba. En vez de la emancipación del trabajo respecto del capital, lo que ocurrió fue la emancipación del capital respecto del trabajo. El capital de hoy depende menos y menos del trabajo para su reproducción y crecimiento. Inversión incrementada significa menos trabajo, y se logran mayores ganancias a través de menor trabajo. En vez de comprometer al resto de la sociedad como productores o sirvientes del proceso productivo, hoy el capital com-



promete a la sociedad como consumidores sirvientes del consumo. La consecuencia más obvia del cambiado mecanismo de la reproducción del capital y de la nueva forma de dominación sistemática es la obsolescencia de la autogestión de los trabajadores como una alternativa válida al sistema actual. Hoy, sin embargo, otras consecuencias menos evidentes.

Por la revelación de estas otras consecuencias la izquierda está en duda, como frecuentemente en el pasado, con los administradores políticos del sistema. Ellas fueron los primeros en sacar conclusiones prácticas de la recientemente adquirida libertad del capital respecto del trabajo y de la también reciente libertad adquirida por la política de la remunerativización del trabajo. El actual resurgimiento de la izquierda para levantar una pared de incomprendimiento y extrañamiento entre lo "adecuado" y lo "inadecuado" y producir el estigma ligado a la pobreza. Otra amenaza es, sin embargo, bastante real: que las transferencias de bienestar lleguen a ser instrumentos de privación de derechos individuales y de la abolición de los derechos ciudadanos por esa ascendente minoría de la sociedad de consumo que no puede probar su ciudadanía en el único modo que un mercado de consumidores admite. La realidad de tal amenaza ha sido documentada por la interención legalmente reforzada de las agencias de bienestar con la vida privada y familiar de sus "clientes"; una impuesta "infantilización" de los recibidores del bienestar a través de la negación de sus derechos a una autónoma toma de decisión, y la densa red de vigilancia que con sume una siempre creciente rajada de los fondos de bienestar. Así los pobres no sólo se están volviendo más pobres. Se les está convirtiendo en una categoría desvirtuada, un sector de la población definido como una entidad separada, por el anclaje, o por lo menos suspensión, de derechos políticos y personales que se pensó que eran los más duros y duraderos de la modernidad.

Los pobres son los primeros en experimentar la infamia a la deshonra y las derrotas de una manera más tangible. Pero ellos no son los únicos amenazados. La arena política está en proceso de adquirir un nuevo rol en la reproducción del sistema social. Su función en la reproducción sistemática fue confinada, a través de gran parte de la era moderna, a garantizar las condiciones para una tranquila reproducción de las relaciones capital-trabajo. Con la realización de esta función, la perpetuación de la estructura de dominación podría ser confiada a los mecanismos construidos dentro de las relaciones capitalistas de producción. El capital comprometiendo a la mayor parte de la población como productores y sirvientes de la producción, podría permanecer como la fuerza más penetrante y disciplinadora; emancipado del trabajo, el capital no puede y no necesita acarrear esta función. La reproducción de la estructura de dominación se convierte directamente en un asunto de la ley y el orden, más que ser indirectamente un asunto de la "ética del trabajo". En otras palabras, la reproducción sistemática ha llegado a ser más que nunca una responsabilidad del estado político.

Bajo

estas circunstancias las nuevas presiones se ejercen sobre la democracia política y la forma moderna de vida pública en general. Está claro que con la nueva y acrecentada función del estado, el juego político no puede ser dejado a los políticos "democráticos". Una considerable libertad de opinión y organización política, las cuales virtualmente disfrutaron todos los intereses a través de la mayor parte de la historia moderna (la creatividad de la modernidad que la

izquierda llegó a ver —o más bien a no ver— como problemática), fue más que tangencialmente relacionada a la relativa inconsciencia del conflicto político en un sistema donde la dominación era garantizada primariamente a través de medios políticos. Hoy, demasiadas veces pesan sobre el conflicto político como para esperar que esta situación dure. Se pueden esperar dos tipos de asaltos a la democracia política tal como la conocemos y, claro está, signos de ambos ya son discernibles.

Primer

o, habrá intentos de preservar la fachada de la democracia política mientras se escurre la sustancia de la política de las formas públicas de la vida democrática. Esto se puede ver en el viraje de la real toma de decisiones desde las instituciones democráticas hacia las burocracias gubernamentales extrañas al control democrático. La creciente historia sobre los "secretos estatales" está instrumentalizada para remover el diario trabajo estatal de control de sus subditos. Esto es facilitado por los medios tecnológicos actualmente a disposición del gobierno, lo cual permite que las decisiones más elementales que afectan a la sobrevivencia de la ciudadanía sean tomadas e implementadas antes de que las instituciones democráticas tengan la oportunidad de intervenir. Por ejemplo, el moderno estado de guerra no requiere ya la movilización de las emociones populares para sostener guerras. Claro está, la historia que se informa a la población que se ha establecido de guerra. Especialmente en el caso de los más débiles poderes, el lugar asignado al control de estado por la "amenaza externa" y los patrones de procedimiento que alimenta, es exagerado al relegar todo a la seguridad estatal excepto las más triviales decisiones políticas.

Segundo

factor que juega un papel importante es la severidad del primer factor que puede ser sobreestimada. Vivimos bajo la sombra de la destrucción masiva. Esto ha sido posible el fin de la historia y de la especie humana. Como tal, va más allá de la visión de la política tradicional comprendida como el enfrentarse a los problemas cotidianos del bienestar humano. Pero la existencia de armas de destrucción masiva es también crucial para la política interna. Así, como las últimas guerras permitieron la total aniquilación de los "enemigos externos", también permiten al estado llegar a emanciparse del control de su propia sociedad. Este es el estallido decisivo en la cadena de factores que amenazan la supervivencia de los logros democráticos de la modernidad. La izquierda no puede hacer ningún trabajo definido sin la destrucción de los elementos de destrucción masiva. Esto es sólo una preocupación de la izquierda, sino la clave para la viabilidad de su identidad como contracultura de la modernidad. El segundo factor que juega un papel importante es el anclaje del sistema de autoridad que deseaba la izquierda.

Lo

que sigue en cierta medida alimenta la intensa preocupación con las variaciones de la libertad individual es la limitación de la libertad individual políticamente inducida. Debido a esto, los miembros de la sociedad de consumo buscan reubicarse en el mercado. Así, el acrecentamiento de la autoridad que se obtiene de mejor manera al atacar las fuentes más que los efectos. Hacer retroceder la invasión burocrática del mundo de vida puede aliviar la presión para buscar la clase de autonomía que el mercado puede proveer.

Todos

los asuntos críticos de hoy apuntan al mismo problema central: la amenaza de emancipación del estado político respecto al control democrático, y la resultante libertad de las burocracias estatales de colonizar el mundo de lo cotidiano, convirtiéndolo así en su dominación en permanente. Este problema central define a la izquierda hoy.

El

centrar la crítica de izquierda en el estado político no es exactamente una nueva idea. Efectivamente, antes de que la emancipación del capital respecto del trabajo alcance sus actuales proporciones, esta estrategia fue largamente mal dirigida y correctamente criticada por Gramsci como "estadotálita". La crítica de Gramsci señaló que la dominación del capital estaba fincada en la "sociedad civil", colonizada por el capital al relegar a la sociedad civil la reproducción del trabajo. Ahora, sin embargo, la sociedad civil está recientemente colonizada por el estado como una esfera de reproducción de consumidores, es decir, hombres y mujeres cuyos intereses en la autonomía

LA IMAGEN - I.B. SINGER - EL HOMBRE DE LA URSS - V. NABOKOV - LA MEMORIA DE ABRAHAM - M. HALTER - EL INGENUO - VOLTAIRE - PRIMER ENCUENTRO - BELLA CHAGALL - OPERA DE MUERTOS - A. DOURADA - MAGRA PERO NO MUCHO LAS PIERNAS FUERTES MORENA - A.C. RESEN DE - JARDIN CENIZAS - D. KIS - LA PEQUEÑA CIUDAD DON DE EL TIEMPO SE DETUBO - B. HRABAL - ANSAY - M. CA PARROS - SITUACION DE PELIGRO - G. SACCOMANNO - EL VESTIDO ROSA - C. AIRA - CONVERGENCIAS - H. FO GUET - HISTORIAS SECRETAS - A. BONOMINI - AQUI YACE UNA DAMA - M. BOTTA - LAS PUERTAS DEL ESTE - E. MA RENGO - EL SITIO DE KELANY - M. COHEN - CANON DE AL COBA - T. MERCADO - LOS TRAIDORES - SILVINA OCAMPO Y J. R. WILCOCK - LA CIUDAD Y LA CASA - N. GUINZBURG - YO QUE SERVI AL REY DE INGLATERRA - B. HRABAL - CARTAS A MIS AMIGOS - S. ZWEIG - NUERDO DE QUINCEY - NUESTRO STEVENSON - NUESTRO KIPLING - SELECCION DE J. L. BORGES Y A. B. BOY CASARES

I
Ada Korn Editora

están permanentemente redirigidos a adecuarse a las necesidades del mercado.

Esta nueva situación necesita la redención de la izquierda como la contracultura de la modernidad. Con la emancipación del capital respecto del trabajo, la brecha entre lo potencial y la realidad de la revolución burguesa ya no se puede localizar en el rol explotador del capital. La riqueza material hecha disponible por el capitalismo no conduce a la esperada expansión de la democracia y la autonomía personal debido a la paralela, pero no inevitable, emancipación del estado político respecto del control público, y al debilitamiento de las fuertes bases de resistencia. Si la izquierda como la contracultura del capitalismo focalizó las causas del fracaso en la realización de las promesas de la revolución capitalista en el control del capital sobre la producción, la izquierda como la contracultura de la modernidad debería buscar tales causas en las flaquezas de la democracia política y la autonomía personal.

El énfasis varía siguiendo las elementales transformaciones en el sistema social. Cuando comprometió a la sociedad en el rol de productores, el capital fue la misma fuerza que buscaba la expansión de la democracia política y la autonomía individual. Hoy, el capital es en el mejor de los casos, indiferente a ambos. Puede muy bien considerarlas costosas molestias. Así hoy, la democracia y la autonomía no pueden darse por supuestas o dadas. Deben ser defendidas consciente y tertamente.

La izquierda como la contracultura de la modernidad debe tomar en serio a la democracia y la autonomía; no como útiles sino como dispensables instrumentos en la reproducción de una cierta estructura de dominación, con valores

Espacios económicos y poder / **▲ 30.**
HILLION, André

Democracia, estabilidad y desarrollo político
en América Latina / **▲ 32.**-
FERNANDEZ, G. F.

Cultura, país y época / **▲ 30.**-
CUNEO, Dardo

La esencia de lo americano / **▲ 30.**-
ZEA, Leopoldo

Quiroga y Ross / **▲ 40.**-
BARBA, Enrique

Los Autonomistas del **70** / **▲ 32.**-
BARBA, Fernando E.

Rosas y los jesuitas / **▲ 32.**-
CASTAGNINO, R. H.

Zeballos y la política exterior argentina / **▲ 36.**-
ETCHEPAREBORDA, R.

Tres revoluciones: 1890-1893-1905 / **▲ 40.**-
ETCHEPAREBORDA, R.

Historia de las relaciones internacionales
argentinas / **▲ 40.**-
ETCHEPAREBORDA, R.

Leopoldo Lugones / **▲ 28.**-
BORGES, Jorge Luis

Ricardo Güiraldes / **▲ 30.**-
GHIANO, Juan Carlos

Dos para arriba, uno para abajo / **▲ 30.**-
DE MIGUEL, María Esther

El proyecto argentino. De la educación
a la política / **▲ 30.**-
CIRIGLIANO, G. F.

Moderna metodología educativa / **▲ 40.**-
GRAMBS, CARR Y FITCH

EDITORIAL PLEAMAR

Tte. Gral. Juan D. Peron 2049 - 1er Piso - Of. 14 - (1040) Buenos Aires - Tel.: 953-8600



aprender a vivir sin un agente histórico. Debe buscar, superando lo que hoy sólo puede ser una ilusión, la única fundamen-tación firme de su propósito: la convic-ción de que los valores promovidos por la revolución burguesa necesitan ser de-fendidos y sólo pueden ser defendidos al-exponerlos.

Vivir sin un agente histórico tiene sus posibles frustaciones; también tiene sus virtudes. Hacer que los atajos sean inactivos es una de ellas, tal vez la principal. La revolución es un atajo en su forma pura: un intento de forzar la historia allí donde el agente no está listo para conducirla (si estuviera, la revolución no sería necesaria). La revolución es, por tanto, un acto de violencia sobre la historia y sobre su supuesto agente. Esto es lo que hace al atajo moralmente odioso e inefectivo como medio para llevar a la historia donde se pretendía dirigirla. En la historia, la mayor parte de los atajos parecen ser *cul de sac*.

Vivir sin una esperanza por un atajo es otra cosa que la izquierda tiene que aprender hoy. Y, claro está, repetir el lema de Enzenberger: las esperanzas de corto plazo son inútiles y la resignación de largo plazo es suicida. Pero la virtud de vivir sin un agente histórico es que la inutilidad de las esperanzas de corta duración no conduce a la resignación de largo plazo. Renunciar a la esperanza de corto plazo salva a la de largo plazo de la inutilidad.

Texto publicado en la revista *Telos*, núm. 70, invierno de 1986-1987. Traducido del inglés por Luis Tapia, fue incluido en la revisión *Autodeterminación* (La Paz, Bolivia, n.º 5, 1988). Zygmunt Bauman, sociólogo de origen polaco que de la actualidad enseña en la Universidad de Leeds (Gran Bretaña); en español fue publicado su libro *Fundamentos de sociología marxista*.

que se ha de tener en cuenta para la realización de un examen de conciencia. La otra parte de la memoria que se ha de tener en cuenta es la memoria de los hechos y situaciones que se han vivido en el pasado. La memoria de los hechos y situaciones que se han vivido en el pasado es importante porque se basa en la memoria de los hechos y situaciones que se han vivido en el pasado.

José Aricó
*La cola del diablo -
Itinerario de Gramsci en
América Latina.*
Buenos Aires, Buntacur

Dese hace más de treinta años la figura de Gramsci me acompaña como la sombra al cuerpo», afirma el autor en el prólogo de este libro, con lo que establece uno de los varios tonos que transmite en su ensayo, en este caso el de la reflexión autobiográfica —a veces con un sesgo retardatario entrañable— que siempre vinculará la temática más abarcadora que constituye la difusión del gramscismo en nuestro continente. Con sobradadas razones, sin duda, José Aricó se asume como un protagonista de dicho fenómeno, que también pue-
de mirarse, tal cual él mismo lo admite, «como un momento de la cultura comunista» en esta región del mundo. Su trabajo se verterá a lo largo de por lo menos cuatro núcleos a los que vale la pena examinar.

El primero de ellos lo integra el ajuste de cuestiones que se practica con el introductor del pensamiento granciano en el comunismo argentino, Héctor P. Agosti, de quien Aricó admite que "nos desbrozó el camino". Sin embargo, se trata también de un análisis puntual de los límites de aquello gesto precursor: la aplicación de las reflexiones de Gramsci sobre el *Risorgimento* a la Argentina de Rivadavia y Echeverría que llevó a cabo Agostí, apela "a clases y fuerzas sociales que en realidad nunca existieron en la sociedad de la época"; y por otra parte, la perspectiva de divulgación y renovación ideológica en el interior del PC que se abriría con los escritos de Gramsci.

fue decididamente rechazada por la dirección del partido, que "optó por quedarle en la defensa de la trama de las posiciones más tradicionales". Siempre, quedó una similitud entre los jóvenes coroneles que pretendían simultáneamente ser auxiliados del

que se exponen en 1965, iniciaban la experiencia de la revista *Anteayer y Hoy* o *Presente*. Con estos se dio el segundo núcleo de la juventud que se ocupó del *dibujo*, o sea, el desarrollo del período en que esa publicación fué hecha en Córdoba, los nuevodensores que van hasta el mes de junio de 1965, y en ese año enfoque Añicó continúa con la revisión de la lectura de Grancíz por ese mismo autor, con elementos de cincelado y de dibujo, de fotografía, de historia y, además, una visión del tránsito que albergaba la cultura, la vida social y el revulsivo soñador que se vivía en la ciudad mediterránea durante los años próximos y posteriores a la integración del *Cordobazo*.

so que se tir de la masa y organismos nes", enseña que si distancia ca- de los vanguardistas, el uso, los de los impronta que llevaba car "un con el respeto del p diálogo, la primera etapa. Presente en verda abordajes ria, Lévi. Era una nida por

Libros



le merece hoy un juicio terminante: "nos equivocamos". El empleo de la primera persona del plural adquiere contenido de significación fuerte en esta zona de la obra: "soldados con los ojos abiertos porque temían la secreta intuición de que con su suerte (la de Montoneros) se jugaba también la nuestra y la de la izquierda argentina", aun cuando la revista "inventara fuertes reservas frente a un movimiento (...) que militarizaba siempre más la política". En los hechos, este abordamiento que plega la reflexión a este filo donde se tocan el destino personal y el colectivo, plantea también una tensión, según el autor no resuelta por el grupo en las condiciones de aquella práctica. Se trata de la tensión entre "las matrizes leninista y gramsciana", para Aricó, dicho con inusitada franqueza, "Gramsci no nos liberó de Lenin y, en realidad, "nos quedamos siempre a mitad del camino". Este estado de tiántrico intermedio en términos de práctica, y de búsqueda a la vez, naturalmente, de un enclave político luego de la salida del PC, produjo una paradoja: que un grupo de intelectuales de izquierda alejado por premisas profundas del leninismo burgués, confluyese sin embargo con Montoneros, y antes, en la época cordobesa, conociére-

Empero, el hilo conductor es siempre Gramsci. Al respecto, lo que sería el último nücleo que se encuentra en el libro me parece el más productivo para la teoría: se trata de la situación contemporánea de los estudios gramscianos en América Latina. Algunos de los nuevos análisis, sociales, posteriores o paralelos al refluxo sesentista, obseen a la región como parte de un Occidente periférico y tardío, donde se recoge con provecho el marco teórico de "revolución pasiva" y de capitalismo tardío aplicado a la problemática nacional italiana por el autor de *Los Escritos en la cárcel*.

"Si en los años sesenta el pensamiento de Gramsci aparecía en realidad como un "corrector" del discurso leninista, hoy podríamos afirmar que entra todo enterito en un marxismo re-formulación, en el cual estamos fuertemente cuestionando sus elementos religiosos", dice Aricó. En este sentido, no es cierto que acá se abone en favor de la crisis del marxismo; más bien "hay la operación de hacerse cargo de esa crisis" y de intentar que el marxismo —con otras perspectivas y otros discursos de referencias— pueda "seguir cumpliendo una función propulsora en la medida que esté en condiciones de poner permanentemente a prueba su hipótesis fundamentales". Decía

yo leímos que en las páginas de *La Cola del diablo* transcurrió más de un tono; eso es su mejor virtud y crea que un rasgo básico en las empresas y los textos como el estilo de Arioc, desde su trabajo como marxólogo a sus lecturas de Gramsci o Marañé. El punto común es que no se apela a un sistema endógeno sino al fragmento, al plan de incertidumbres, la relación no incluyente con otras formas de pensamiento, a, no ocultar tampoco sus propias debilidades y sobre todo, a ejercer una obstrucción al *marxismo laico* que, como sostiene Octavio Paz en 1983, sigue estando del lado del diablo y no de los buenos pensantes.

Antonio Marimón

David Couzens Hoy
(comp.). *Foucault*,
Buenos Aires, Ediciones
Nueva Visión, 1988

Dentro de la casi obvia disparidad de valores de una obra colectiva, este libro ofrece no solamente la novedosa evidencia de la influencia del pensamiento francés en el mundo anglosajón; también contiene artículos francamente estimulantes para una reflexión general sobre la problemática foucaultiana. En este sentido debe inscribirse la inteligente intervención de Richard Rorty al cuestionar la posibilidad misma de una epistemología en Foucault, a quien su confesado nietzscheísmo conduciría a agotarse en propuestas puramente negativas traducidas, eso sí, en brillantes redescritpciones del pasado. Las consecuentes beneficencias de una lectura impulsada en otra tradición cultural son palpables en el estudio de Michael Walzer, quien puede señalar con desenfado lo que luego constituirá una connotación visible pero poco confesada de la producción historiográfica de Foucault: el carácter errático de su base documental. Esta impugnación tiene todo que ver con otra más importante que Walzer está interesado en remarcar, y que se dirige a matizar la excesiva tendencia identificatoria operada por "el dispositivo Foucault", entre el archipiélago concentrionario del Gulag y las prácticas del Estado liberal. Un buen correctivo teórico, por lo demás, para quienes desde la Argentina pretenden con inmoderado afán imitativo imponer en los análisis históricos una temática masiva de los "micropoderes" antes de cuestionarse seriamente respecto de los aspectos fuertemente centralizadores del Estado argentino desde el siglo XIX.

Dentro de este tono fundamentalmente crítico, Charles Taylor indica lo que considera la unilateralidad de los análisis del autor de *Vigilar y castigar*, pero ello no le impide reconocer que en la producción foucaultiana se sacan a la luz aspectos desestendidos de las prácticas sociales y de los registros históriográficos.

Junto con otras contribuciones prescindibles o de circunstancias —como la presentación del compilador e incluso el artículo de Habermas—, pueden resultar más novedosos los textos que se refieren al "último Foucault", dentro de cuyas referencias Mark Poster traduce la sensación de decepción que los volú-



Oscar Terán

Antonio Marimón
*El antiguo alimento
de los héroes*,
Buenos Aires, Punto Sur,
1988

rojo I", "Un teatro tallado en zafiro", "Un no tantilico". Y luego, en 1986, a su regreso a México, el original del libro terminado. Trato de recordar el impacto de esas instancias de lecturas. Era un libro que se construía como el desafío de narrar un "pa-

Educación de la Nación
1888 - 11 de setiembre - 1988
centenario de la muerte de D.F. Sarmiento

menes II y III de la *História de la sexualidad* pueden inducir. En todo caso, el carácter de esa posterior escritura estuvo por definirse más acabadamente, teniendo en cuenta sin duda las profundas modificaciones que aquellas elaboraciones introducen en el *corpus* foucaultiano. Mas si es verdad que en ellos hasta el estilo ha variado, y el relevamiento de los textos casi anónimos ha sido reemplazado por la lectura a veces meramente descriptiva de autores clásicos, aquella colocación diversa de la temática y del tratamiento debería incluirse dentro de una interpretación que atienda al conjunto de lo que abusivamente podría llamar el proyecto teórico de Foucault. En este sentido el artículo de Arnold Davidson posee los valores conjuntados del conocimiento de la obra y de un atractivo didáctico plenamente logrado sin las recaídas en el aplastamiento del tema tratado. Arqueología, genealogía y ética serían así las categorías abarcadoras del conjunto de los escritos de Foucault, y a partir de ellas se ofrecería una perspectiva de lectura atinada, ahora que la distancia posibilitada por la vida, los libros y la muerte permite un acercamiento menos deslumbrado y más productivo a la prosa no sin belleza del autor de *La historia de la locura*.

3. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

Desde el principio incluye, como advertencia, el libro anticipa que va a narrar la memoria, la experiencia, el pasado. No se trata de "ficcionalizar la memoria" ni de contar la experiencia como una crónica. Lo esencial es la elección de una poética. Quizá por eso es que *El antiguo*... se diferencia de libros como *Respiración Artificial*, de Ricardo Piglia, o de los que en sus antípodas han querido contar "los recuerdos de la muerte" o "las penas y los olvidos".

La poética de *El antiguo*... por otra parte, se narra a sí misma en la memoria de las primeras lecturas, en las reflexiones del tiempo, siempre presente de la enunciación. Puede reconocerse en las lecturas citadas o implicitamente citadas: Cortázar, Borges, Arlt, Macedonio, Bataille, Blanchot, Artaud, Eliot. Desde la conjunción entre la escritura y la lectura, son tres instancias que construyen la sintaxis del texto de Antonio Marimón. Esto se repite en cada uno de los ámbitos que completan su diálego: el familiar, el político, el erótico. Un primer recuerdo de su madre y su abuela permite "aquejillo que abre la posibilidad del relato de un recuerdo" (pág. 75). En lo político, una búsqueda de "ordenación fiel a la cristalización de la memoria" se concentra en un protagonista: "Figari en *Astrólogo*", el Gordo Ricardo en la serie de *Héroe rojo*. En lo literario, la iniciación en la escritura a través de la lectura de *Rayuela*. Aunque, en realidad, es la narración de los recuerdos de esa lectura a mediados de los sesenta. Y también un homenaje a la lectura que hizo de ese libro toda una generación.

Obliviosamente, Marimón sabe y nos está diciendo a lo largo de *El antiguo*

sado", la experiencia de un protagonismo intelectual y político que había sido clausurado violentamente por el golpe militar de 1976. Era también escribir un libro desde el lugar de la muerte, de la derrota y el exilio. "El ausente" fue por esa época el texto que más nos sedujó, quizás porque allí ya se condensaba lo que la totalidad del libro después expandiría en sus distintos matices. Publicado en *Punto de Vista* hacia 1983 se convirtió en el dispositivo de otro proyecto: que compartirlo con Rafael Filippelli y Beatriz Sarlo, "hacer una película". Esta película —llamada también "El ausente"— hoy está terminada y trabajé en la redacción del guion con su director Rafael Filippelli.

4. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

Desde el principio incluye, como advertencia, el libro anticipa que va a narrar la memoria, la experiencia, el pasado. No se trata de "ficcionalizar la memoria" ni de contar la experiencia como una crónica. Lo esencial es la elección de una poética. Quizá por eso es que *El antiguo*... se diferencia de libros como *Respiración Artificial*, de Ricardo Piglia, o de los que en sus antípodas han querido contar "los recuerdos de la muerte" o "las penas y los olvidos".

5. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

6. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

7. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

8. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

9. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

10. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

11. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

12. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

13. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

14. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

15. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

16. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

17. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

18. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

19. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

20. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

21. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

22. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

23. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

24. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

25. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

26. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

27. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

28. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

29. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

30. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

31. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

32. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

33. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

34. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

35. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

36. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

37. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

38. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

39. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

40. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

41. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

42. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

43. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

44. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

45. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

46. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

47. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

48. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

49. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

50. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

51. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

52. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

53. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

54. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

55. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

56. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

57. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

58. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

59. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

60. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

61. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

62. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

63. Releo o he leído

El antiguo alimento de los héroes

en discusión, sino su pensamiento el que ha contribuido de manera tan decisiva a formar la fisionomía espiritual de nuestro siglo. Este pensamiento posee una peculiar capacidad de penetración que (en términos lingüísticos) coincide con el uso transitivo del verbo "pensar". Heidegger no piensa nunca *en torno* a algo; él piensa *algo*. En esta actividad no del todo contemplativa, él penetra en profundidad, pero no para descubrir o sacar a la luz un fundamento último y estable —del que se podría decir que había permanecido allí desconocido en su forma presente. Antes bien, permanece en esta dimensión profunda con el objetivo de trazar senderos y de fijar "señales en el camino" (y precisamente *Señales en el camino* es el título de una recopilación de textos escritos entre 1929 y 1962 —véase Heidegger, 1967). Este pensamiento puede plantearse tareas y puede interessarse por "problemas", pero posee siempre naturalmente algo específico con el que está particularmente ocupado o, para ser más precisos, que específicamente reclama su atención; pero no se puede decir que tenga una finalidad. Es incansablemente activo, y también la individualización de los senderos conduce más a la apertura de una nueva dimensión del pensamiento que a un objetivo predeicientemente fijado y puesto en la mira. Los senderos pueden ser tranquilamente llamadas "sendas perdidas" [Holzwege] tal es el criterio con que se designó otra recopilación de ensayos escritos entre los años 1935 y 1946. Ellos, precisamente porque no conducen a ningún lugar fuera del bosque y "se pierden súbitamente en el monte impenetrable" (Heidegger, 1950), son incomparablesmente más gratos (para él quién ama los bosques, donde se siente como en su propia casa) que los caminos problemáticos cuidadosamente trazados en los que apresuran su paso las búsquedas de los especialistas de filosofía y de ciencias humanas. La metáfora de los *Holzwege* recoge algo esencial, mas no tanto, como se podría pensar, la idea de que alguien desembocó en una senda sin salida, sino por sobre todo la idea de que, al igual que un leñador que trabaja en el bosque, recorre sendas que el mismo ha trazado. Y abrir senderos constituye su ocupación al igual que abatir árboles.

En esta dimensión profunda, que por primera vez ha sido penetrada y abierta por su pensamiento, Heidegger ha establecido una amplia red de sendas de pensamiento. El único resultado inmediato, que ha sido comprendiblemente advertido y que ha hecho escuela, es haber provocado la caída del edificio de la metafísica tradicional (en la que, por mucho tiempo, nadie ha sentido del todo cómodo), de la misma manera como los pasajes subterráneos y las operaciones de excavación causan el derribo de estructuras cuyos fundamentos no habían sido bastante seguros y profundos. Esta es de algún modo una tarea histórica, a veces incluso de primera importancia, pero que no inquieta necesariamente a quien no pertenece a alguna corporación, incluida la de los historiadores. Que Kant, en una determinada perspectiva, pueda ser considerado legítimamente *alles Zermäden* (alguna que aplasta cualquier cosa) tiene poco que ver con el mismo Kant, independientemente de su rol histórico. Y en lo que respecta a la parte desempeñada por Heidegger en el derribo de la metafísica, que sea como fuere ésta inevitable, los debemos a él, y sólo a él, que este derribo ha sucedido de un modo digno de la que la había promovido; y él lo debemos también que la metafísica haya sido desbandada hasta el fin, y no fuese simplemente sobrepujada por lo que le siguió. Heidegger habla en *Sobre los Debenken* (1969) del "fin de la filosofía"; pero se trata de un fin que debe corresponder a la filosofía y que le hace honor, un fin promovido por su pensador que estaba profundamente ligado a él y a su tradición. Durante toda su vida Heidegger ha basado sus lecciones y seminarios sobre los textos de los filósofos, y sólo en su vejez osó dictar un seminario sobre un texto propio. *Sobre los Debenken* contiene en efecto el "protocolo de un seminario sobre la conferencia *Tiempo y ser*", que constituye la primera parte del libro.

He dicho anteriormente que se acudía a Heidegger para aprender a pensar, y que con sus lecciones se realizaba sobre todo una experiencia: el pensamiento como actividad pura —y esto no significa estar impulsado por la sed de conocimiento ni por la avidez de erudición. El pensamiento podía restar una pasión que no organiza las otras capacidades y dotes sino que más bien las coordina y libera, y a través de ellas. Estamos más habituados a las otras opuestas emociones: el orgullo y la pasión, entre espíritu y vida; que la imagen de un pensamiento *abstinentemente*, en el que pensar es vitalidad remontan la misma cosa, nos toma en un cierto sentido desgarneados. El mismo Heidegger expresa una vez esta unidad —basándose en una adivinanza bien conocida— con una expresión lapidaria, cuando al comienzo de una lección sobre Aristóteles afirmó, en lugar de la acostumbrada introducción bio-

gráfica: "Aristóteles nació, trabajó y murió". Que tal unidad existe es en realidad, como nosotros también podemos verificar, la condición principal de la existencia de la filosofía. Pero debemos preguntarnos si hubiéramos podido realizar esta experiencia, sobre todo en este siglo, sin el pensamiento de Heidegger. Este pensamiento, que en cantidad apasionada nace del simple hecho del "ser-nacido-en-el-mundo" y que ahora "piensa remorando el significado que reina en todo lo que es" (Heidegger, 1959), no puede tener un objetivo final —el conocimiento o el saber— que no sea la vida misma. El fin de la vida es la muerte, pero el hombre no vive en nombre de la muerte, sino porque es un ser viviente; y no piensa en nombre de cualquier resultado, sino porque es un ser pensante, o sea meditante" (*Ibidem*).

Todo esto tiene como consecuencia que el pensamiento se relaciona con sus propios resultados de modo peculiaresmente destructivo, o sea crítico. Ciertamente, después de las escuelas filosóficas la antigüedad, los filósofos han demostrado una fatal disposición a construir sistemas, y hoy, cuando buscamos descubrir sus verdaderos pensamientos, nos encontramos en dificultad para desmontar los edificios que ellos han construido. Sin embargo, esta disposición no agota el pensamiento mismo sino que tiene necesidades muy diversas, y en cuanto tales profundamente legítimas. Si quisieramos medir el pensamiento en su inmediata y apasionada vitalidad, o sea en sus resultados, entonces ocurriría como con el velo de Penélope: lo que es tejido durante el día resultaría inexorablemente destruido de noche, de manera tal que al día siguiente se debe comenzar de nuevo. Todo escrito de Heidegger, no obstante las referencias ocasionales a sus publicaciones anteriores, aparece como si él mismo recomenzara cada vez de nuevo, y solo raramente retoma el lenguaje que el había acuñado con anterioridad: una terminología, sea como fuere, en la que los conceptos son sólo "señales", mediante las cuales una nueva dirección de pensamiento encuentra su orientación. Heidegger se refiere a tal especificidad del pensamiento cuando destaca que "la cuestión crítica que constituye la costa del pensamiento, pertenece constante y necesariamente al pensamiento"; cuando, a propósito de Nietzsche, habla de "una falta de respeto del pensamiento, que comienza siempre de nuevo"; cuando dice que el pensamiento tiene el carácter de la regresión. Y el práctico, la regresión cuando somete *Sein und Zeit* a una critica inmanente, o establece que una interpretación consolidada de la verdad en Platón "no es posible", o habla en general de la "mirada retrospectiva" del pensador hacia su propia obra, que "deviene retraído"; no en el sentido de una revocación sino como resultado de modo de pensar. El pensamiento, dice Heidegger, es "llegar a la proximidad con lo lejano" (Heidegger, 1959).

Se puede comprender más fácilmente este punto recurriendo a una experiencia familiar. Nosotros emprendemos viajes para ver cosas en lugares lejanos; ahora bien, sucede frecuentemente que las cosas vistas se nos vuelven cercanas sólo retrospectivamente, gracias a la memoria, cuando no tenemos más la posibilidad de una impresión inmediata —es como si descubriésemos su significado cuando ya no están presentes. Esta inversión de relación —por la cual el pensamiento aleja lo que está próximo, retrayéndose de la proximidad y acercando lo que está distante a la proximidad— es decisiva si queremos encontrar una respuesta a la pregunta: "¿dónde nos encontramos cuando pensamos?" El recuerdo, que en el pensar se convierte en rememoración, ha desempeñado un papel tan importante como facultad espiritual en la historia de las reflexiones sobre el pensamiento, porque nos garantiza que la proximidad y la distancia, así como son dadas a la percepción de los sentidos, son efectivamente pasibles de tal inversión.

Heidegger se ha expresado sólo ocasionalmente, con algunas sugerencias por lo demás negativas, en torno a la "morada" en la que se siente en casa propia, o sea el lugar del pensamiento —como cuando afirma que el interrogatorio del pensamiento "pertenece a la vida cotidiana [...] el interrogatorio mismo está 'fuera del orden'" (Heidegger, 1953). Pero esta relación proximidad-distancia y su inversión en el pensamiento permea toda la obra de Heidegger, como una clave con la que todo se armoniza. La presencia y la ausencia, el esconder y el revelar, la proximidad y la distancia —su entrelazamiento y las conexiones relativas— no tienen nada que ver con la obvia verdad según la cual no se daría presencia sin la experiencia de la ausencia, así como la proximidad sin la distancia o el ocultamiento.

En la perspectiva del pensamiento, el "retirarse del Ser" o "el olvido del Ser" relaina en el mundo ordinario que circunda la morada del pensador, la "esfera familiar de la vida cotidiana"; el pensamiento, que por su naturaleza se atiene a lo que está ausente, está siempre co-

nnectado al retirarse de este mundo. La superación [*Aufhebung*] de este retirarse está siempre recompensada por un retiro del mundo de los negocios humanos, y esto también en el caso en el que el pensamiento reflexiona —del mismo modo en que la sorpresa y el asombro pueden constituir el comienzo de la ciencia— vale para lo que es cotidiano, obvio, para lo que estamos habituados y que nos es familiar; éste es también el motivo por el cual el estupor no puede ser aplacado por cualquier tipo de conocimiento. Heidegger ha hablado una vez, en sentido totalmente platoniano, "de la capacidad de sorprenderse ante lo simple", pero, a diferencia de Platón, él agrega: "Y de asumir y de aceptar este estupor como la propia morada" (Heidegger, 1954). Este agregado me parece decisivo para reflexionar sobre Heidegger. En efecto, muchos hombres (al menos así se espera) conocen el pensamiento y la soledad que él conlleva. Pero indudablemente no tienen su propia morada en el pensamiento. Cuanto el estupor ante lo simple se apodera de ellos, y, cediendo ante el mismo, se comprometen con el pensamiento, saben que están alejados de su lugar habitual en el *continuum* de ocupaciones en el que tienen lugar los negocios humanos, y después de un instante retornan a él. La morada de la que habla Heidegger se encuentra por eso, en sentido metafórico, fuera de las habitaciones de los hombres; y también si "las tempestades del pensamiento", de las que Sócrates (según Jenofonte) fue quizás el primero en haber, pueden ser bastante violentas, ellas son aún más metafóricas de lo que está contenida en la metáfora de "una época tempestuosa". Parangonada a otros lugares del mundo, la residencia del pensador es un "lugar de quietud" (Heidegger, 1969).

En principio es el mismo estupor el que provoca y difunde la quietud. Y es a causa de esta quietud que estar protegido contra todo rumor, hasta el de la propia voz, resulta una condición indispensable para que el pensamiento se desvincule del mero estupor. En esta quietud adviene una singular metamorfosis referida a toda cosa que recala en la dimensión del pensamiento, entendido en el sentido heideggeriano. En su esencial exclusión del mundo el pensamiento está siempre y sólo en relación con las cosas ausentes, con cosas, hechos o eventos que están excluidos de la percepción directa. Si nos encaramos cara a cara con alguno, lo percibimos ciertamente en su presencia corpórea, pero no lo estamos *pensando*. Y si lo pienso, mientras está presente, estamos secretamente sustraídos en la relación directa. Para estar más próximos en el pensamiento a una cosa o a un ser humano ambos deben estar lejos de una percepción directa. El pensamiento, dice Heidegger, es "llegar a la proximidad con lo lejano" (Heidegger, 1959).

Se puede comprender más fácilmente este punto recurriendo a una experiencia familiar. Nosotros emprendemos viajes para ver cosas en lugares lejanos; ahora bien, sucede frecuentemente que las cosas vistas se nos vuelven cercanas sólo retrospectivamente, gracias a la memoria, cuando no tenemos más la posibilidad de una impresión inmediata —es como si descubriésemos su significado cuando ya no están presentes. Esta inversión de relación —por la cual el pensamiento aleja lo que está próximo, retrayéndose de la proximidad y acercando lo que está distante a la proximidad— es decisiva si queremos encontrar una respuesta a la pregunta: "¿dónde nos encontramos cuando pensamos?" El recuerdo, que en el pensar se convierte en rememoración, ha desempeñado un papel tan importante como facultad espiritual en la historia de las reflexiones sobre el pensamiento, porque nos garantiza que la proximidad y la distancia, así como son dadas a la percepción de los sentidos, son efectivamente pasibles de tal inversión.

Heidegger se ha expresado sólo ocasionalmente, con algunas sugerencias por lo demás negativas, en torno a la "morada" en la que se siente en casa propia, o sea el lugar del pensamiento —como cuando afirma que el interrogatorio del pensamiento "pertenece a la vida cotidiana [...] el interrogatorio mismo está 'fuera del orden'" (Heidegger, 1953). Pero esta relación proximidad-distancia y su inversión en el pensamiento permea toda la obra de Heidegger, como una clave con la que todo se armoniza. La presencia y la ausencia, el esconder y el revelar, la proximidad y la distancia —su entrelazamiento y las conexiones relativas— no tienen nada que ver con la obvia verdad según la cual no se daría presencia sin la experiencia de la ausencia, así como la proximidad sin la distancia o el ocultamiento.

En la perspectiva del pensamiento, el "retirarse del Ser" o "el olvido del Ser" relaina en el mundo ordinario que circunda la morada del pensador, la "esfera familiar de la vida cotidiana"; el pensamiento, que por su naturaleza se atiene a lo que está ausente, está siempre co-

nectado al retirarse de este mundo. La superación (*Aufhebung*) de este retirarse está siempre recompensada por un retiro del mundo de los negocios humanos, y esto también en el caso en el que el pensamiento reflexiona —del mismo modo en que la sorpresa y el asombro pueden constituir el comienzo de la ciencia— vale para lo que es cotidiano, obvio, para lo que estamos habituados y que nos es familiar; éste es también el motivo por el cual el estupor no puede ser aplacado por cualquier tipo de conocimiento. Heidegger, 1959).

Nosotros, que deseamos honrar a los pensadores, aunque nuestra morada se encuentra en el medio del mundo, difícilmente podemos no considerar ofensivo y hasta desagradable que Platón y Heidegger, cuando quisieron ocuparse de los negocios humanos, encontraran refugio en la casa de los tiranos y los *Führer*. Pero esto debería ser imputado no a las circunstancias de su época, y tanto menos a su carácter preconstituido cuando más bien a lo que los franceses llaman *une déformation professionnelle*. En efecto, la atracción por lo que es tiránico puede ser demostrada teóricamente en muchos grandes pensadores (con la excepción de Kant). Y si la tendencia no es demostrable en lo que hicieron, esto ha sucedido sólo porque poquímientos de ellos estaban preparados para superar la "capacidad de asombrarse ante lo que es simple" y a "aceptar este estupor como propia morada".

En el caso de estos pocos, no cuenta en última instancia el lugar a donde la tempestad de este siglo la habría podido arrancar. En efecto, la tempestad que sopla a través del pensamiento de Heidegger —como la que despidió de miles de años en mano de Platón— no proviene del siglo [en que ellos vivieron]. Provienen de los comienzos, y lo que ella dejó trae de sí es algo perfecto: decir que la fuga de la realidad se ha convertido al mismo tiempo en una profesión; [sobre todo en la literatura de la época de Hitler y de Stalin. En el caso de este último encontramos la rectitud en la que debían ser considerados los industriales y los agricultores, que fueron los que más pudieron prosperar]. La fuga de la realidad se ha convertido al mismo tiempo en una profesión; [sobre todo en la literatura de la época de Hitler y de Stalin. En el caso de este último encontramos la rectitud en la que debían ser considerados los industriales y los agricultores, que fueron los que más pudieron prosperar]. La fuga de la realidad se ha convertido al mismo tiempo en una profesión; [sobre todo en la literatura de la época de Hitler y de Stalin. En el caso de este último encontramos la rectitud en la que debían ser considerados los industriales y los agricultores, que fueron los que más pudieron prosperar]. La fuga de la realidad se ha convertido al mismo tiempo en una profesión; [sobre todo en la literatura de la época de Hitler y de Stalin. En el caso de este último encontramos la rectitud en la que debían ser considerados los industriales y los agricultores, que fueron los que más pudieron prosperar].

[Traducción: Jorge Tula]

Nota

¹ Este episodio, —que hoy despierta que el censor se la cuestiona y, sobre todo, después que innumerables falsedades han sido denunciadas— es generalmente definido como un error— presenta múltiples aspectos, y entre ellos aquellos que se refieren a la época de la república de Weimar. Estos aspectos no están del todo claros para quienes vivieron en tal época, sobre todo con la luz de lo que sucedió en la Alemania nazi, donde la memoria de Heidegger difirió notablemente de los "errores" corrientes del período. ¿Quién, en la Alemania nazi, podía creer, con Heidegger, que "la verdad interior de este movimiento [...] consiste en el encuentro entre la tendencia planificadora y la voluntad de liberación"? ¿Quién, en la Alemania nazi, podía creer que la literatura nacionalsocialista estuvo completamente ausente —salvo, obviamente, alguien que había leído, a cambio del *Mein Kampf* de Hitler, algún escrito de los futuros ídolos, y que, de acuerdo con la tradición, era de gran importancia para el nazismo? No hay duda de que estos escritos son una lectura interesante, pero el punto de la cuestión es que Heidegger, como muchos otros intelectuales alemanes de su generación, nazis y no nazis, unidos con las obras y se mezclan sin esfuerzo.

Obras citadas

- Martin Heidegger, (1950), *Holzwege*, Frankfurt am Main, Klostermann [Sendas perdidas], Buenos Aires, Losada, 1960.
- , (1953), *Einführung in die Metaphysik*, Tübingen, Niemeyer [Introducción a la metafísica], Buenos Aires, Nova, 1953.
- , (1954)*, *Der Begriff der Erosion des Denkens*, Suiza, Neske [trad. parcial. De la experiencia del pensar], Cuadernos Hispanoamericanos, 1954].
- , (1954)*, *Vorläufe und Aufsätze*, Püllingen, Neske.
- , (1959), *Gelassenheit*, Püllingen, Neske.
- , (1967), *Wegmarken*, Frankfurt am Main, Klostermann [Seriedad y fundamento], Caracas, Monte Avila, 1975].
- , (1969), *Zur Sache des Denkens*, Tübingen, Niemeyer.

Novedades del Fondo

Albert Béguin. Creación y destino

Marcel Schwob. Ensayos y perfiles

Norberto Bobbio. La teoría de las formas de gobierno

Robert Darnton. La gran matanza de gatos

Karl Mannheim. Ideología y utopía

Jonathan Culler. Barthes

Walter J. Ong. Oralidad y escritura

Osvaldo Barsky et al. La agricultura pampeana

Roger Cailliois. Los juegos y los hombres

João Gaspar Simões. Vida y obra de Fernando Pessoa



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Suipacha 617, 1008 Buenos Aires
322-7262 / 322-0825 / 322-9603

En el caso de Juliana, la hipótesis más aceptada es que se trata de un secuestro político. Los padres de Juliana, que se presentaron ante la justicia en su calidad de abogados de sus hijos, no negaron la posibilidad de que Juliana hubiera sido secuestrada por la DINA. Sin embargo, la defensa de los padres sostuvo que Juliana había sido secuestrada por la DINA y que su liberación era una cuestión política.

Juliana y la intolerancia

Juliana, una pequeña de diez años, se convirtió en pocos días en algo mucho mayor y desmedido para su corta vida. Por una parte, se lo admira y no, se convierte su destino en una bandera de acción política, con todas las cargas y excesos que la política tiene a veces en estos tiempos en la Argentina. Por otra, como una gran bala de nieve engrosada inconscientemente por muchos protagonistas y comunicadores sociales, ella aparece hoy en clave de metáfora: por su intermedio hablan las consecuencias terribles que el terrorismo de Estado dejó en un tejido social lúbil y poco sólido, donde las normas de convivencia civilizada y democrática han sido tan subestimadas y despreciadas, que todavía hoy, cuando se las menciona, no se sabe con certeza dónde está operando su real respeto o su uso pragmático para otros fines.

«Cómo tomar un partido absoluto en el caso Juliana, salvo que se posea una consigna de antemano? He aquí el problema: a lo largo de los días se oyeron miles y miles que tomaron partido, y pocas, muy pocas, fueron las opiniones que llamaron a la conciliación en aras de pre-

servar con armonía la identidad completa de la pequeña. Es obvio que esa identidad se compone de dos partes y que ambas tienen un sentido: vale el núcleo que proviene de sus padres de sangre asesinados por el terror de Estado, pero también vale el de sus padres adoptivos, máxime cuando integran un hogar bien constituido, son inocentes del crimen original e incluso llevaron la iniciativa en la reconstrucción del pasado de Juliana. No se pue-
de borrar una cosa para privilegiar la otra, so pena de cometer un error muy grave, ya sea en nombre del afecto como en nombre de la moral y la memoria, o de ambas hechas una metafísica.

Se ha hablado mucho de lo que realmente «necesita» Juliana. Y sin embargo ello puede encuadrarse en forma simple: necesita su casa, necesita de sus padres; de los que murieron a través del amor de quienes los sobreviven, y de aquéllos que la adoptaron y amaron por diez años. No debería existir aquí una contradicción, ni mucho menos enfoques absolutos. Más cuando hay precedentes de hijos de desparecidos que han encontrado una armo-
nía entre esos segmentos, mediante re-
conocimientos amistosos, sistemas solida-

rios de visitas, fórmulas de tolerancia y respeto.

¿Por qué aquí eso no se logró y se llevó el problema a los niveles de un debate encendido? Los episodios anecdóticos han recibido profuso espacio en la prensa y no es del caso repetirlos. El hecho es que un juez, Ramos Padilla, revocó abrupta y administrativamente la adopción y sacó a la niña del lugar en el que había vivido, y bien, con quienes en un sentido son sus padres. Fue una resolución violenta. El hecho es que otro juez, Sañudo, borró la resolución anterior y la niña fue devuelta al matrimonio Treviño entre policías, mientras activistas políticos montaban un escenario del terror en el Estado, pero también vale el de sus padres adoptivos, máxime cuando integran un hogar bien constituido, son inocentes del crimen original e incluso llevaron la iniciativa en la reconstrucción del pasado de Juliana. No se pue-
de borrar una cosa para privilegiar la otra, so pena de cometer un error muy grave, ya sea en nombre del afecto como en nombre de la moral y la memoria, o de ambas hechas una metafísica.

Y éste consiste en que primara la intolerancia. Hubo sobraditas muestras públicas de ella en medio del debate. El oportunismo de Neustadt y Grondona para apropiarse del asunto, justamente ellos, camaleones que sobrevenen en los medios de comunicación después de haber servido a los proyectos políticos e informacionales de varias ralesas de dictadores, vale como ejemplo. Pero como contrapartida, quienes sostienen la tesis del «segundo secuestro» o concluyen con un exceso de terrorismo verbal que es heredero de una tradicional cultura de izquierda, que el matrimonio Treviño sirve a una contraofensiva de la derecha en materia de vigencia de los derechos humanos,

también componen el mismo espacio. El dogmatismo ha propuesto siempre no reconocer las particularidades en la historia de Juliana, la supremacía lineal del derecho de sangre es un caso de dogmatismo, pasa por encima de lo particular, e incluso lo sacrifica como si de esto dependiera el curso de recuperación de todos los niños hijos de desparecidos.

Habrá que preguntarse también, teniendo un poco más a fondo, por qué la discusión se dio bajo formas tan compulsivas y de toma de posición: los Treviño o los Fontana. ¿Es la pequeña un botín político, un disparador de contradicciones que están en otra parte, un motivo más de la sintomatología social de los argentinos en esta época de «internas» casi infinitesimales? Un colmo fue que hasta la propia CGT recurriera a tomar partido; ¿por qué los responsables de esta organización social no pensaron en profundizar la conciliación de las partes y en acentuar el debate, antes de pronunciarse? ¿Ese frenesí por tomar partido no denuncia discursos cerrados frente al mismo problema del cual se habla, mientras la realidad va por sus propios carriles?

La realidad, en definitiva, es la niña y su verdadera historia, no la que escriben inquisidores de uno u otro signo. La reconstrucción de su vida deberá encuadrarse en la reconstrucción de nuestro tejido social; por eso, si mantenemos su condición de metáfora, se trata de una tarea en algún modo colectiva. Y la normalización de su cotidianidad, la integración de sus afectos esenciales tiene que tener por signo la tolerancia, la aproximación de las partes ahora alejadas, el acto de amor que pasa por ceder y soldar las piezas de una herencia trágica.

La Ciudad Futura

nos. La responsabilidad de esto siniestro que retorna no es de los abuelos/as, ni de los padres sustitutos (a menos que ellos hayan participado efectiva o ideológicamente del secuestro de los padres de esos chicos), tampoco de uno y otro juez actuante. Habrá que distinguir responsabilidades determinantes con equivocaciones coyunturales. Sin embargo, la batalla entre las partes está declarada.

Hoys no alcanza, creo, con plantear que ambas partes son víctimas de una historia traumática que nos compromete a todos. El caso, es cierto, desafía el punto final en un retorno que amenaza con ser repetición. Cuando lo crucial se dirime en repetir para no recordar. Nuevamente, entonces, es la «identidad» de los adultos lo que podemos estar escamoteando, amparándonos en la preservación de la identidad en ciernes de los niños a los que se apela. El vacío, el agujero, la ausencia, por ahora parecen ser más nuestros que de ellos. Los desparecidos son nuestros. Los desparecidos, en cierto sentido, somos también nosotros mismos.

Recuerdo una entrevista a una actriz de renombre. Cuando fue excluida, por motivos políticos, de toda posibilidad de actuar en cine y TV en éste, su país, ella tenía 35 años. Cuando puede volver a actuar está cerca de los 50. Hay pañuelos —dice— que en ese lapso no pudo representar. Y que ya nunca podrá. Sus arrugas teñidas de amargura.

Se trata entonces de soportar resignadamente las pérdidas? Creo que no. Por el contrario, se trata más bien de ir construyendo el porvenir, en cada retorno de lo siniestro, de un modo tal que nos encuentre como actores en una posición diferente de aquella en la que la historia nos situó. Sabemos: una historia de autoritarismos y verdades absolutas que desembocó en el terror.

Alicia Azubel Psicóloga, Docente de la UBA.

El retorno de lo siniestro

Alicia Azubel

Desde hace un par de meses, un caso traumático ocupa páginas y páginas de periódicos, espacios de radio y TV, pero sobre todo desembula en la intimidad de los argentinos de un modo lo suficientemente desgarrante como para ser tema de charlas penosas, debates y trifulcas pasionales entre amigos y rivales, y surge como cuestión insuperable en cualquier reunión, sin importar el motivo de la misma. Es un hecho verificable que el más trivial de los comentarios sobre el caso despierta un torrente de observaciones, lamentos, tomas de posición, críticas, sanciones, en las que se palpa una involución subjetiva tal que, por cierto, despeja la pregunta referida a los resortes que este caso activa en su deriva social. Sólo aparentemente me refiero al caso llamado Juliana. Por esto no será necesario que la vuelva a nombrar en esta nota. Los desgarros, los que escribimos y hablamos sobre esto, somos los adultos: jóvenes, padres y abuelos. Es posible que los chicos tengan pesadillas dispersas por este caso. Esto segura al menos que así sucedió con mi hija de seis años. Pero ella y los hijos de padres desparecidos tendrán que darse cuenta a sus pesadillas cuando sus propias historias lo reclamen.

Hoy esta mas en juego la nuestra: her-

manos, padres y abuelos de estos chicos que, no importa cuántos años han pasado, aún somos testigos y actores de lo que nos ha tocado vivir. El modo en que nos ubiquemos frente a esa historia seguramente afectará la manera, más o menos traumática, con que ellos podrán ultí-
mamente enfrentar la propia.

Dicho esto, que seguramente irritará a quienes definen su posición en un supuesto altruismo en favor de «los niños», quiso situar el problema en relación al derecho de los abuelos de sangre de entrarse o re-encontrarse con sus nietos, así como el derecho de los padres sustitutos respecto de sus hijos adoptados.

Es necesario recordar que todo esto es producto de una concepción política que generó acciones siniestras, que tuvo autores concretos y cuya responsabilidad no está desligada de nuestra responsabilidad ciudadana de sancionarlos. Si es absolutamente necesario. De lo contrario los abuelos (*«las abuelas»*) toman el lugar de los represores para los padres sustitutos y para todo aquél que se incline por la «ley de crianza», y, viceversa, los padres sustitutos toman el lugar de los secuestreadores para los abuelos (*«abuelas»*) y para todo aquél que se incline por la «ley de sangre». Por esto es necesario recordarlo. Para no confundir-

nos. La responsabilidad de esto siniestro que retorna no es de los abuelos/as, ni de los padres sustitutos (a menos que ellos hayan participado efectiva o ideológicamente del secuestro de los padres de esos chicos), tampoco de uno y otro juez actuante. Habrá que distinguir responsabilidades determinantes con equivocaciones coyunturales. Sin embargo, la batalla entre las partes está declarada.

Hoys no alcanza, creo, con plantear que ambas partes son víctimas de una historia traumática que nos compromete a todos. El caso, es cierto, desafía el punto final en un retorno que amenaza con ser repetición. Cuando lo crucial se dirime en repetir para no recordar. Nuevamente, entonces, es la «identidad» de los adultos lo que podemos estar escamoteando, amparándonos en la preservación de la identidad en ciernes de los niños a los que se apela. El vacío, el agujero, la ausencia, por ahora parecen ser más nuestros que de ellos. Los desparecidos son nuestros. Los desparecidos, en cierto sentido, somos también nosotros mismos.

Recuerdo una entrevista a una actriz de renombre. Cuando fue excluida, por motivos políticos, de toda posibilidad de actuar en cine y TV en éste, su país, ella tenía 35 años. Cuando puede volver a actuar está cerca de los 50. Hay pañuelos —dice— que en ese lapso no pudo representar. Y que ya nunca podrá. Sus arrugas teñidas de amargura.

Se trata entonces de soportar resignadamente las pérdidas? Creo que no. Por el contrario, se trata más bien de ir construyendo el porvenir, en cada retorno de lo siniestro, de un modo tal que nos encuentre como actores en una posición diferente de aquella en la que la historia nos situó. Sabemos: una historia de autoritarismos y verdades absolutas que desembocó en el terror.

Alicia Azubel Psicóloga, Docente de la UBA.